

The background of the entire cover is a photograph of a church steeple in silhouette against a vibrant red sunset sky. The steeple is on the left side, with its spire pointing towards the top. The bell tower section is visible, with light glowing from the openings. The horizon line is dark and silhouetted.

Jesús

está

vivo

Emiliano Tard

José H. Prado Flore

EMILIANO TARDIF
José H. Prado Flores

Jesús está vivo

Editorial Católica Siembra

TEL: 251- 4010

CONTENIDO

PRESENTACION.....	7
1.- TUBERCULOSIS PULMONAR.....	9
2.- NAGUA Y PIMENTEL.....	13
A.- NAGUA.....	13
B.- PIMENTEL	17
a.- Primera reunión	18
b.- Segunda reunión	19
c.- Tercera reunión.....	19
d.- Cuarta reunión	20
e.- Quinta reunión	21
f.- Domingo de Ramos.....	23
g.- La Semana Santa.....	25
3.- ¡JESUS ESTA VIVO!.....	33
4.- LA PALABRA DE CONOCIMIENTO	43
5.- LA CURACION	51
A.- ENFERMEDAD DEL CUERPO Y CURACION FISICA ..	51
a.- Jesús	53
b.- La Iglesia.....	54
c.- Los signos.....	55
d.- Milagros y Curaciones.....	57
— Oración por curación Física	64

Imprimatur
+ Nicolás de Jesús López
Arzobispo de Santo Domingo
30 de Mayo de 1984

© Derechos Reservados
Prohibida la reproducción total o parcial
sin el permiso escrito de
Publicaciones Kerygma

B.- ENFERMEDAD DEL CORAZON	
Y CURACION INTERIOR	66
a.- Raíz del Problema	68
— Oración de curación interior	72
b.- La oración	74
- En el Nombre de Jesús	74
- Por la Sangre del Cordero	75
- Por las llagas de Jesús	76
- Orar en Lenguas	76
- Intercesión de María	77
C.- ENFERMEDAD DEL ESPIRITU Y RECONCILIACION	77
D.- CONVALESCENCIA	81
a.- La vida sacramental	81
b.- La Oración	82
c.- Lectura de la Palabra	82
d.- La Comunidad	82
e.- El Servicio	82
6.- LA LIBERACION	83
A.- LA OPRESION	85
B.- LA OBSESION	87
a.- La Oración de Liberación	88
b.- Autoliberación	90
C.- LA POSESION	91
7.- AYUDAS PARA LA SANACION	93
A.- EVANGELIZANDO	93
B.- FE EXPECTANTE	96
C.- ARREPENTIMIENTO	99
D.- PERDONANDO	102
E.- ORACION EN COMUNIDAD	104
F.- ORACION DEL ENFERMO	105
G.- INTERCESION DE MARIA	106
H.- ABANDONO	109
I.- ORACION EN LENGUAS	112
J.- RENUNCIA A SATANAS	113
8.- CINCO CARTAS	115
9.- EL ULTIMO VIAJE	139

PRESENTACION

Es imposible dejar de hablar de lo que se ha visto y oído. Es justo, digno y necesario, levantar la voz a todo el mundo proclamando algunas de las maravillas que el Señor ha hecho en estos últimos diez años.

Estas páginas son una alabanza y una acción de gracias de todos los que de alguna manera hemos sido beneficiados por la gracia de Dios a lo largo de este ministerio de evangelización acompañado de signos, milagros y curaciones.

Esto no es un libro sino más bien un testimonio. El Evangelio, antes de consignarse por escrito fue proclamado y aún antes vivido. Atrás de estas páginas late viva la proclamación del evangelizador; casi podemos escuchar la voz del predicador; pero sobre todo, podemos encontrarnos con Aquel que es el evangelio mismo: Cristo Jesús que es el mismo ayer, hoy y siempre. El es el centro de estas páginas.

El padre Emiliano Tardif es sólo como el burrito del Domingo de Ramos a quien le ha tocado la suerte de llevarlo por los cinco continentes. Como al pollipo de Betfagé le han tocado a veces mantos de flores como en Tahiti pero también cárceles y persecuciones como en el Congo. Lo importante no es el vaso de barro sino el tesoro que lleva dentro: el mismo Jesucristo.

Este no es un libro técnico para aprender a orar por los enfermos, sino el testimonio de que nuestro Dios sana hoy a sus hijos enfermos. Tampoco es un libro de curación sino de evangelización. Es un grito que se levanta dando esperanza a todos aquellos que se atreven a creer que el Jesús que murió en la cruz ha resucitado y está vivo; y por tanto, todo es posible. ¿Qué de extraño tiene que nuestro Dios haga maravillas si El es un Dios maravilloso?

En fin, lo que menos necesitan estas páginas es una introducción o presentación.

México, D.F., 24 de junio de 1986.

TUBERCULOSIS PULMONAR

En 1973, yo era provincial de mi Congregación, Misioneros del Sagrado Corazón, en la República Dominicana. Había trabajado demasiado, abusando de mi salud en los 16 años que tenía como misionero en el país. Pasé mucho tiempo en actividades materiales, construyendo iglesias, edificando seminarios, centros de promoción humana, de catequesis, etc. Siempre estaba buscando dinero para edificar casas y para dar alimento a nuestros seminaristas.

El Señor me permitió vivir todo ese activismo y, por el exceso de trabajo, caí enfermo. El 14 de junio de ese año en una asamblea del Movimiento Familiar Cristiano me sentí mal, muy mal. Tuvieron que llevarme inmediatamente al Centro Médico Nacional. Estaba tan grave que pensaba que no podría pasar la noche. Creí realmente que me iba a morir pronto. Muchas veces había meditado sobre la muerte y predicado sobre ella, pero nunca había hecho el ensayo de morirme, y esto no me gustó.

Los médicos me hicieron análisis muy detenidos, detectándome tuberculosis pulmonar aguda. Al ver que estaba tan enfermo pensé volver a mi país, Quebec, Canadá, donde nací y vive mi familia. Pero estaba tan delicado que no podía hacerlo entonces. Tuve que esperar quince días bajo tratamientos con reconstituyentes, para realizar el viaje.

En Canadá me internaron en un centro médico especializado donde los médicos me volvieron a examinar, pues querían estar bien seguros de cuál era mi enfermedad. El mes de julio se lo

pasaron haciendo análisis, biopsia, radiografías, etc. Después de todos estos estudios, confirmaron de manera científica que la tuberculosis pulmonar aguda había lesionado gravemente los dos pulmones. Para animarme un poco me dijeron que tal vez después de un año de tratamiento y reposo podría volver a mi casa.

Un día recibí dos visitas muy peculiares. Primero llegó el sacerdote director de RND -Revista "Notre Dame"- quien me pidió permiso de tomarme una fotografía para el artículo: "Cómo Vivir con su Enfermedad"

Aún él no se despedía cuando entraron cinco seglares de un grupo de oración de la Renovación Carismática. En República Dominicana me había burlado mucho de la Renovación Carismática, afirmando que América latina no necesitaba don de lenguas sino promoción humana, y ahora ellos venían a orar desinteresadamente por mí.

Estas visitas tenían dos enfoques totalmente diferentes: el primero para aceptar la enfermedad. El segundo para recobrar la salud.

Como sacerdote misionero pensé que no era edificante rechazar la oración. Pero, sinceramente, la acepté más por educación que por convicción. No creía que una simple oración pudiera conseguirme la salud.

Ellos me dijeron muy convencidos:

— Vamos a hacer lo que dice el Evangelio: *"Impondrán las manos sobre los enfermos y éstos quedaran sanos"*.

Así que oraremos y el Señor te va a sanar.

Acto seguido se acercaron todos a la mecedora donde yo estaba sentado y me impusieron las manos. Yo nunca había visto algo semejante y no me gustó. Me sentí ridículo debajo de sus manos y me daba pena con la gente que pasaba afuera y se asomaba por la puerta que se había quedado abierta.

Entonces interrumpí la oración y les propuse:

— Si quieren, vamos a cerrar la puerta...

— Sí, padre, cómo no... -respondieron.

Cerraron la puerta, pero ya Jesús había entrado.

Durante la oración yo sentí un fuerte calor en mis pulmones. Pensé que era otro ataque de tuberculosis y que me iba a morir. Pero era el calor del amor de Jesús que me estaba tocando y sanando mis pulmones enfermos. Durante la oración hubo una profecía. El Señor me decía: "Yo haré de ti un testigo de mi amor". Jesús vivo estaba dando vida, no sólo a mis pulmones sino a mi sacerdocio y a todo mi ser.

A los tres o cuatro días me sentía perfectamente bien. Tenía apetito, dormía bien y no había dolor alguno. Los médicos estaban preparados para comenzar inmediatamente el tratamiento. Sin embargo, ningún medicamento les respondía de acuerdo a mi supuesta enfermedad. Entonces mandaron traer unas inyecciones especiales para gentes cuyo organismo no es normal, pero tampoco hubo reacción alguna.

Yo me sentía bien y quería regresar a casa, pero ellos me obligaron a pasar el mes de agosto en el hospital buscando por todos lados la tuberculosis que se les había escapado y no podían encontrar.

Al final del mes, después de muchos experimentos el médico responsable me dijo:

— Padre, vuelva a su casa. Usted está perfectamente, pero esto va en contra de todas nuestras teorías médicas. No sabemos lo que ha pasado.

Luego, encogiendo los hombros, añadió:

— Padre, usted es un caso único en este hospital.

— En mi Congregación también -le respondí riendo.

Salí del hospital sin recetas, medicinas ni cuidados especiales. Me fui a casa pesando sólo 110 libras (50 kilos). El hospital que me iba a curar de tuberculosis me estaba matando de hambre.

Quince días después apareció el número 8 de la Revista "Notre Dame". En la página cinco estaba mi fotografía del hospital: sentado en la célebre mecedora, con sondas, cara triste y mirada pensativa. Abajo de la fotografía decía: "El enfermo debe aprender a vivir con su enfermedad, acostumbrarse a las alusiones veladas a las preguntas indiscretas.. y a los amigos que ya no volverán a mirarlo de la misma manera". Pero mi salud echó a perder su número.

El Señor me había sanado. Mi fe era muy pequeña, tal vez del tamaño de un grano de mostaza, pero Dios era tan grande que no había dependido de mi pequeñez. Así es nuestro Dios. Si estuviera condicionado a nosotros, no sería Dios.

De esa manera yo recibí en carne propia la primera y fundamental enseñanza para el ministerio de curación: El Señor nos sana con la fe que tenemos. No nos pide más, sólo eso.

El 15 de septiembre asistí a la primera reunión de oración carismática de mi vida. Ni sabía lo que era eso, pero fui, puesto que me había curado y las personas que habían orado por mí me pidieron que diera el testimonio de mi sanación.

Comencé a trabajar un poco ese mes de septiembre y le escribí a mi superior para que el año que yo debía estar hospitalizado me permitiera pasarlo estudiando la Renovación Carismática en Canadá y Estados Unidos. Me dio permiso y fui a los centros más importantes de Quebec, Pittsburg, Notre Dame y Arizona.

Recuerdo que estaba en los Angeles celebrando misa con mi sobrina y un amigo. Después de leer el Evangelio en francés quise comentarlo, pero pasó algo muy curioso: sentí como que la mejilla se me adormecía y comencé a hablar algo que no entendía. No era ni francés, ni inglés, ni español. Cuando terminé de hablar, exclamé sorprendido:

- No me digan que voy a recibir el don de lenguas...
- Eso es lo que tú ya recibiste, tío -respondió mi sobrina-. Tú estabas hablando en lenguas.

Tanto que yo me había burlado del don de lenguas y el Señor me lo regaló en el momento en que iba a predicar. Así descubrí ese don tan hermoso del Señor.

NAGUA Y PIMENTEL

A.- NAGUA

Después del año que supuestamente debía pasar en el hospital regresé a la República Dominicana. Mi superior me destinó a una parroquia en la ciudad de Nagua.

Al llegar convoqué unas cuarenta personas para darles el testimonio de mi curación. Recuerdo que invité a los enfermos a pasar el frente para orar por ellos. Para mi sorpresa, había más gente en el grupo de enfermos que entre los sanos. Esa noche al Señor se le ocurrió sanar a dos de ellos. La asamblea estalló en gran alegría y los sanados daban testimonio por todas partes. Así, humildemente, comenzó una historia que no nos imaginábamos sería tan maravillosa.

A partir de las curaciones que el Señor realizaba, nuestro grupo se asemejaba al Banquete del Reino de los Cielos: los invitados eran los cojos, los sordos, los mudos y los pobres.

Cada semana el Señor sanaba enfermos. En agosto sanó a doña Sara que tenía cáncer en la matriz. Ella estaba desahuciada y la habían regresado del hospital para que muriera en su casa. La llevaron a la reunión y durante la oración por los enfermos sintió un profundo calor en el vientre y comenzó a llorar. Poco a poco se dio cuenta que la enfermedad desaparecía. A los quince días estaba completamente sana y volvió al grupo de oración para dar su testimonio, llevando en sus manos su mortaja; los vestidos que sus hijos le habían comprado para el día de la sepultura.

La gente venía en gran número. Todos cantaban con alegría y alababan a Dios espontáneamente. Ante las curaciones y prodigios estallaban de gozo y contaban a todo mundo lo que pasaba en la parroquia. A raíz de estas reuniones tan festivas y hermosas algunos sacerdotes comenzaron a decir sarcásticamente:

— El padre Emiliano se sanó de tuberculosis pero se enfermó de la cabeza.

Porque oraba en lenguas y creía en el poder sanador de Cristo, afirmaban que me había vuelto loco.

El Señor nos dijo mediante profecía:

“Yo trabajo en la paz. Les doy mi paz. Sean mensajeros de paz. Comienzo a derramar mi Espíritu en ustedes. Es un fuego devorador que va a invadir a la ciudad entera. Abran los ojos porque verán señales y prodigios que muchos desearon ver y no vieron. Yo lo digo y yo lo hago”.

Estábamos delante de la obra del Señor. De eso estábamos seguros. Los milagros continuaron tan numerosos que no los podría contar: parejas que vivían en concubinato se casaron, jóvenes fueron liberados de las drogas y el alcoholismo. Era la pesca milagrosa: después de haber pasado mucho tiempo lanzando el anzuelo, ahora el Señor llenaba tanto las redes que hasta se me imaginaba que la barca se hundiría (Lc 5,7).

Jesús estaba liberando a su pueblo de las cadenas de esclavitud. Los jóvenes que ya no se interesaban por la Iglesia y la fe, comenzaron a encontrar y proclamar que Jesús era su libertador.

En un retiro parroquial proclamamos a Jesús y luego oramos por la salud de los enfermos durante la Eucaristía. La primera palabra de conocimiento que tuve fue: “aquí hay una mujer que está siendo curada de cáncer. Ella siente un fuerte calor en su vientre”. Seguí orando y hubo otras palabras de conocimiento que fueron confirmadas por los testimonios. Sin embargo, nadie reportó la primera.

Al día siguiente una señora delante del micrófono dijo a todos:

— Tal vez se sorprendan por verme aquí. Soy pecadora pública que he pasado muchos años en la prostitución. Ayer quise venir a misa de sanación, mas por la vida que he llevado, me dio vergüenza entrar y me quedé un poco lejos, atrás de la empalizada. Estaba enferma de cáncer. Incluso llevo dos operaciones que no han detenido la enfermedad, pero cuando el sacerdote dijo que una persona estaba siendo curada de cáncer sentí que era yo.

El Señor la sanó no sólo de cáncer de su cuerpo, sino también del cáncer de su alma. Se arrepintió y comulgó al día siguiente. Cuando la vi comulgar con tanta alegría y lágrimas de felicidad en su rostro, recordé el regreso del hijo pródigo que come el becerro cebado que su padre le había hecho matar. Ella estaba recibiendo al mismo Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, purificando su alma y cambiando su vida. Ella regresó al prostíbulo para testificar a sus compañeras con lágrimas en los ojos:

— No vengo a decirles que dejen esta vida. Sólo quiero hablarles de mi amigo Jesús que me rescató y cambió mi vida.

Les contó su curación y conversión. Luego pidió permiso para hacer un grupo de oración en el mismo prostíbulo y todos los lunes se cerraban las puertas al pecado y se abría el corazón a Jesús. Había oración, lectura de la Palabra y cantos.

El Señor no terminó allí su obra. Después de un año se organizó un retiro para 47 prostitutas de la ciudad. Es el retiro donde he visto actuar con más poder la misericordia de Dios.

Hubo arrepentimiento, conversión y confesiones. 27 dejaron su antigua vida, y según informes recientes, 21 han perseverado en el camino del Señor. Algunas hasta se han vuelto catequistas; otras animan grupos de oración testificando poderosamente cómo el amor misericordioso de Dios las ha transformado.

De las 21 casas de prostitución que había en la calle Mariano Pérez no quedaron más que cuatro. Personas del mismo grupo de oración visitaron todas estas casas y el Señor las transformó.

Aquí conviene mencionar otro caso de una de estas mujeres, de las cuales Jesús dice que aventajarán a los escribas y fariseos en

el Reino de los Cielos:

Diana fue tocada por el amor de Dios y ella se entregó al Señor. Sin embargo, su restablecimiento fue lento y doloroso. Incluso tuvo una recaída en su antigua vida a causa de problemas económicos. Cuando se hallaba lejos, el Señor le habló y le dijo:

— Diana, quien me sigue, camina en la luz y no le falta nada.

Ella se arrepintió y volvió al Señor. Hasta que se hizo catequista y hoy día testifica con gran poder en los retiros la misericordia del Señor, formando parte de un equipo de evangelización y ya quisieran muchos sacerdotes el poder que ella tiene para proclamar la vida nueva en Cristo Jesús.

Según estadísticas en Nagua había unas 500 casas de prostitución. Más de un 80% cerró sus puertas. No todas se convirtieron pero si todas fueron alcanzadas por el mensaje de Jesús vivo. Incluso varias de estas casas que estaban al servicio del pecado y el egoísmo, se convirtieron en casas para grupos de oración. Fue tan notorio el cambio que llegaron a decir:

“Nagua era la ciudad de la prostitución,
pero ahora es la ciudad de la oración”

Hoy día no hay calle en Nagua sin grupo de oración. Estos son grupos evangelizadores que anuncian y llevan a las personas a un encuentro personal con Jesús vivo.

El caso de Nagua nos da una idea ahora de lo que son los carismas en la evangelización. No son adornos accidentales, sino vehículos de evangelización.

Hay muchos que niegan los carismas, diciendo que no tienen importancia. Simplemente les recuerdo que Nagua fue sacudida por el Evangelio y cambió su fama de “la ciudad de la prostitución” gracias a un retiro de prostitutas. Este retiro se llevó a cabo por una mujer que, como María Magdalena, siguió a Jesús y luego lo testificó. ¿Por qué? Porque fue sanada de cáncer.

Una humilde curación física desencadenó una transformación social. Así se instaura el Reino de Dios, a través de acontecimientos tan pequeños y sencillos que, como granos de mostaza, al germinar dan fruto abundante.

¿Quiénes somos los hombres para desechar los caminos de Dios?

B.- PIMENTEL

Yo estaba muy feliz en Nagua trabajando con los grupos de oración, mas el Espíritu Santo me tenía preparada una gran sorpresa. En verdad que los caminos de Dios son diferentes a los nuestros (Is 55,8), pero incomparablemente mejores de lo que podemos pedir o pensar (Ef 3,20). El Padre provincial me pidió suplir temporalmente a un párroco que se iba de vacaciones.

Sinceramente me costaba mucho trabajo dejar Nagua. Siempre queremos asegurarnos con lo que tenemos y éste es el gran enemigo para abrirse a las sorpresas del Espíritu. La vida en el Espíritu es una vida de despojo, de no hacer nuestras las cosas de Dios, ni siquiera lo que llamamos “nuestro ministerio”. Estamos llamados a ser eternos peregrinos que viven en tiendas provisionales, dispuestos siempre para el viaje, sin boleto de regreso. Sólo cuando nada poseemos es cuando somos capaces de tenerlo todo.

El 10 de junio de 1974 llegué a mi nuevo destino: Pimentel, que es un pueblo simpático, situado en el centro del país y enmarcado por una fértil llanura, generosa en arroz, papa, cacao y naranja, gracias a las aguas de Río Cuaba. El pueblo es apenas cruzado por una calle sin pavimentar donde transitan burros y uno que otro automóvil o tractor. La Bandera Nacional que ondea en la municipalidad es saludada por la esbelta palmera, la acacia y el samán del parque público que está enfrente. Del otro lado se levanta la parroquia de San Juan Bautista, cuyo nombre me hizo pensar que mi misión, como la de todo evangelizador, es de ser un precursor que anuncia la venida del Salvador. El Espíritu Santo me había traído aquí para ser testigo de la luz de Cristo resucitado.

Al llegar me entrevisté con el párroco que ya tenía sus maletas hechas. Sólo le pedí que me diera permiso de organizar un grupito de Renovación, porque sin oración no podía trabajar. A él no le gustaba, tenía miedo. No me lo negó porque yo lo iba a suplir para que se fuera de vacaciones, pero me dijo:

— Está bien, haz el grupo, pero sin carismas.

— Bueno -le contesté-, los carismas no los doy yo. Eso viene

del Espíritu Santo. Si él quiere dar carismas a tu gente ¿qué puedo hacer yo?

— Haz lo que quieras -me contestó y se despidió.

El verano de ese año fue muy caluroso, como presagio del fuego del Espíritu que nos invadiría. El que no crea que tenemos un Jesús vivo que hoy hace maravillas, no le conviene leer lo siguiente, pues le parecería increíble.

a.- Primera reunión

Durante las misas del primer Domingo invité a la gente para una conferencia sobre la Renovación Carismática, prometiéndoles contar el testimonio de mi curación. Asistieron unas 200 personas. Pero esa gente tenía tanta fe que en la noche llevaron un tullido en una camilla. Se le había roto la columna vertebral y no había vuelto a caminar desde hacía cinco años y medio.

Cuando los vi llegar con él en la camilla pensé que eran demasiado atrevidos, pero me recordaron a aquellos cuatro que llevaron a su amigo paralítico a Jesús (Mc 2, 1-12). Oramos por él y le pedimos al Señor que por el poder de sus santas llagas sanara a este tullido. El hombre comenzó a sudar abundantemente y a temblar. Entonces recordé que cuando el Señor me sanó, yo también sentí mucho calor. Así que le ordené:

— El Señor te está sanando. ¡Levántate en el nombre de Jesús!

Le di la mano y él me miró muy sorprendido. Con mucho esfuerzo se levantó y comenzó a andar lentamente.

— ¡Sigue caminando en el nombre de Jesús! -le grité- ¡El Señor te está sanando!

El daba un paso y otro paso. Llegó hasta el Sagrario y, llorando, daba gracias a Dios. Todo el mundo alababa al Señor mientras el curado salía llevando su camilla debajo del brazo. Ese día otras diez personas también fueron curadas por el amor de Jesucristo.

¡Qué sed tiene la gente de oración! Se acercan a nosotros para pedirnos que les enseñemos a orar. Como Jesús, debemos enseñarles orando con ellos. No podemos desaprovechar esa maravillosa oportunidad. Si nosotros habláramos menos del Señor y habláramos más con El, ¡qué pronto se transformaría nuestro

mundo! Es cierto que al Señor le agrada que hablemos de El, pero más le gusta que hablemos con El.

b.- Segunda reunión

El siguiente miércoles llegaron más de 3,000 personas. Entonces realizamos la reunión en la calle porque no cabíamos en la iglesia. Como no se podía hacer asamblea de oración con tanta gente, prediqué media hora antes de celebrar la Eucaristía por los enfermos.

Había allí una mujer llamada Mercedes Domínguez. Tenía 10 años completamente ciega y durante la oración por los enfermos sintió un intenso frío en los ojos. Regresó a su casa muy emocionada, diciendo a todo mundo que podía ver un poco. ¡Al día siguiente amaneció completamente sana!

El Señor le abrió los ojos y ella abrió la boca para testificar por todas partes su maravillosa curación. Esta sanación impresionó mucho a todo el pueblo.

c.- Tercera reunión

Imagínense lo que sucedió la tercera semana. Nos fuimos al parque, al aire libre, para celebrar la gloria del Señor. Era como cuando Jesús llegaba a Cafarnaum o Betsaida. El mismo Jesús, vivo, llegaba a nuestro pueblo. El parque parecía la Piscina de Bezatá: *llena de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos, esperando su curación.* Cf Jn 5, 1-3.

“Bezatá” significa “Casa de la Misericordia”. Pimentel, el más pequeño de los pueblos, se había convertido en el lugar escogido por Dios para mostrar su misericordia. El ministerio de curación es el ministerio de la misericordia de Dios.

Esa noche había más de 7000 personas. Hicimos lo mismo: predicar el amor de Jesús; que él está vivo en su Iglesia y sigue actuando con signos y prodigios. Celebramos la misa y de nuevo el Señor comenzó a sanar enfermos. Era algo casi exagerado. Sucedió como en las bodas de Caná, que el Señor se le pasó la mano con el vino: le sobró tanto que se podía organizar otra boda. Cuando le pedimos algo, él nos da todo porque él no tiene límite en su poder ni en su amor. El no sana sólo a dos ni a tres; son cantidades enormes.

La policía estaba muy molesta porque tenía que trabajar horas extras tratando de controlar el excesivo tráfico en un pueblo tan pequeño. Entonces los oficiales fueron ante el jefe de policía a pedirle que prohibiera esas reuniones. El jefe abrió las manos y les respondió con una sonrisa:

— Yo también hubiera querido suspenderlas, pero mi esposa se curó en una reunión de éstas...

Ella tenía doce años enferma y fue tocada por el amor de Dios. Después de algunos días ambos recibieron el sacramento del matrimonio. ¡Qué maravilloso es el Señor!

El Señor había previsto todo; en vez de suspender la reunión tuvimos 18 policías extras para dirigir el tráfico durante el siguiente miércoles.

d.- Cuarta reunión

Era el 9 de julio, aniversario de mi regreso a la República Dominicana. Desde las 9 de la mañana llegaban autobuses y camionetas con gente de todo el país. Hasta los taxistas nos hacían propaganda, pues les convenía también a ellos. Esa tarde había unas 20,000 personas en oración. Por tanta gente, nos tuvimos que subir al techo, donde colocamos el altar y las bocinas.

¿Saben ustedes cómo se “vengó” Dios de la policía que quería acabar con las reuniones? Esa noche curó a un policía que sufría un derrame cerebral que lo tenía semiparalizado. A partir de esto teníamos a todos los policías completamente de nuestra parte. En verdad que la forma de terminar Dios con los problemas es mejor que la nuestra.

Una señora, conocida por todo el pueblo, que tenía 16 años sorda, se curó completamente. Sintió primero un zumbido y luego se dió cuenta que oía perfectamente la predicación. Al día siguiente fue al mercado y un empleado le dijo a otro compañero:

— Allí viene la sorda, vamos a hacerle una broma moviendo nuestra boca, pero sin pronunciar ninguna palabra.

Pero ella alcanzó a oír lo que decían y les contestó muy contenta:

— No, señores, ya no estoy sorda porque Cristo me sanó anoche.

Aparte de estar curada daba testimonio del poder de Dios.

Un hombre que no podía caminar sino que gateaba, también se curó en esa ocasión. Hubo derroche de milagros y prodigios. Vimos de todo. Era vivir a todo color, en vivo y directo, lo que cuenta el Evangelio; era Jesús resucitado caminando entre nosotros y salvando a su pueblo. Esa noche hubo más de cien curaciones, según los testimonios recibidos.

e.- Quinta reunión

Para la quinta reunión nuestro equipo de sonido resultó insuficiente. La policía calculó en base a los metros cuadrados aquella multitud ¡eran 42,000 personas! Vino gente desde Puerto Rico, Haití y de todas las parroquias del país. Las calles estaban llenas, los tejados abarrotados y la pequeña carretera congestionada con autobuses, automóviles y camionetas.

La gente aumentó tanto, por la simple razón de que el Señor Jesús no ha cambiado todavía su manera de trabajo. Mientras nosotros buscamos métodos pastorales más eficaces y acordes con nuestro tiempo, el Señor continúa con el suyo: él recorría la Galilea sanando a los enfermos; entonces las multitudes le seguían, y él les predicaba la Palabra de salvación (Lc 6, 17-23).

Hoy sigue haciendo lo mismo: sana a los enfermos, la gente se reúne por miles y nosotros proclamamos el Reino de Dios. Es sencillamente el Evangelio que se repite.

Comencé a asustarme un poco, pues esa pobre gente quería tocarme y que orara por cada uno de ellos. Esa noche me arrancaron todos los botones de mi saco y por poco me aplastan. Otro problema era que las personas que habían viajado todo el día no encontraban alimento en el pueblo y regresaban hambrientos, pero llenos del amor de Dios.

Entonces oramos y le pedimos al Señor su luz para saber qué debíamos hacer con tanta gente. El nos había metido en aquellos problemas, él tenía que sacarnos. Durante la oración nos dio un mensaje en lenguas a través de Evaristo Guzmán. Para que no me quedara duda, a mí mismo me dio la interpretación:

“Evangelicen a mi pueblo, yo quiero un pueblo de alabanza”.

No debemos temer las grandes multitudes. El Señor nos las manda para que les proclamemos su Palabra de salvación. Los que temen a los prodigios del Señor le están teniendo miedo al Señor de los prodigios.

Algunos se admiran de que el Señor responda tan pronto a las oraciones. Yo les digo que lo asombroso sería que El, siendo tan bueno, no respondiera:

*Antes que me llamen, yo responderé;
aún estarán hablando, y yo les escucharé: Is 65,25.
Pidan y se les dará; busquen y hallarán;
llamen y se les abrirá.
Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla;
y al que llama, se le abrirá.
¿Qué padre hay entre ustedes
que, si su hijo le pide pan, le dé una piedra;
o, si pide pescado, en vez de pescado le da una culebra;
o, si pide un huevo, le da un escorpión?
Si pues, ustedes, siendo malos,
saben dar cosas buenas a sus hijos,
¡cuánto más el Padre del cielo
dará al Espíritu Santo a los que se lo pidan!: Lc 11,9-13.*

¿Qué pensaba Mons. Antonio Flores, Obispo de la Vega, de todo esto? El estaba abierto, pero inquieto ante tanta publicidad de la prensa, la radio y la televisión. Fui a visitarlo y lo encontré en la capilla. Oramos juntos y estuvimos de acuerdo en dividir la inmensa asamblea en pequeños grupos como lo habíamos hecho antes en Nagua. Yo regresé feliz porque el Espíritu Santo, el Obispo y yo estábamos en completo acuerdo para dividir aquel grupo.

Inmediatamente hicimos un comunicado que se difundió por radio y televisión, suspendiendo la gran asamblea y recomendando a la gente que se reuniera en su propia parroquia para orar.

El Señor tenía un plan con los acontecimientos de Pimentel: despertar a su pueblo, sacudir a su Iglesia y mostrar con signos y prodigios que El está vivo y da su vida en abundancia a los que creen en su nombre.

Comenzaba entonces otro tipo de trabajo; más a fondo y más delicado: formar a los responsables de los pequeños grupos de oración. Tuvimos un retiro el fin de semana con los más comprometidos. Les explicamos lo que es la reunión de oración, la Renovación Carismática, el Bautismo en el Espíritu Santo y los carismas... *y los encomendamos a la gracia de Dios* (Hech 20,32). Tres días después ellos estaban coordinando más de 45 grupos en distintos lugares de la parroquia. Había grupos abajo de los árboles, en la iglesia, en las casas y por todos lados. Toda la ciudad se había convertido en Casa de oración.

Para que la gente tuviera fija la vista en Jesús y no en hombre alguno, esa noche yo me iba lejos de la parroquia. El Señor, sin embargo, se quedaba y seguía curando a los enfermos.

En una visita que hicimos en 1984 en vistas a la publicación de este libro, nos regalaron un cuaderno donde están anotados 224 testimonios de curaciones realizadas en el grupo que se reunía en la casa de Guara Rosario en la calle Colón. Simplemente en la reunión del 13 de noviembre de 1975 dan 22 testimonios de curaciones. Poco después dejaron de consignarlos por escrito porque “ya eran demasiados”.

Les preguntamos también si el Señor seguía manifestándose ahora tanto como entonces, a lo cual nos respondieron con maravillosa sencillez:

— No, no tanto, pero es que ahora ya no hay tantos enfermos.

f.- Domingo de Ramos

El Señor entró triunfalmente no sólo en el pequeño pueblo de Pimentel, sino en el país entero y más allá de sus fronteras. Todo fue tan maravilloso que me parecía un sueño. Nunca había encontrado mi vocación misionera tan fascinante y hermosa.

El Señor entró en los medios de comunicación curando a la madre de un locutor de televisión. Este locutor se encargó de testificar el milagro delante de las cámaras.

También el Señor llegó hasta la Cámara de Diputados curando del cuello a una diputada en la Asamblea Nacional.

Más tarde me di cuenta de que los editores de la revista francesa “Il est vivant” le escribieron al Obispo preguntándole

sobre la autenticidad de lo acaecido en Pimentel: El Señor Obispo respondió a su carta el 15 de octubre de 1975 diciendo textualmente: "El testimonio del Padre Emiliano Tardif M.S.C. es auténtico". Esta carta fue publicada en dicha revista en el número 6-7.

Esos días era como estar en la cumbre del Tabor contemplando la gloria del Señor. Era compartir con Jesús aquello que le dijo su Padre: *tu eres mi hijo muy amado en quien yo tengo mis complacencias.*

El 16 de julio el Señor nos previno en profecía, anunciándonos que seríamos atacados, y ridiculizados, pero que no deberíamos temer, pues él ya había vencido al mundo.

Pasaron tres meses y el párroco que estaba de vacaciones regresó. Se sorprendió con todo lo que encontró y lo que la gente contaba. Todo era tan extraordinario que no podía creerlo.

El Señor había visitado su pueblo suscitando una fuerza salvadora en su parroquia, haciendo misericordia con los suyos, encendiendo una luz en medio de las tinieblas para que, libres de temor, pudiéramos servirle en santidad y justicia todos los días de nuestra vida.

El Señor había sanado a hombres y mujeres, un policía y una niña, gentes que venían de lejos y enfermos incurables. El había evangelizado a su pueblo anunciándole la Buena Nueva del Reino, sirviéndose incluso de los medios de comunicación como la prensa y la televisión. Era el Domingo de Ramos en el que el Señor entraba triunfal a su pueblo.

Al dejar la parroquia para regresar de nuevo a Nagua, la calle estaba vacía. El viento soplaba suavemente meciendo las palmeras y acariciando la Bandera Nacional que habían sido testigos de las maravillas del Señor. Sentí nostalgia de aquellas multitudes. En eso pasó trotando alegremente un borriquito que se me quedó mirando con sus grandes ojos. Rebusnó, me mostró una amplia sonrisa con su abundante dentadura, como queriéndome decir: tú eres simplemente el burro que trajo a Jesús a este pueblo y ahora debes regresar otra vez a Betfagé. La gloria, las palmas y los reconocimientos son para el que tú cargabas; no para ti. Tú, como Juan Bautista, debes disminuir para que Cristo

crezca. Emiliano debe morir para que Cristo viva en él. Tu gloria es que Cristo sea glorificado; tu privilegio, anunciar el Evangelio.

El burro movió la cola diciéndome "adios" y se alejó. Yo regresé a Nagua brincando de alegría.

g.- La Semana Santa

Todo había sido como un crepúsculo con mil colores. El Señor se había mostrado espléndido; mucho más de lo que nosotros nos hubiéramos podido imaginar. Todavía no despertábamos del vino embriagador de su amor cuando unas negras nubes surcaron los cielos. De pronto todo se oscureció y se ocultó el sol. Aunque yo sabía que el Señor estaba conmigo, los vientos de tempestad comenzaron a soplar furibundos.

El secretario de Salud me acusó por la televisión de abusar de la ignorancia del pueblo, haciéndolo creer que sanaba. Dijo que yo era un charlatán y que engañaba al pueblo; que por qué no me iba a hacer lo mismo a un país desarrollado, como Canadá.

Otros me atacaron diciendo que, como extranjero, yo no conocía al pueblo y que todas esas curaciones y milagros llevarían al pueblo a la brujería y al espiritismo. Yo les contesté que en verdad yo no conocía tanto al pueblo pero sí conocía bien a Jesús y él jamás nos lleva al espiritismo o a la brujería. Al contrario. Cuando él actúa hace las cosas bien y no debemos tener miedo.

Por radio, prensa y televisión hubo muchos ataques. En pocos días yo era un brujo y un mentiroso. Porque creía y proclamaba que Jesús estaba vivo, salvaba y curaba a su pueblo, decían que estaba loco, que era un fanático y otras cosas más. En menos de 24 horas la prensa que antes me admiraba ahora luchaba en contra mía. Entonces comprendí que frágil es la fama que el mundo ofrece y qué locura es buscar la opinión de los demás. En unas cuantas horas se viene abajo la espuma de la gloria. Pero mi confianza estaba en Jesús, que es el mismo, ayer, hoy y siempre. Como yo no había dependido de ellos cuando hablaban bien de mí, tampoco me afectó cuando opinaban mal. Yo estaba con una paz profunda en mi corazón.

Unos que se decían psicólogos vinieron a decirme que era natural y que no había nada de milagroso en que sucedieran tales curaciones; que todo era debido al contagio de masas y a histeria

colectiva. Simplemente les contesté que entonces me parecía una gran injusticia que, sabiendo tanto de esto, ellos no organizaran reuniones cada tarde para curar a todos los enfermos del país.

Otros nos acusaban de emocionalistas. Yo les respondía que el emocionalismo es buscar la emoción por la emoción, y nosotros buscábamos al Señor, lo cual era siempre emocionante. Encontrar el Tesoro Escondido es emocionante y vibrante. El signo de que alguien encontró el Tesoro es la alegría que le da.

Otros atacaban la inmadurez de la gente diciendo:

— Toda esa multitud sólo viene por curiosidad y por los milagros de curación.

Yo les contestaba:

— ¿Qué importa la razón por la que ellos vienen? Lo importante es que estén aquí para que los evangelicemos. Seguramente Zaqueo no se subió al sicómoro para rezar el santo rosario sino por pura curiosidad, pues “quería ver a Jesús”.

Tanto me preguntaron si no me estaba volviendo loco que un día les contesté:

— Yo también estoy preguntándomelo, pues ahora ya no sé hablar sino de mi Señor Jesucristo.

Los párrocos vecinos también se pusieron celosos. Un grupo del clero pidió que mi Provincial me sacara del país porque con esas tonterías yo iba a destruir la estructura de la Pastoral. Yo les contesté que Jesús no había sido enviado a salvar las estructuras pastorales sino a salvar a su pueblo y que eso era lo único que él estaba haciendo en medio de nosotros.

Me acusaban que yo estaba vaciando las parroquias, pero yo no invitaba a nadie. Yo solamente proclamaba el Evangelio.

Un sacerdote me decía que estábamos exagerando y que era necesario ir más despacio. Su argumento era así:

— Si tú me hablaras de dos o tres curaciones tal vez yo podría comenzar a creer. Pero ustedes los carismáticos están locos, hablan de tantos milagros...

— Es que tú no conoces realmente a Jesús -le dije.

— Sí -me contestó- pero en el santuario de Lourdes tienen un

Centro Médico donde estudian las curaciones y dicen que hay muy pocas curaciones milagrosas. En cambio, ustedes...

— Pero -yo le contesté- el criterio de nuestra fe no es el Centro Médico de Lourdes, sino el evangelio y éste habla de tantos milagros...

San Marcos, que es el más antiguo de los cuatro evangelistas, nos relata 18 milagros y curaciones de Jesús en 16 capítulos. Si quitáramos los signos de poder del Evangelio de Marcos nos quedaría una o dos páginas. Hay muchos que por haber eliminado este aspecto tienen un Evangelio mutilado, pobre, reducido a doctrina y teorías. El Evangelio es vida para vivirse, experimentar-se y testificarse. La primera vez que el libro de los Hechos de los Apóstoles se refiere al cristianismo lo define como “vida” (Hech 5,20).

Me atacaron tanto de todos los frentes, hasta de los que se suponía estaban del lado de Jesús, que tuve que sacar un artículo en la revista “Amigo del Hogar” en agosto de 1975. Se titulaba: “LA CULPA ES DE CRISTO”. Entre otras cosas, decía lo siguiente:

“Ante los riesgos reales de caer en el fanatismo por lo milagroso, incurrimos en el extremo contrario, a veces más grave que el primero: olvidar que Dios es el maestro de lo imposible.

La curación es realmente la respuesta a una oración de fe, como lo vemos tantas veces en el Evangelio. Esta oración puede ser del enfermo o de los que lo acompañan, de la comunidad o de una persona.

Jesús es el mismo ayer, hoy y siempre. El es el Señor de la historia y actúa como bien le place sin preguntarnos ni pedirnos nuestro parecer o permiso para realizar sus prodigios. ¿Quiénes somos entonces para oponernos o tratar de limitar la obra de nuestro Dios?

Estamos convencidos de que El no se opone a la medicina.

Lo que sucede muchas veces es que existen miles de personas que no tienen dinero para pagar al médico, la clínica ni los medicamentos. ¿Qué de extraño tiene que nuestro Dios se ocupe de los pobres y que El personalmente los atienda? ¿Por qué cerrar la puerta a los que han creído en la Palabra de Jesús

que dijo: Vengan a mi todos los que están cansados y agobiados que yo los aliviaré? ¿No será que estábamos muy cómodos en un cristianismo hecho a nuestra medida? Viene el Señor con estos signos a demostrarnos que está vivo y a interpelarnos, ya que si está vivo, también están vigentes todas sus exigencias.

El problema de Pimentel es que "Jesús está vivo y no muerto".

Al poco tiempo me di cuenta de un doble error que había cometido en ese artículo:

Cometí la torpeza de demostrar las sanaciones, dándoles nombres y direcciones de las personas que habían sido curadas, pensando que era la evidencia de los hechos y no la gracia de la fe la que trasformaría sus corazones. Les di la señal del cielo que pedían y no se convirtieron porque las señales son sólo señales; la fe es lo que nos hace reconocer lo que ellas significan: que Dios ama a los hombres, que Cristo está vivo y que la Iglesia tiene el poder del Espíritu Santo para resucitar a los muertos.

El Señor me hizo recapacitar y darme cuenta que no debía defenderme de los ataques como él tampoco se defendió de quienes lo acusaban. Si yo me defendía con mis medios y argumentos no le permitía que El fuera mi defensor con sus medios y argumentos.

Por otro lado, defenderme incluía renunciar a la purificación que el Señor quería hacer en mi vida. A través de tanto ataque e incomprensión, el Señor quería moldearnos a la imagen de su Hijo, pasando por la noche del Calvario para llegar a la gloria de la resurrección.

El tiempo me ha convencido de que son más peligrosas las adulaciones que las críticas; porque estas últimas pueden ser el fuego que queme las impurezas de nuestro corazón; mientras que sobre las adulaciones pende una de las palabras más duras de Jesús: *Ay de ustedes cuando todos hablen bien de sus personas, porque de ese modo trataron a los falsos profetas* : Lc 6,26.

Inconscientemente nos podemos olvidar que somos simples vasos de barro, pero el Señor se encarga de recordárnoslo mediante la cruz de la incomprensión. El Señor en su misericordia nos purifica y nos humilla para no robarle la gloria que sólo a El pertenece.

La cruz es el desierto donde se manifiesta el Dios vivo. Pero hay que quitarse las sandalias para acercarse a la zarza ardiente. La crítica es como el atrio del Templo que nos prepara para entrar limpios al santuario del Dios vivo; libres de todo apego.. y los apegos más peligrosos son lo que llamamos nuestros méritos o nuestra actividad apostólica.

Los ataques fueron tan violentos y continuos que a veces yo pensaba que ya no resistía. Por todas partes me acorralaban. Yo mismo me sentía solo en un camino nuevo. Entonces pedí a una hermana muy llena de Dios que rezara por mí. Ella lo hizo y me dio una profecía que me reconfortó. El Señor me dijo a través de ella:

"Después de haber saboreado la alegría del Domingo de Ramos ¿no te parece normal probar algo de Semana Santa?"

Esta palabra me sanó interiormente. Desde entonces veo los problemas de manera distinta y en completa paz. Cuando las cosas van bien, digo: "estamos en Domingo de Ramos". Si hay dificultades, simplemente afirmo: "estamos en la Semana Santa". De todos modos, la Pascua no está lejos. Gloria a Dios.

El Señor antes de llevarme al Calvario, me hizo probar la gloria del Tabor. Pero no me dejó hacer allá mi tienda, sino que me bajó y me participó de su cruz.

El Señor, antes del dolor, nos da su amor y cuando nos ama nos regala su cruz. La cruz es el regalo de Dios para quienes ama. La cruz antes de experimentar el amor de Dios no se entiende ni se puede aceptar.

En el plan de Dios antes del Calvario debe estar el Tabor. Después de la gloria la cruz que salva y que nos lleva a la Resurrección. Nuestra vida se desarrolla como los misterios del Rosario: hay gozosos, dolorosos y gloriosos, pero todos y cada uno terminan con "gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo".

Cada día vivimos un misterio. Toda la vida no puede ser ni gozosa ni dolorosa, sino entremezclándose, para la gloria de Dios. La cruz y la resurrección son como las pinturas de Rembrandt donde luces y sombras se combinan para expresar la belleza.

Nuestro pueblo estaba dormido en un letargo de pasividad. Vino el Señor y sacudió todo. La gente iba a consultar a los

sacerdotes para preguntarles por estas cosas. Entonces ellos tenían que leer e informarse para dar respuestas adecuadas.

Hasta la Comisión Episcopal se reunió para dar una declaración. Esto era muy importante para mí. Yo estaba cierto que la obra era de Dios, pero necesitaba el discernimiento de los Obispos. Para mí ellos eran la voz de Dios. Publicaron una declaración titulada: "El Papa aprueba y estimula las reuniones de oración carismática". Luego, como subtítulo, decía: Monseñor Pepén (Secretario Nacional del Episcopado) aprueba la obra del padre Tardif.

Cuando yo lo leí me dio gusto, pero también me dio risa, y dije: "la obra no es mía..." Como san José, yo estaba seguro que esa vida que había germinado en el seno de la Iglesia no era mía.

Sin saber cómo ni por qué, recibí una invitación de Mons. Carlos Talavera para predicar un retiro sacerdotal en Guadalajara, México. De allí han venido surgiendo otras invitaciones para proclamar las maravillas del Señor en otros países de América Latina.

Comienzo a vislumbrar que se avecina una era gloriosa para la Iglesia. Creo que ha llegado el tiempo de predicar en los terrados, es decir, fuera de los recintos sagrados, porque la gente ya no cabe en nuestros templos. El Señor nos lleva hasta los confines de la tierra para dar testimonio de que él está vivo.

Después de un viaje a Panamá volví a mis tareas parroquiales. Al día siguiente me preparé para visitar una comunidad perdida en la montaña. El viaje lo tenía que hacer en burro. Mientras caminaba lentamente mi asno, iba pensando: ¡Qué maravillosos son los caminos de Dios! En avión o en borrico siempre somos sus mensajeros. Diez mil o sesenta personas, todos son hijos suyos; y estos pequeñitos de la montaña son los verdaderos pobres de Yahvéh. El Señor es tan maravilloso que si volamos en avión, luego nos monta en burro para cuidar nuestra humildad.

En mi burro he aprendido una gran lección: estamos llamados a ser como el pollino que llevó a Jesús a Jerusalén el Domingo de Ramos. Nuestra vocación es ser portadores de Cristo Jesús. Somos vasos de barro que llevamos un precioso Tesoro en nuestro corazón.

En todos los lugares a donde llevamos a Jesús, sucede lo mismo:

Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia la Buena Nueva a los pobres: Lc 7,22.

Antes nos afanábamos en darle alimento a un pueblo que no tenía hambre de Dios. Lo peor era que nosotros mismos no habíamos saboreado el Pan de vida eterna. Ahora no nos damos abasto. La mies es mucha, demasiada, pero el Señor es aún más grande y poderoso.

El Señor prendió la mecha y ahora es un fuego que nadie puede extinguir. Es también un río de Agua Viva que está inundando la Iglesia, purificándola, renovándola y santificándola.

Numerosas parejas que vivían en concubinato tomaron conciencia de que no podían seguir viviendo así. Descubriendo la importancia del sacramento se han preparado seriamente para recibirlo y vivirlo. En un año celebramos 306 matrimonios, cifra inusitada en otros tiempos.

El mayor milagro de todos los que he podido presenciar en estos años es que el Señor ha provisto de obreros en su viña. Ya son muchos los catequistas. Ahora tenemos tantos que nuestra responsabilidad es formarlos y capacitarlos para que transmitan la Buena Nueva.

En Pentecostés de 1976 éramos 120 catequistas pidiendo una nueva efusión del Espíritu sobre todos nosotros. El Espíritu ya no era sólo un don para gozarlo en lo profundo del corazón sino especialmente una fuerza para anunciar al mundo que Cristo vive y da vida a los que creen en su nombre.

He comenzado a recibir cartas de Francia, Sudamérica y Filipinas. Otros me escriben desde países que desconozco dónde quedan en el mapa; a veces recibo correspondencia en idiomas y signos que no entiendo. Como no comprendo lo que dicen, simplemente pongo en manos del Señor estas cartas y le pido que como El sí las entiende, las conteste por favor.

No recuerdo haber tenido nunca tan buena salud como ahora. Como de todo, duermo bien, trabajo mucho y me siento

perfectamente. El Señor me ha devuelto la salud completa y yo se la entrego al servicio de la evangelización de su pueblo.

Sin embargo, creo que el don más grande que El me ha dado es el de la alegría. Soy feliz tiempo completo. Nunca había vivido mi sacerdocio tan plenamente como ahora.

¡JESUS ESTA VIVO!

Durante el mes de junio de 1981, después de una jornada de evangelización por Argelia y Marruecos, Dios me concedió la gracia de visitar Tierra Santa.

Al día siguiente de mi llegada me levanté muy temprano, antes de que saliera el sol, y me interné por esas viejas y tocidas calles de la siempre nueva ciudad de Jerusalén; recorriendo el mismo camino de María Magdalena el Domingo de Resurrección.

Al llegar al santo Sepulcro me encontré con un amigo mexicano que había ido a casarse a Caná con una linda puertorriqueña. Al entrar en el monumento, él nos hizo notar una inscripción escrita en griego que decía:

¿POR QUE BUSCAN ENTRE LOS MUERTOS
AL QUE ESTA VIVO?
¡NO ESTA AQUI! ¡RESUCITO!

Todavía no salgo del asombro de esa madrugada que es como el eco del Domingo de Pascua. El que murió en la cruz, abandonó el sepulcro y está vivo. De la oscuridad de esa tumba ha brotado una luz que ilumina a todos los hombres iniciando una nueva creación.

Si Jesús no está en la tumba vacía de Jerusalén se encuentra en todas partes del mundo. El único lugar de esta tierra donde Jesús no se encuentra es en aquella tumba labrada en la piedra que un día le prestara su amigo José de Arimatea.

Jesús envió a sus apóstoles no a enseñar teorías ni ideas abstractas sino a testificar lo que habían visto y oído. Pero,

desgraciadamente, parece que estamos más preocupados de enseñar doctrina que en comunicar vida. Para crecer en la vida de Dios antes se debe haber nacido por el poder del Espíritu Santo.

Un evangelizador es ante todo un testigo que tiene experiencia personal de la muerte y resurrección de Cristo Jesús, y que presenta, más que una doctrina, a una persona viva que comunica vida y vida en abundancia. Después, sólo después y siempre después, se debe enseñar la catequesis y la moral. A veces estamos muy preocupados en que la gente cumpla los mandamientos de Dios antes de que conozcan al Dios de los mandamientos. No debemos olvidar que los mandamientos fueron dados después de la teofanía del Sinaí.

Nadie puede ser auténtico transmisor del Evangelio si él mismo no ha experimentado la nueva vida traída por Cristo Jesús. Cuando comunicamos lo que el Señor ha hecho a partir de su resurrección entonces todo cambia. La predicación va acompañada de las señales y prodigios que Jesús prometió.

En Jánico, el párroco nos invitó a dar un retiro, advirtiéndonos que allí la gente era muy dura y no le gustaba ir a la iglesia. Nosotros llegamos y la primera noche no había mucha gente. Pero había allí, postrado en el suelo, un hombre que parecía un muñeco de trapo que no podía mantenerse en pie. Además, estaba tullido también de las dos manos y no podía comer ni caminar por sí mismo. En verdad daba lástima ver aquel hombre.

En mi interior yo pensaba: ¿para qué traen a este hombre aquí...? Como me distraía mucho con su aspecto tan lastimoso dije:

— Vamos a orar por este hombre para que luego se lo lleven.

Al iniciarse la oración, él comenzó a sudar y a temblar. Al verlo me acordé que también yo había sentido un profundo calor cuando el Señor me curó. Entonces le ordené:

— ¡Levántate! ¡El Señor te está sanando!

Luego lo tomé de la mano y le ordené: ¡camina!, hasta que llegó al Sagrario. Allí dio su testimonio, de pie, diciendo que tenía 10 años sin poder dar un paso.

Yo simplemente estaba asustado y pensé en mi corazón: qué bueno que no sabía que tenía tanto tiempo inmóvil; si no, no me

atrevo a decirle que se levante...

Esa tarde salimos todos juntos de la iglesia, cruzamos la calle y nos sentamos en el atrio. Al sentarse añadió:

— Pero es que el Señor también me sanó la mano. La puedo mover.

Ese tullido nos llenó el local para el día siguiente. La gente ya no cabía y estaban atrás de las persianas y de la puerta de la iglesia.

El día que comprendamos el poder que tiene el testimonio, cambiará nuestra predicación.

Antes yo preparaba mucho mis homilías. Estudiaba autores clásicos y leía teólogos modernos. Eran tan buenas y profundas mis lecturas que no quería que se perdiera nada de lo que les iba a decir. Entonces apuntaba todo en un papel y lo leía a la hora de predicar para aprovechar la riqueza de lo que quería transmitir.

Sin embargo también en eso el Señor me ha transformado. Un domingo, delante de los apuntes bien hechos de mi homilía, el Señor me dijo:

— Si tú que tienes tantos estudios y has leído tanto no eres capaz de grabártelo en la memoria sólo para repetirlo, ¿cómo quieres que esta gente sencilla que no tiene la misma preparación que tú, lo grabe en su corazón para vivirlo?

Desde entonces cambié mi predicación. Ahora ya no hago otra cosa sino testificar el poder de Dios y lo que El está haciendo, y cuento las historias del amor de Dios.

He aprendido otra cosa más importante: lo esencial no es hablar bien de Jesús sino dejarlo actuar con todo el poder de su Espíritu. ¿Para qué queremos hablar maravillosamente de Jesús si podemos dejarlo actuar a través de nosotros? El Evangelio no es palabras. El Reino de Dios es poder y fuerza que vienen de lo Alto y se manifiesta entre nosotros.

En una ocasión prediqué muy largo; más de una hora. Al final se acercó un sacerdote un poco enfadado y dijo señalando su reloj:

— No me gustó la conferencia del padre Tardif, pues en 67 minutos que habló de milagros y milagros no hizo alusión a

ninguno de los del Evangelio...

Otra persona que lo oyó respondió:

— ¿Para qué hablar de los milagros de hace dos mil años si puede hablar de los que Jesús hizo en la semana pasada?

Lo que me pasa es que son tantas e innumerables las maravillas del Señor, que ni todo el resto de mi vida me alcanzaría para contar lo que Dios ha hecho en estos diez años. Por eso, cuando sólo tengo una hora, debo contar lo más reciente.

He predicado ya en los cinco continentes diciendo siempre lo mismo, porque no tengo otra cosa que comunicar.

Por otro lado, ¿qué es lo que he visto en todas partes? El amor misericordioso de Dios. Yo soy testigo de que Dios ama a todos los hombres de todos los pueblos y lenguas. El poder del Espíritu Santo me ha convertido en un testigo de que Cristo vive.

A veces no queda tiempo ni para comer. Después de muchas horas de viaje y cansados entramos directamente a trabajar. Pero el Señor manifiesta su fuerza a través de nuestra debilidad.

En el retiro de Lourdes, Francia, había sacerdotes de diferentes países europeos. Era muy cansado después de las conferencias sentarse a confesar para luego seguir con otra conferencia o la liturgia.

Después de una charla se acercaron algunos sacerdotes para confesarse. El primero fue un sacerdote holandés que no hablaba bien el francés. Al terminar de confesarse me pidió:

— Padre ¿puede orar por mi sanación? Estoy "mudo del oído izquierdo".

Fue tan original que por poco suelta la risa a causa de su oído mudo. Simplemente dije:

— Señor, si tú curas a éste, va a ser la sanación más grande del mundo.

...ya sólo esperaba que él saliera para poder reírme a gusto. Pero inmediatamente entró otro que me encontró risueño. A mí no

se me olvidaba lo del "mudo del oído izquierdo" y me sonreía todo el tiempo que duré confesando.

Después, los sacerdotes comentaban:

— Qué feliz es el padre Emiliano. A pesar de tanto trabajo está siempre contento.

Otros afirmaban:

— Qué gusto da confesarse con un sacerdote que te recibe con una sonrisa...

El Señor se sirvió del "mudo del oído izquierdo" para mostrar que El es un Dios de alegría que nos recibe contento cuando nos acercamos a El. No cabe duda que nuestro Dios tiene buen humor.

Un día que prediqué delante de una multitud muy grande en un estadio, una persona me preguntó:

— Padre, ¿no siente miedo o timidez de hablar delante de tanta gente?

Con una sonrisa le contesté:

— Cuando se tiene la seguridad de transmitir una Buena Noticia se puede subir uno a los terrados, testificar en las cárceles y predicar en los estadios. Yo simplemente doy testimonio de lo que he visto; si no, le aseguro que hasta me daría pena estar hablando con usted.

Pero cuando uno no tiene la experiencia de que Cristo vive entonces tiene que hablar de mil cosas, menos de Jesús.

Hoy día no necesitamos un nuevo Evangelio sino una nueva evangelización; es decir, proclamar con poder y eficacia que Cristo vive; no repitiendo teorías que oímos y leímos sino con el testimonio de la propia experiencia. Hoy día debemos evangelizar con el poder del Espíritu, acompañando nuestra predicación con los signos y prodigios que deben ser normales en la presentación del Evangelio.

En el Congreso de Montreal de junio de 1977 había más de 65 000 personas que llenaban el Estadio Olímpico en la misa de clausura. Estaba el Cardenal Roy, seis obispos y 920 sacerdotes. Por otro lado estaba el Alcalde de la ciudad y junto al altar había más de 100 enfermos en sillas de ruedas.

Hicimos la oración por los enfermos. Todo el estadio alababa a Dios cuando de pronto una mujer, Rose Aimée, que tenía 11 años sufriendo esclerosis, se levantó de su silla de ruedas y comenzó a caminar a la vista de todos. De otro lado se puso de pie un hombre y otro más allá y uno más. ¡Doce tullidos se levantaron de su silla de ruedas y comenzaron a caminar!

La gente aplaudía y llenos de emoción lloraban. El mismo Alcalde de la ciudad sollozaba como un niño porque cuando Dios se manifiesta no hay hombre grande; todos son pequeños. El lloraba de felicidad y de emoción.

Otro día el periódico principal de la ciudad decía: "ESTUPEFACCION EN EL ESTADIO OLIMPICO: los cojos andan y los paráliticos caminan". *Le Journal* de Montreal titulaba: "los postrados en sus camas se levantan y andan".

Lo sorprendente no es que se hayan sanado los enfermos. Lo extraño sería que no se hubieran curado; lo raro sería que Jesús no cumpliera su promesa.

Recuerdo que al día siguiente me entrevistaron por televisión y me preguntaban:

— ¿Usted no cree que todas esas curaciones se deben al contagio de masas, la emoción y los aplausos de la gente?

Yo les contesté:

— Bueno, entonces usted me tendría que explicar a mí por qué en ningún partido de beisbol o de futbol se ha levantado ningún parálitico ni los cancerosos se sanan cuando gana su equipo favorito...

¡La única respuesta es que Jesús resucitó y está vivo hoy en medio de nosotros! No busquemos otras explicaciones porque siempre nos perderemos...

Un día estaba comiendo cuando alguien me preguntó indiscretamente:

— Padre, ¿usted está seguro que tiene el don de curación?

Yo no podía contestar inmediatamente, así que todos se me quedaron mirando, esperando mi respuesta. Entonces dije:

— Bueno... estoy seguro que tengo la misión de evangelizar... los signos y curaciones acompañan siempre la predicación del Evangelio. Yo simplemente predico y oro mientras que Jesús sana a los enfermos. Así hemos hecho el equipo de trabajo y nos acoplamos bien...

Los planes del Señor a veces me causan risa pues me parece que tiene buen humor cuando pone a un simple cura de pueblo a predicar ante grandes teólogos y en diferentes países. Yo no les enseño nada. Sólo les doy testimonio de la misericordia del corazón de Jesús.

En 1981 prediqué un retiro para 320 sacerdotes en Lisieux, Francia, junto con el padre Albert de Montleon. Allí había muchos sacerdotes muy inteligentes, otros muy críticos y no faltaban los escépticos. Después de una maravillosa exposición del padre de Montleon me tocaba hablar a mí. Me sentía muy pequeño delante de aquellos hombres tan sabios, con tantos títulos académicos. Me sentía pobre delante de los cardenales Suenens y Renard, allí presentes. Entonces oré al Señor y le dije:

— Señor, ¿qué hace aquí un cura de un pueblito insignificante de una isla tan pequeña que estos hombres tan sabios no saben ni dónde queda? No me dejes solo aquí, por favor, Señor...

Afortunadamente aquella primera noche el Señor curó a un sacerdote que sufría de flebitis y con eso se acabaron las discusiones. Recuerdo como él se levantaba el pantalón y enseñaba sus dos piernas completamente sanas. Este testimonio sirvió más para manifestar la gloria de Dios que mis pobres conferencias.

El Cardenal Renard, sorprendido por las curaciones y maravillas del Señor, se puso en pie y dijo:

"Es difícil para nosotros aceptar la misteriosa acción del Espíritu Santo porque somos tan racionales y a menudo tan racionalistas. Todos nosotros somos, quien más quien menos, pequeños hijos de Descartes, e incluso hay un pequeño Voltaire en cada uno de nosotros.

... por eso se nos hace tan difícil asimilar la acción del Espíritu que sopla como quiere, sin limitarse a los moldes racionales de nuestra lógica. Le ponemos unos rieles para que camine por ellos y él vuela al margen de los mismos. Le ofrecemos unos conductos por donde él inspire, pero él sopla de lado. El Espíritu Santo no sigue nuestros programas pastorales.

Obviamente necesitamos una metodología pastoral. Pero la base de toda pedagogía de fe consiste precisamente en aceptar que nosotros no somos quienes dirigimos su acción, sino él la nuestra. Toda metodología debe ser lo suficientemente permeable para que el Espíritu pueda usarla y hasta transformarla.

Los dones del Espíritu Santo son diferentes y actuales. Tal vez a causa de nuestro racionalismo, o por falta de fe, pensamos que esos dones son asunto del pasado.

El mundo actual está buscando a los hombres del Espíritu, a los profetas cristianos inspirados por el Espíritu, pero si no los encuentra se encaminará entonces tras los iluminados, lo cual es demasiado peligroso. La Iglesia es un Pentecostés permanente y no una racionalización permanente”.

Estas últimas palabras del Cardenal me hacen recordar una anécdota:

Un día estaba Jesús con sus discípulos y les preguntó:

— ¿Y ustedes quién dicen que soy yo?

Simón Pedro se levantó y contestó:

— Tú eres la teofanía escatológica que sustenta ontológicamente la intencionalidad de nuestras relaciones subconscientes e interpersonales.

Jesús abrió los ojos llenos de sorpresa y preguntó:

— ¿Qué, queeeé...?

Y Pedro no pudo repetir porque se le había olvidado. No era algo que tenía en el corazón sino sólo en la mente.

El mundo está cansado de escuchar teorías y florilegios literarios. Tiene hambre de las palabras vivas y eficientes que realizan aquello que contienen. “La Iglesia de hoy necesita más de

testigos que de maestros” decía el Papa Pablo VI. Testigos que han experimentado la nueva vida traída por Cristo Jesús.

Cuenta el evangelio de san Lucas que el domingo por la tarde regresaban de Jerusalén a Emaús dos discípulos de Jesús. Iban tristes y abatidos porque con la muerte del Maestro habían quedado sepultadas todas sus esperanzas de restauración.

El mismo Jesús se les unió en el camino y, uno de ellos, llamado Cleofás, comenzó a dar una cátedra de Cristología al mismo Jesús a quien no era capaz de reconocer. Recordó vivamente cada uno de sus hechos milagrosos y palabras. Narró su cruenta muerte en la cruz de la que había sido testigo todo el pueblo, pero cuando llegó al tema de la resurrección, ya no pudo dar su propia experiencia y se limitó a repetir lo que unas mujeres decían que unos ángeles habían dicho.

Así hay predicadores en la Iglesia que sólo repiten lo que los teólogos han escrito o sus maestros les enseñaron en las aulas pero ellos no tienen experiencia personal de la resurrección de Cristo Jesús.

Mientras no se haya tenido ese encuentro personal con Jesús resucitado se estarán repitiendo teorías y enseñanzas que unos dijeron que otros habían dicho. Estamos llamados a ser testigos de lo que predicamos. Mas, para ser auténtico testigo se necesita tener experiencia personal de lo que se proclama; haberlo vivido en carne propia.

Un día me llevaron a conocer el majestuoso conjunto hidroeléctrico de Itaipú en el Paraguay. Fue impresionante. Los hombres y hasta los camiones parecían insignificantes hormigas delante de aquellas gigantescas cortinas de concreto de la presa. Se produce tanta energía eléctrica allí que alcanza para todo el país y parte del Brasil y Argentina.

Al anochecer regresamos. Me llamó mucho la atención darme cuenta que algunas casitas de los trabajadores de la planta carecían de corriente eléctrica y eran apenas iluminadas por unas tenues velas de cera. ¡A unos cuantos metros de las turbinas y generadores más grandes del mundo no había luz eléctrica, sino velas!

... es que les hacía falta la conexión que les trajera la energía a sus casas.

Eso mismo nos sucede a veces a nosotros. Nuestra vida, en vez de ser iluminada con energía eléctrica, la alumbramos con velas porque no estamos conectados con Jesús que es la Luz del mundo. Incluso, hay quienes trabajan en las oficinas de la Iglesia pero les hace falta la Luz en sus corazones.

Nos pasa como a esos turistas que frente a un hermoso paisaje sacan su cámara fotográfica Polaroid, toman su foto y luego, en vez de admirar el paisaje en vivo y ser cautivados por él, se quedan viendo la fotografía de papel.

Hay muchos cristianos que se han quedado con la fotografía estática de Jesús y no le conocen "cara a cara" porque nunca han tenido un encuentro personal con él. Sólo repiten lo que han oído o leído, pero no tienen la experiencia de su Vida Nueva.

La vida eterna consiste precisamente en "conocer", es decir, experimentar a Dios y a su enviado Jesucristo.

Un verdadero evangelizador es el que presenta su testimonio personal, su experiencia propia de salvación y puede dar fe de que Jesús está vivo porque ha tenido un encuentro personal con él, como los apóstoles que afirman:

No podemos dejar de hablar

de lo que hemos visto y oído: Hech 4,20.

Un verdadero evangelizador no es el que habla de Jesús, sino el que es capaz de presentar a Jesús vivo delante de los evangelizados para que ellos digan, como los samaritanos:

— Ahora ya no creemos por tus palabras
sino porque nosotros mismos
hemos visto y experimentado
que Jesús es el Salvador del mundo.

Mas, nadie podrá transmitir la vida de Cristo resucitado si antes él mismo no ha experimentado que Jesús está vivo el día de hoy.

4

PALABRA DE CONOCIMIENTO

Mucho se ha discutido en estos últimos tiempos sobre la palabra de ciencia y que algunos, con una traducción más exacta, llaman "palabra de conocimiento".

Es un don carismático muy hermoso a través del cual Dios revela y comunica lo que ha pasado o está sucediendo en la historia de la salvación de las personas. Gracias a esta revelación se puede llegar hasta la raíz de una sanación.

Un día llegó una señora muy afligida con su hija que a causa de una extraña enfermedad había dejado los estudios. Me contaron que la jovencita sufría unos ataques muy raros. Frecuentemente se desmayaba y se contorsionaba como si tuviera epilepsia. Habían visitado varios médicos sin resultado alguno. Fueron con psicólogos y no hubo mejoría. Incluso cometieron la torpeza de ir con brujos. Entonces llegaron a la fácil conclusión de que necesitaba un exorcismo.

La mamá hablaba, pero la joven guardaba silencio. Ni siquiera contestaba a mis preguntas. No teniendo datos ni sabiendo qué pedir para ella oré en lenguas. En eso me vino a la mente una palabra que me martillaba continuamente: aborto. Abrí los ojos y le pregunté si ella había tenido algo que ver con un aborto. Ella se sorprendió y me preguntó: ¿Quién se lo dijo?

Con lágrimas en los ojos me contó que había tenido relaciones con su novio, quedando embarazada. Siendo de una familia muy reconocida tuvo mucho miedo y decidió abortar. Pero entonces,

teniendo que cargar con el doble peso de su pecado, al sólo pensar en ello, se desmayaba.

Se arrepintió, se confesó y oramos por su curación interior. El Señor la perdonó y la sanó, no volvió más a sufrir esos desmayos. El Señor nos dio el "conocimiento" de la raíz del problema. No estaba poseída ni se trataba de una enfermedad cualquiera.

También por el don del conocimiento, Dios revela las curaciones que El está realizando en medio de la comunidad. Entonces se comunica a toda la asamblea lo que el Señor está haciendo.

En 1975 fui nombrado delegado de República Dominicana para la II Conferencia Internacional de Líderes de la Renovación Carismática en Roma. Cuando lo comuniqué a mis superiores ellos me respondieron:

— Deja tu lugar a otro, pues es mejor que el país sea representado por un sacerdote nativo.

Me costó mucho trabajo aceptar, pues pensaba que desaprovechaba una oportunidad maravillosa para conocer y aprender más sobre esta Renovación; aunque por la fe yo descubrí en la decisión de mis superiores la voluntad de Dios.

El día que supuestamente debía salir a Roma en avión, fui en caballo a visitar una comunidad perdida en la montaña. Celebré la misa y oré por los enfermos. Mientras oraba en lenguas me vino a la mente una palabra con mucha fuerza: epilepsia. Continué la oración, luego guardé silencio y por fin me tomé el riesgo de la fe, preguntando:

— ¿Hay aquí alguna persona enferma de epilepsia? El Señor la está curando ahora.

Hubo algunos momentos de tenso silencio que me parecieron eternos, hasta que la directora de la escuela levantó su mano y dijo:

— Padre es mi hija. Mire cómo está.

Junto a ella estaba una joven de unos quince años, sudando y temblando.

Estaba enferma desde su nacimiento. Pero el Señor la sanó completamente y no ha vuelto a sufrir esos ataques.

Esta fue la primera vez que el Señor me dio palabra de conocimiento. El día que obedecí a mis superiores el Señor me regaló un don que me ha servido en mi ministerio más que todas las conferencias que yo hubiera escuchado en Roma.

La palabra de conocimiento es un carisma del Espíritu que sorprende mucho a los que viven esta experiencia. Es la comunicación de una seguridad interior, una certeza que no se adquiere por reflexión ni deducción. Es como una idea que invade nuestra mente con intensidad. Esta nos acapara como una palabra sin sonido, una palabra que viene del interior de nuestro ser y permanece presente en nuestro espíritu durante mucho tiempo. Y resulta que, con este pensamiento en nuestra mente, estamos seguros de algo que sabemos no viene de nosotros pero sí a través de nosotros.

Lo cierto es que existe. Creo que Natán tuvo palabra de conocimiento cuando develó el corazón de David (2 Sam 12, 1-15). Pedro tuvo igualmente palabra de conocimiento en el caso de Ananías y Safira (Hech 5,1-11).

La palabra de conocimiento va en la misma línea que la profecía:

Un día estaba predicando un retiro en Samaná, República Dominicana. A la mitad de la charla me vino una palabra de conocimiento que me daba vueltas insistentemente. Para concentrarme en la conferencia me detuve y dije:

— Aquí hay un hombre que ha venido al retiro desafiando a su mujer. Ella lo invitó garantizándole que si venía, cambiaría de vida. Pero él le respondió: iré al retiro, pero no cambiaré. Este hombre está aquí y el Señor te dice que El respeta tu libertad, pero acuérdate de lo que dice san Agustín: termo al Dios que pasa y no vuelve.

En la parte posterior de la capilla, un hombre alto y fuerte cayó de rodillas al suelo y comenzó a llorar. Después de la misa se acercó al sacerdote y le confirmó todos los detalles de la palabra de conocimiento. Se confesó, entregó su vida a Dios y añadió: padre, si usted me necesita para cualquier cosa estoy disponible.

Llega una idea clara a la mente. En la medida que la comunicamos van apareciendo los detalles adicionales. Compararía esta experiencia como leer un mensaje escrito en unas servilletas de una caja de kleenex: en la primera servilleta están unas palabras que debo leer; luego retiro esa servilleta y leo lo que dice la segunda. No se puede leer ni entender lo escrito en la tercera si no se han leído y retirado las otras dos. De igual manera, se comienza a comunicar el primer mensaje e inmediatamente se va completando éste en la medida que lo vamos transmitiendo.

¿Cómo reconocer la autenticidad de una palabra de conocimiento? Solamente por los resultados. Los testimonios son el termómetro que determina si la palabra venía del Señor o no.

Ciertos ministerios no producirán frutos si no van acompañados del testimonio. Así, por ejemplo, si se anuncian curaciones con palabra de conocimiento pero no se certifican con testimonios, resultaría algo muy dudoso y hasta daría origen a críticas en vez de alabanzas al Señor.

En el mes de noviembre de 1982 prediqué una serie de retiros en la Polinesia Francesa. Se preparó una misa por los enfermos en los terrenos del Arzobispado de Tahití. Esa noche había más de 5 000 personas en la explanada, cobijadas por un cielo lleno de estrellas que me hacía recordar la promesa de Dios a Abraham.

Después de la comunión dirigí la oración por los enfermos. Toda aquella multitud oraba en lenguas. Era un momento lleno de fervor y de fe.

Mientras cantábamos en el Espíritu comenzaron a venirnos palabras de conocimiento. Durante la oración en lenguas se facilitan mucho estos mensajes ya que el canal de nuestra mente está vacío y más disponible para recibir la palabra del Señor. Entre las palabras había una que me sorprendió por su precisión. La transmití tal como me llegó.

— Aquí hay una persona que viene a misa por primera vez, y desde muy lejos. Sufre de la columna vertebral a la altura de la cuarta vértebra. Su dolor le ha sido causado por la caída de un coco de agua. En este momento te invade un calor muy grande en la espalda. El Señor te está sanando. Pronto tú darás testimonio de la sanación completa.

Al día siguiente teníamos otra celebración eucarística. La multitud ya había crecido más. Vivimos una experiencia inolvidable del poder y de la misericordia de Dios. Antes de terminar aprovechamos para pedir testimonios de personas sanadas el día anterior. Escuchamos cosas preciosas. Entre los muchos, había el de una señora que dijo:

— Yo soy protestante de nacimiento. Nunca había asistido a una misa católica hasta el día de ayer. He sufrido mucho de mi columna vertebral y sabiendo que el Señor había sanado a muchos enfermos el día de anteayer, me dejé convencer por una amiga y vine anoche para pedir a Dios mi sanación, a pesar de que vivo muy lejos de aquí.

Cuando el sacerdote anunciaba que una persona enferma de la columna vertebral se estaba sanando, yo sentía un calor muy intenso que invadía mi espalda. Luego agregé que el dolor se localizaba a la altura de la cuarta vértebra. ¡Era exactamente mi caso! Pero lo que más me sorprendió fue cuando afirmó que el mal se debía al golpe de un coco en la espalda.

Hace un año y medio yo estaba vendiendo cocos a los turistas. Mientras los tiraba de la palma con un palo, uno de ellos me golpeó la espalda, lastimándome la cuarta vértebra. Como yo estaba embarazada en aquel momento no pude ser operada. El médico prefirió esperar que naciera la criatura antes de operarme. Pero después de nacer el bebé ya era demasiado tarde. El médico me dijo que no sabía bien cómo hacer esa operación, pues la vértebra se había como soldado. Yo tenía mucho malestar, en particular de noche, para poder encontrar una postura cómoda para dormir en mi cama.

Anoche, cuando sentí ese calor y ese temblor lloré mucho. Sentía una gran presencia del Señor en mí. Llegando a mi casa me di cuenta que estaba perfectamente sana. No tengo ningún dolor en la columna vertebral y le quiero dar gracias al Señor públicamente.

Cuando esta señora dio su testimonio, todos alababan al Señor y la fe en la presencia de Jesús resucitado creció más en la comunidad cristiana.

Yo también le di gracias al Señor porque los detalles eran todos exactos, lo cual me ayuda a creer más yo mismo en la palabra de conocimiento como palabra que nos viene del Espíritu, y no de alguna sensación física o por conocimiento psicológico, pues los detalles son demasiado exactos para ser fruto de la imaginación. En este caso pude verificar en el cassette grabado cómo todos los detalles coincidían.

Lo mismo le había pasado a la Samaritana en el pozo de Jacob cuando Jesús le reveló a través de una palabra de conocimiento: *Bien has dicho que no tienes marido, porque has tenido cinco y el que ahora tienes no es marido tuyo, en eso has dicho la verdad...*

La Samaritana, después de su coloquio con Cristo, salió corriendo a la ciudad y dijo a la gente: *Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será el Mesías?: Jn 4,17ss.*

Así como a través de una palabra de conocimiento se convirtió el pueblo de Samaria, así también a través de estas palabras de conocimiento se edifican las comunidades, crece la fe y se alaba a Dios.

Un día el cardenal Suenens me pedía hacer un artículo para explicar cómo nos llega a la mente la palabra de conocimiento. Le contesté:

— Eminencia, yo no sé bien cómo explicar este carisma. Sería tan difícil como si usted me pidiera hacerle un artículo sobre cómo nos llega una distracción a la mente.

En el verano de 1982 me pidieron hacer nueve programas de televisión sobre la Renovación Carismática en la emisora de CHOT, en Ottawa. Todos esos programas de media hora cada uno se grabaron en videotape para ser transmitidos al final del otoño siguiente.

Durante la oración por los enfermos en el último programa me vinieron ciertas palabras de conocimiento. Anunciando las curaciones que el Señor estaba realizando, dije:

— En este momento hay un hombre que está solo en un hospital. Está enfermo de la espalda, pero el Señor lo está

sanando. El está sintiendo un calor que invade su espalda. Puede levantarse y caminar.

Al regresar a casa caí en cuenta que el programa no estaba pasando directamente al aire sino que sería transmitido varios meses después. Yo estaba un poco perplejo y hasta pensé: "tal vez este hombre todavía ni siquiera entra al hospital y yo ya lo di de alta en el nombre del Señor Jesús". Sólo me reí del buen humor de nuestro Dios...

A fines de enero recibí una carta de B.G. quien había tenido un delicado problema moral. La carta decía así:

"A causa de una enfermedad dejé de trabajar, teniendo dos vértebras de la espalda desplazadas. El tiempo, los ejercicios y la terapia no sirvieron para nada.

En diciembre me sometí a una intervención quirúrgica que duró cuatro horas para volver a tener movimiento en mi pierna derecha.

El día de mi operación, 9 de diciembre, se rasgó mi corazón por una prueba terrible sobre mí y mi familia...

...El 18 de diciembre estaba en el hospital, débil, física y moralmente. Mi fe parecía muerta. A las 6:25 p.m. prendí la televisión. Terminaba el programa "Amor sin fronteras" donde usted decía:

"En estos momentos hay un hombre solo en su cuarto de hospital. Sufre de la espalda y en este momento Jesús lo comienza a curar. El siente a Jesús en su cuerpo y más tarde él testificará su curación".

Allí se acabó el programa. No hubo tiempo ni para el canto final. Yo estaba hecho un mar de lágrimas, profundamente impresionado, cómo Jesús podía unirse a un corazón herido, frustrado y tan cerrado. Mas ¿no es por estos corazones que él murió?

Hoy, un mes más tarde, le cuento: mi curación progresa maravillosamente. Por primera vez en mí conozco "LA PAZ DEL PERDON SIN CONDICIONES".

De la misma forma que en Tahití, se verificaban todos los detalles. Lo único especial es que el Señor me había dado en junio el anuncio de una curación que iba a efectuarse el 18 de diciembre siguiente y yo había dicho "en estos momentos".

A través de este testimonio he aprendido algo muy importante: el Señor no está limitado por el tiempo. El podía dar una palabra que anunciaba lo que sucedería después, diciendo "en este momento". De allí concluyo que Dios no tiene ni reloj ni calendario. ¡El es el eterno Presente!

LA CURACION

Existen tres tipos de enfermedades y cada una requiere de una oración particular para su curación:

- A. La enfermedad *corporal* originada por múltiples causas y que requiere de una simple oración de curación física.
- B. La enfermedad del *corazón* ocasionada por una herida emocional y que precisa de una oración de curación interior.
- C. La enfermedad del *espíritu* debida al pecado y que Jesús sana mediante la fe y la conversión.

Solamente queremos subrayar dos puntos esenciales en esta división.

La unidad del ser humano:

Aunque compuesto de cuerpo, alma y espíritu (1 Test 5,23), el ser humano es uno e indivisible. Nosotros le hemos dividido sólo por razones pedagógicas.

Interdependencia:

El cuerpo, el alma y el espíritu se interrelacionan a niveles que es imposible precisar. Lo cierto es que dependen unos de los otros siempre.

A.- ENFERMEDAD DEL CUERPO Y CURACION FISICA

En el primer momento no pensábamos ahondar en este tema de la curación física de una forma especial ya que todo el libro es un testimonio vivo de la acción sanadora del Señor. Además, ya se han escrito muchos y muy buenos libros y artículos sobre este

tema tan apasionante de la Renovación Carismática. Nosotros solamente queremos testificar que el Evangelio es verdad en el siglo XX, añadiendo ciertas consideraciones que nos parecen pertinentes.

Toda la actividad salvífica de Dios se ha manifestado de dos formas: por hechos y por palabras. San Lucas sintetiza de igual forma la vida de Jesús cuando dice:

*En el primer libro, oh Teófilo,
te escribí todo lo que Jesús hizo y enseñó:* Hech. 1,1

El Concilio Vaticano II nos muestra las dos caras de la misma moneda cuando afirma: "La revelación se muestra por obras y palabras intrínsecamente conexas entre sí. Así como las obras manifiestan y confirman la doctrina, a su vez las palabras proclaman las obras y las explican": Dei Verbum No. 2. Al final concluye que Cristo Jesús (Acontecimiento y Palabra de Dios) es la plenitud de la revelación.

Hay quienes afirman que lo importante es la sanación espiritual y no la física. Otros piensan que las curaciones son accidentales; que el carisma de sanación no es esencial y que por encima de todo debe estar la caridad.

Yo creo que la distinción entre "esencial y accidental" no aparece en el Nuevo Testamento. Más que hacer separaciones debemos preguntarnos ¿Dios quiere sanar a sus hijos? Con respecto a que la caridad es el carisma por excelencia, estoy completamente de acuerdo, pero ¿quién puede negar que la curación es un maravilloso vehículo por el cual se muestra la caridad para los que sufren? La caridad no es etérea o abstracta sino tan concreta como una persona curada. El don de sanación es básicamente un don de caridad.

En los evangelios aparece 40 veces el verbo "zerapeuo" que significa "curar". Sin embargo, en más de una docena de ocasiones, el verbo "sodso" que generalmente se traduce como "salvar", se refiere a "curar". Es decir, salvar incluye la acción de sanar.

— *Animo, hija, tu fe te ha salvado=sanado. Y quedó sana=salva la mujer desde aquel momento:* Mt 9,22.

— *Y cuantos tocaron (el manto de Jesús) se salvaron=sanaron:* Mt 14,36.

— *No temas, ten fe y se salvará=curará (tu hija):* Lc 8,50.

— *Veáse además:* Mc 3,4; 5,23; 28; 6,56; 10,52; Jn 11,12; Hech 14,9.

La salvación traída por Jesús abarca al hombre completo. Jesús vino a salvar almas. Le interesa el hombre que es cuerpo y que es alma.

a.- Jesús

Sería superfluo y agotador ofrecer citas bíblicas sobre el ministerio sanador de Jesús. Todo el Evangelio no es sino una interminable cadena de actos misericordiosos de Jesús que sana a todos los enfermos.

Solamente queremos presentar algunos textos que tienen una especial significación: en primer lugar, la carta de presentación del ministerio de Jesús:

*El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha ungido
para anunciar a los pobres la Buena Nueva,
me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos
y la vista a los ciegos,
para dar la libertad a los oprimidos
y proclamar un año de gracia del Señor:* Lc 4,18-19.

Aquí encontramos que la misión de Jesús era sanar tanto física como interiormente y liberar de toda atadura que esclaviza al hombre; especialmente del pecado. Cf Mt 4,23-24.

Jesús dice en otra ocasión que el médico ha venido a buscar no a los sanos sino a los enfermos, no a los justos sino a los pecadores. Su misión no se discute, el problema es que nosotros nos reconozcamos necesitados de su salud. Por eso nos hace la siguiente recomendación que es una palabra llena de misericordia y de confianza:

*Vengan a mí todos los que están cansados y
agobiados que yo les aliviaré:* Mt 11,28.

Su nombre, Y'shua, significa "Dios salva". Salvación integral, de todo el hombre y de todos los hombres.

b.- La Iglesia

Como el Padre me envió así también yo los envío: Jn 20,21.

Los Doce Apóstoles continúan en el tiempo y el espacio la obra salvífica de Jesús. Ellos son los responsables de hacer llegar hasta los confines de la tierra y por todos los siglos, los frutos de la obra redentora de Cristo Jesús. Son enviados a predicar y sanar de manera inseparable. No son sólo transmisores de una palabra sino portadores de la salvación de Jesús. La Iglesia no es principalmente la que anuncia la Buena Noticia de que fuimos salvados, sino la portadora de esa salvación (sacramento de salvación). Textos: Mt 10, 5-8; Lc 9,16.

Esta misión no se reduce a los Doce sino que se amplía a **los setenta y dos discípulos**:

*Curen a los enfermos que encuentren y díganles:
el Reino de Dios está cerca: Lc 10,9.*

Y al final del Evangelio de Marcos encontramos cómo esta misión se extiende no sólo a los Doce Apóstoles y a los setenta y dos discípulos, sino **“a todos los que crean”**.

*Vayan por todo el mundo
y proclamen la Buena Nueva a toda la creación.
Estas son las señales
que acompañarán a los que crean:
en mi nombre expulsarán demonios,
hablarán en lenguas nuevas,
agarrarán serpientes en sus manos
y aunque beban veneno no les hará daño;
impondrán las manos sobre los enfermos
y éstos se pondrán bien: Mc 16,15-18.*

La última frase del Evangelio de Marcos no es su fin sino el principio de la expansión de la Buena Nueva que llega hasta nosotros:

Ellos salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban: Mc 16,20.

Una de las características que distinguen al auténtico apóstol son las señales, los prodigios y los milagros: 2Cor 12,12. Cf Rom 15,19.

c.- Los signos

Claramente encontramos en el cuarto evangelio que Juan no habla de milagros o curaciones sino de “signos”.

Un signo nos lleva siempre al significado. Así como el humo nos muestra la existencia del fuego, así también, un milagro o curación nos debe expresar que Dios está allí actuando y salvando. Los milagros, pues; son signos sensibles de la acción invisible de Dios.

Las curaciones son “semáforos” (semeion-fero) que nos indican:

- Que Jesús está vivo hoy y tiene el mismo poder que en Samaría y Galilea para curar a los enfermos.
- Que Dios nos ama y quiere la salvación íntegra del hombre; de su cuerpo y de su alma.
- Que Jesús es el Mesías. Cuando los discípulos del Bautista fueron donde Jesús para preguntarle si era el Mesías, él no contestó sino que comenzó a sanar a los enfermos.

Muchas veces no se admiten los milagros y curaciones porque esto implica aceptar también a Jesús y sus exigencias. Como aceptar los signos implica reconocer el significado, por eso hay quienes los niegan.

Después de un retiro regresé a casa contando las maravillas del Señor. Había un sacerdote francés que me escuchaba atento, pero incrédulo. Le conté cómo en la misa de sanación, el Señor le devolvió el habla a la esposa del animador del grupo de oración. Esa misma tarde ella había dado públicamente su testimonio delante de la multitud; siendo que no podía pronunciar palabra alguna desde hacía cuatro años y medio. Pero el sacerdote me dijo muy seguro:

- Pero, yo no veo ningún milagro. Al contrario, tú echaste a perder el milagro.
 - ¿Cómo? ¿Qué dices? -le pregunté.
- El contestó:
- El milagro no consistió en que ella hablara sino en que una mujer hubiera podido pasar cuatro años y medio sin hablar...

La curación no tiene un fin apologético para probar la veracidad de una doctrina. Es Dios salvando. Jesús no cura para probar que

es Dios sino porque es Dios.

Todo signo sirve para manifestar algo. Esta es la finalidad de las curaciones que el Señor realiza. Nos vienen a recordar en esta época regida por la eficacia y el pragmatismo, que nuestro Dios está presente en medio de nosotros y es capaz de hacer maravillas. Demuestran el poder de Dios para que nos abandonemos plenamente a El en todos los aspectos de la vida humana.

Que los milagros son signos, lo muestra el siguiente testimonio:

Una tarde visité a un policía, el capitán Muñoz. Estaba agonizando en la cama. Tenía 50 días en los cuales no comía. Sólo bebía alcohol cada tres horas. Oramos por él y el Señor lo liberó de su adicción al alcohol de la forma más extraordinaria.

Inmediatamente dejó de beber. Ni siquiera necesitó pasar por un hospital para desintoxicarse. Yo recordé aquella Palabra del libro de la Sabiduría 16,12: *Ni lo sanó hierba ni emplasto alguno, sino tu Palabra, Señor, que todo lo sana.* Al día siguiente reemplazó la botella de ron por la Biblia que leía constantemente. Llorando decía: ¡Qué bueno es el Señor!

Sin embargo esto me trajo muchos problemas, pues a la mañana siguiente había gritos y palabronas afuera de la iglesia. Las señoras, cuyos esposos eran borrachos, estaban haciendo fila y tratando de controlar a sus maridos para que oráramos por ellos. Era curioso ver más borrachos en la iglesia que en las cantinas y barras.

El Señor quiso liberar al policía de esa manera excepcional para despertar la fe en su nombre; pero no en todos los casos sucedía lo mismo. Los enfermos, confiando en Jesús, tenían que hacer también su parte.

Así como no todos los policías son borrachos como el capitán Muñoz, así no todos los borrachos reciben la salud de la misma forma. Pero lo importante es que mediante un caso como éste crece la fe en el poder salvador de Dios que es capaz de cambiar nuestra vida del modo que mejor le place.

d.- Milagros y Curaciones

No todas las sanaciones son milagros del Señor. Hay sanaciones que se consiguen en la oración y que no se deben catalogar como milagros. Hablamos de *milagro* cuando se trata de una sanación que ninguna ciencia médica podría conseguir, y que Dios la realiza.

En los casos que el Señor acelera el proceso de la curación que se hubiera podido conseguir de otra manera, sea a través de la medicina, sea a través de una operación o del reposo, decimos simplemente "*curación*". Por eso no toda curación recibida en la oración puede ser llamada milagrosa.

En Lourdes, entre tantas curaciones que se han conseguido en un siglo, muy pocas han sido catalogadas como milagrosas, como lo muestra la siguiente estadística:

"Desde Catalina Latapie, sanada en marzo de 1858 hasta Sergio Perrín sanado en 1978, se han confirmado 64 sanaciones milagrosas, oficialmente reconocidas como tales por la Iglesia Sin embargo, no se debe olvidar que en el año 1972, se encuentran anotados en los archivos 5,432 casos de sanaciones".¹

Una curación milagrosa fue la de Anita Siu de Sheffer. Aquí el Señor hizo lo que la ciencia médica no podía realizar.

Ella tuvo un accidente automovilístico diez años antes en Santiago de Chile. Una lesión cerebral le hizo perder por completo los sentidos del gusto y del olfato. Siendo de posición acomodada fue a los mejores hospitales de Estados Unidos con la esperanza de recuperar su salud. Después de exámenes y terapias, los médicos le informaron que las fibras transmisoras de esas funciones eran más delgadas que un cabello y era imposible hacer operación alguna para volverlas a unir. Textualmente le habían dicho que "sólo un milagro" podría hacerla recuperar esos sentidos. Ella perdió la esperanza de volver a gustar los sabores y oler los perfumes de las flores.

En la misa de sanación por los enfermos en Panamá, el Señor nos dio varias palabras de conocimiento de lo que estaba haciendo

Cf. La guérison dans la mission de l'Eglise, p. 132, par l'abbé G. Seignier. Editions S.O.S. rue Du Bac, Paris

en la asamblea. Una de ellas decía así:

“Aquí hay una señora que padece una enfermedad muy seria. Ella va a ser curada en el transcurso de la noche y mañana mismo nos dará testimonio de su curación total.”

Al día siguiente, Anita se dio cuenta de que había recuperado el sentido del olfato. Se despertó con el suave olor del rosal que estaba junto a su ventana y el aroma del café en la cocina. Se levantó de un salto y contó a su esposo la maravilla. Con lágrimas en los ojos desayunó y allí mismo se dio cuenta de que podía saborear los alimentos por primera vez desde su accidente. ¡Lo que no podía hacer ningún médico de este mundo lo había hecho el Señor Jesús, amo de lo imposible!

Luego, llorando de alegría, dijo a toda la asamblea:

— Tengo dos niños pero nunca había podido olerlos. Ustedes las mamás saben lo que es apreciar el olor de sus hijos. Pues bien, esta mañana yo me acerqué a ellos, los abracé y comencé a olerlos suavemente.

Otro testimonio muy bello de curación milagrosa es el siguiente que fue escrito por otra persona en su carta del 25 de agosto de 1981:

Yo sufría de artritis reumatoide que comenzó en octubre pasado con unos fuertes dolores en los tobillos las rodillas y las muñecas; además de un cansancio general. Esta es una enfermedad que no debe confundirse con la artritis o reumatismo que son enfermedades propias de personas de cierta edad, sin consecuencias graves.

La artritis reumatoide no se sabe de qué proviene ni cómo se cura. Ataca las articulaciones, produciendo un terrible dolor y el organismo va rechazando las articulaciones, la persona se va endureciendo, se deforma y, por lo general, termina en silla de ruedas.

Pensando que no era nada grave, recurrí al médico quien me ordenó hacer unos análisis, los cuales dieron como resultado “artritis positivo” artristest, que era lo que determinaba mi enfermedad. La profesional química que realizó estos trabajos de laboratorio, me recomendó que fuera a los Estados Unidos en busca de mi recuperación.

En el centro artrítico donde fui atendida me impresionó ver a las personas en las distintas fases de la enfermedad. El doctor Alonso Portuondo, especialista, confirmó el diagnóstico y me dijo que esta enfermedad no se curaba.

Lo único que se podía hacer era estacionarla, recetándome sales de oro. Este remedio tiene sus aspectos negativos que no tardaron en aparecer: me salían erupciones por el cuerpo, se me caía el cabello y las uñas de los pies. Me disminuyeron las plaquetas y los glóbulos blancos. En ese momento, cuando ya el medicamento me estaba haciendo daño, vino al Paraguay el padre Emiliano Tardif. La primera vez que lo escuché fue en la iglesia de san Alfonso. En el momento de la sanación sentí que el corazón me iba a explotar, latía tan fuertemente que escuchaba sus palpitaciones. La segunda vez fue en la iglesia de Coronel Oviedo. De nuevo en el momento de la plegaria por los enfermos sentí un temblor en todo el cuerpo. El padre dijo que en ese momento se estaban curando dos señoras que tenían artritis y que se arrodillaran. La verdad es que no me animé porque no me convencí de que fuera yo la curada ni creía en ese tipo de curaciones quizás por falta de fe.

Escuché una tercera misa. Para entonces mis dolores ya habían desaparecido y ya no tomaba los medicamentos. Mi madre averiguó con la Hermana Margarita Prince el día de la partida del padre Emiliano, y de nuevo en el Aeropuerto, el padre Emiliano con el padre Andrés Car me hicieron una oración de sanación. Al terminar me dijo el primero: “No digas más ‘tengo artritis’; di que tenías, porque estás curada”.

Me han desaparecido los dolores; dejé de tomar los remedios. (Llegué a tomar hasta 12 ascriptin al día, aparte de las sales de oro que me inyectaban semanalmente).

Me hice los análisis de laboratorio y realmente estoy curada. El doctor Nicolás Breuer, hombre muy creyente que es el médico que me atiende en Asunción me dijo:

“Hay que admitir que más allá de la ciencia hay Alguien superior para quien nada es imposible”

Según me han explicado los médicos, la persona que padece esta enfermedad y que hipotéticamente se pudiera curar,

jamás le desaparece el artristest, en razón de que es una marca que le queda para toda la vida. Es como aquel enfermo que ha tenido un infarto: le queda la cicatriz en el corazón. Sin embargo, en la comparación de los análisis que me han hecho puede verse que me he curado y que han desaparecido las cruces del artristest. La única explicación que puedo definir todo esto es un milagro de Dios.

Ma. Teresa Galeano de Báez.

Quienes piensan que las curaciones son algo superficial o accidental en el ministerio de Jesús están completamente equivocados. Quienes creen que las curaciones salen sobrando hoy en día y que lo esencial es anunciar el Evangelio están olvidando el método de la pastoral de Jesús.

Nosotros planeamos y buscamos mil formas para atraer a la gente que cada vez viene menos a la iglesia. Organizamos fiestas, conciertos, convivencias, etcétera, y los resultados son muy pobres. Jesús sanaba a los enfermos y la gente venían en tropel. Eran tantos que hasta tenían que meter a los paralíticos por el techo de la casa de Pedro porque no había sitio alguno por donde pasar.

Hoy día sucede lo mismo. Cuando Jesús sana a los enfermos se reúnen multitudes que ni en los estadios caben y allí les anunciamos el Reino de Dios. Las consecuencias son mucho más grandes que las simples curaciones físicas.

Que los signos de poder no son sólo espectáculo sino que ayudan eficazmente a la renovación de la vida de fe lo expresa el Arzobispo de Tahití en una carta a mi Superior provincial cuya primera parte transcribimos íntegramente:

Papeete, 30 de noviembre de 1982.

Reverendo Padre:

Estuve ausente mientras el padre Tardif predicaba entre nosotros del 21 de octubre al 14 de noviembre. Sin embargo, a mi regreso he podido constatar un cambio debido a su evangelización:

- El número de participantes el domingo ha aumentado considerablemente..
- Un cierto clima ecuménico se ha instaurado.
- Por todas partes la vida espiritual nace o renace.
- Ha habido fuertes conversiones y las confesiones han sido muy frecuentes.
- El clero, los religiosos y las religiosas han apreciado grandemente la predicación del padre Tardif.
- Se preparan para el matrimonio gran número de uniones ilegítimas, y se ha renovado la vida familiar.

Jámas la diócesis había experimentado tal empuje de fe. Hemos celebrado dos Sínodos, una Revisión apostólica, retiros impartidos por excelentes predicadores durante los últimos quince años; hemos tenido grandes manifestaciones religiosas, pero nunca con resultados tan amplios y profundos comparables a esto.

+ Michel Coopenrath
Arzobispo de Pappete

Basta un ejemplo, entre miles, de lo que sucedió en Tahití:

Durante la misa por los enfermos, un ciego comenzó a llorar y al secarse las lágrimas comenzó a ver. Al encontrarse con Jesús, luz del mundo, recobró la luz en sus ojos. Esto impresionó mucho a Gabilou, famoso cantante del Pacífico que obtuvo el segundo premio en Eurovisión, quien se inscribió para el siguiente retiro donde se arrepintió, confesó y comulgó.. En la misa de clausura dio su testimonio a toda la multitud diciendo:

- Aquí hubo muchas sanaciones, pero la más grande la recibí yo, porque a mí el Señor me sanó espiritualmente. Yo tenía 16 años alejado de la vida cristiana y de los sacramentos, pero durante este retiro Jesús me ha encontrado y ya no quiero vivir ni cantar sino para él.

Repitió su testimonio por televisión y luego en el estadio delante de 20 000 personas. Hoy día él evangeliza con cantos carismáticos, interpelando a los jóvenes. Jesús también es el Señor de los cantantes y artistas.

Las curaciones tienen un objetivo muy claro que debemos siempre tener en cuenta. El Arzobispo de Brazzaville lo ha escrito de forma muy bella en su carta a todas las comunidades de su diócesis:

Brazzaville, 7 de octubre de 1983.

Hemos estado muy contentos con la predicación del padre Tardif que ha retomado prácticamente el tema del Centenario de la Evangelización del Congo: la renovación de la fe.

Estas predicaciones fueron a menudo acompañadas de curaciones espirituales, morales y físicas. El espectáculo más extraordinario era ver durante la oración a los enfermos sanarse, los paralíticos caminar, los mudos hablar... era revivir la era de la Iglesia primitiva con Jesús.

Pero que nadie olvide el objetivo de estos signos milagrosos de Jesús: son un testimonio para despertar la fe de los que no creen y para fortificar la fe de los creyentes.

¡Dichosos vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen! Yo os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron: Mt 13, 16-17.

El padre Tardif nos ha predicado un Evangelio de verdad y no de mentira. Haber visto estos signos y resistirse a creer es lo que Jesús llama "pecado contra el Espíritu Santo" porque se rehusa a reconocer la verdad... lo cual es muy grave.

La predicación con poder que hemos vivido dejará una profunda huella que generaciones congoleñas recordarán por mucho tiempo; como se habla todavía de las obras y palabras de Jesucristo.

† Mons. Bartélémy Batantu
Arzobispo de Brazzaville

Creo que son tantos los textos bíblicos e incluso los testimonios de tantos santos en la vida de la Iglesia que resulta fuera de lugar justificar o atacar las curaciones. Más bien la cuestión de fondo

debiera ser: ¿Creo que Dios me puede curar? ¿Tengo fe que el poder sanador de Jesús puede pasar a través de mí para sanar a otros?

A veces tememos las maravillas de Dios por la simple razón de que no las entendemos.

El Obispo de Sangmelino en Camerún me había invitado a dar un retiro sacerdotal. Convocó a todos sus sacerdotes pero uno de ellos le replicó:

— Yo no quiero ir porque allí sólo nos va a hablar de milagros y más milagros.

El Obispo le contestó:

— Ve, no tengas miedo. El tema del retiro no es la curación sino la oración.

Aquel Sacerdote aceptó ir, más por la sugerencia del Obispo que por convicción. Así comenzó el retiro. Pero al tercer día se puso de pie delante de todos y dijo:

— Yo sufría avanzada artritis deformante en mis manos que hasta me impedía amarrarme las correas de mis zapatos. Además quiero aclararles que no quería venir a este retiro, temiendo que sólo nos hablara de milagros. Pero, durante la misa de ayer sentí un gran calor en mis manos. Quiero darle gloria a Dios porque estoy perfectamente sano. Ya puedo mover mis manos...

Entonces yo añadí riendo:

— Tú no querías oír hablar de milagros y ahora eres tú mismo quien no deja de proclamar las maravillas del Señor...

Todo mundo reía y alababa a Dios mientras el movía sus manos y las mostraba.

Nuestra actitud debe ser de abandono completo en las manos del Padre amoroso. El tiene un plan maravilloso sobre nosotros.

Oración por curación física

El día 8 de febrero de 1984 celebramos una Eucaristía por la salud física de los enfermos que lean estas páginas.

Unase con fe a esta oración depositando su vida entera en las manos de Jesús.

Señor Jesús,
creo que estás vivo y resucitado
Creo que estás realmente presente
en el Santísimo Sacramento del altar
y en cada uno de los que en ti creemos.
Te alabo y te adoro.
Te doy gracias, Señor,
por venir hasta mí como pan vivo bajado del cielo.

Tú eres la plenitud de la vida.
Tú eres la resurrección y la vida.
Tú eres, Señor, la salud de los enfermos.

Hoy quiero presentarte todas mis enfermedades
porque tú eres el mismo ayer, hoy y siempre.
y tú mismo me alcanzas
hasta donde estoy.

Tú eres el eterno presente y tú me conoces...
ahora, Señor, te pido que tengas compasión de mí
Visítame a través de tu Evangelio
para que todos reconozcan
que tú estás vivo
en tu Iglesia hoy;
y que se renueve mi fe y mi confianza en ti;
te lo suplico, Jesús.

Ten compasión de mis sufrimientos físicos,
de mis heridas emocionales
y de cualquier enfermedad de mi alma.

Ten compasión de mí, Señor.
Bendíceme
y haz que vuelva a encontrar la salud.
Que mi fe crezca
y me abra a las maravillas de tu amor,
para que también sea testigo
de tu poder y de tu compasión.

Te lo pido, Jesús,
por el poder de tus santas llagas,
por tu santa cruz y por tu preciosa sangre.

Sáname, Señor.
Sana mi cuerpo,
sana mi corazón,
sana mi alma.

Dame vida y vida en abundancia.
Te lo pido por intercesión
de María Santísima, tu madre,
la Virgen de los Dolores,
la que estaba presente, de pie,
cerca de la cruz.

La que fue la primera en contemplar
tus santas llagas y que nos diste por madre.

Tú nos has revelado
que ya has tomado sobre ti todas nuestras dolencias
y por tus santas llagas hemos sido curados.

Hoy, Señor,
te presento en la fe todas mis enfermedades
y te pido que me sanes completamente.

Te pido por la gloria del Padre del cielo.
que también sanes a los enfermos
de mi familia y mis amigos.

Haz que crezcan en la fe,
en la esperanza,

y que reciban la salud para gloria de tu nombre.
Para que tu Reino siga extendiéndose más y más
en los corazones,
a través de los signos y prodigios de tu amor.

Todo esto te lo pido, Jesús,
porque tú eres Jesús,
tú eres el buen pastor y todos somos ovejas de tu rebaño.

Estoy tan seguro de tu amor,
que aún antes de conocer el resultado
de mi oración,
en fe, te digo:
gracias Jesús, por lo que tú vas a hacer en mí
y en cada uno de ellos.

Gracias por las enfermedades
que tú estás sanando ahora,
gracias por los que tú estás visitando con
tu misericordia.

B.- ENFERMEDAD DEL CORAZON Y CURACION INTERIOR

Todos somos conscientes de las graves repercusiones de nuestro pasado en el presente. En este capítulo nos vamos a referir especialmente a las actitudes enfermizas de nuestra personalidad y a las relaciones conflictivas con los demás que hunden sus raíces en dolorosas experiencias de nuestra historia. ¡Cuántos traumas han sido causados por heridas en nuestro pasado! Consecuencias negativas invaden el plano fisiológico (por ejemplo, algunas enfermedades físicas son causadas por heridas emocionales), psicológico (los complejos son causados siempre por heridas) y hasta el espiritual (muchas debilidades en nuestra vida de fe tienen dolorosas causas en nuestra historia). Estas enfermedades emocionales de nuestro corazón el Señor puede sanarlas mediante la oración de curación interior.

En un centro psiquiátrico de Montreal había un hombre ciego que presentaba un cuadro médico muy extraño: había perdido la vista aparentemente sin ninguna causa. El nervio óptico, la

pupila y la córnea estaban en perfectas condiciones. No había razón para ser invidente.

Mediante un tratamiento hipnótico se descubrió que la causa se remontaba a cuando era muy pequeño y dormía en la misma recámara que sus padres. Una noche, ellos tuvieron relaciones sexuales muy intensas que el pequeño interpretó como una agresión de su padre contra su madre. Esto le causó un trauma tan hondo que cerró sus ojos a esta agresión y a toda realidad, volviéndose ciego. Al encontrarse el origen del problema se le dio la terapia adecuada y después de algunos meses recobró la vista.

Esto es lo mismo que hace el Señor Jesús mediante la oración de curación interior, yendo a la raíz de nuestros conflictos para ser sanados; con la ventaja que él no cobra y lo hace mucho más rápido que los psicólogos y psiquiatras de este mundo. *El sana los corazones destrozados y venda sus heridas* : Sal 147,3.

Tenemos un Dios maravilloso que es capaz de ir hasta el fondo de nuestros problemas para sanarnos y liberarnos. Antiguamente existía una bellísima oración en la liturgia que decía: "Libéranos, Señor, de nuestros males pasados, presentes y futuros...".

Nuestro Dios es capaz de sanarnos de los males del pasado porque El no está en el tiempo. Mejor dicho, El está en todos los tiempos porque es el mismo ayer, hoy y siempre.

Para esto es necesario primeramente sacar a la luz lo que nos ha herido. Esto significa no sólo hacerlo consciente sino exponerlo a la luz del amor de Dios en un abandono total, pidiéndole que El cure con su misericordia infinita nuestras heridas. La mitad de la curación de un problema emocional radica en la capacidad de escuchar al paciente con amor y sin juzgarlo.

Existen algunas enfermedades y heridas físicas que se curan con baños de sol. La persona se expone a los rayos del sol que lo van penetrando y así va sanando. De la misma manera, Jesús, sol de justicia, sana las heridas del corazón. Si exponemos todo nuestro ser, especialmente las áreas más enfermas ante los rayos de misericordia de su corazón, su calor nos va a penetrar y a sanar.

Para ustedes que buscan a Dios, brillará el sol de justicia con la salvación en sus rayos: Mal 3,20.

La incubación de recuerdos dolorosos en nuestra memoria produce traumas y complejos en las relaciones con los demás, con nosotros mismos y hasta en nuestra relación con Dios. Por eso, el ministerio de curación interior comienza primordialmente en el campo de nuestros recuerdos, pues lo que guardamos archivado en la memoria, consciente o inconscientemente, produce reacciones somáticas, orgánicas y nerviosas.

En un clima de oración y fe tratamos de regresar a la persona al pasado buscando el origen de sus sufrimientos (rechazo familiar, abandono, violencia, fracaso, accidente, etcétera). Entonces se toma cada incidente doloroso y lo ponemos a la luz del Señor, tomando autoridad en nombre de Jesús sobre esta situación. Y Jesús, que es el mismo ayer, hoy y siempre, sana las heridas de la memoria como el sol sana las heridas de nuestro cuerpo cuando las exponemos a sus rayos.

Mandamos en el nombre de Jesús, por el poder de sus santas llagas (sus heridas que curaron nuestras heridas) que sean curadas nuestras enfermedades: "Yo te libero en el nombre de Jesús de los temores, angustias, complejos, etcétera, causados por estos acontecimientos".

a.- Raíz del problema

No debemos confundir la curación con la supresión de los síntomas. No debemos dejarnos engañar por los síntomas porque éstos brincan y se transforman, mientras que el problema permanece.

Por ejemplo, sucede que algunas personas renuncian al cigarrillo por algún método pero luego comen más de la cuenta. Un alcohólico puede dejar de beber pero si no sana la raíz puede caer en otros vicios. En estos casos el problema no se soluciona sino que se traslada. Parece un globo inflado que si le apretamos de un lado, el aire se recorre para el otro.

Generalmente existe una herida de falta de amor o deformación del amor en todas nuestras enfermedades. Por eso su curación se llama "del corazón".

Una experiencia negativa de falta o deformación del amor se cura con experiencias positivas verdaderas de él. Por eso, no basta

descubrir el problema o la raíz de los conflictos, sino más importante es llenar este vacío con el amor misericordioso del corazón de Jesús.

Lo esencial es apropiarnos los méritos de la muerte de Cristo para gozar de los frutos de su resurrección con la certeza de la fe que, hace dos mil años, él ya cargó con el castigo que nos trae la paz.

En la curación no se trata de suprimir síntomas (dolor) sino de ir a la raíz que está ocasionando los problemas. Por tanto, no debemos centrar nuestra atención en los síntomas, que son la superficie del problema sino que debemos empeñarnos primero en encontrar la causa de los problemas.

La curación de Jesús actúa a fondo: desata el nudo principal que origina todas las demás complicaciones. Esta raíz se descubre principalmente de dos formas:

— Dialogando con la persona; tratando de descubrir cuándo y cómo se originó el problema

Había una persona que sufría de un asma tan fuerte que casi se ahogaba. Hablando con ella Monseñor Alfonso Uribe Jaramillo, y buscando cómo y cuándo comenzó su enfermedad se dio cuenta que fue poco después de nacer su segundo hijo ya que esta señora tenía una vecina que de mala fe la atacaba afirmando que ese niño recién nacido no era hijo de su esposo. Esto la hirió tanto que comenzó con el asma. El asma no era la enfermedad sino el síntoma de una herida emocional que al descubrirse y sanarse desapareció automáticamente.

— Mediante el discernimiento carismático

En algunas ocasiones el Señor concede una luz especial para penetrar hasta la raíz del problema. El Señor viene en ayuda de nuestra impotencia para que, descubriendo lo que humanamente es imposible o duraría muchas sesiones con métodos psicológicos, se cure la enfermedad emocional.

El discernimiento carismático no es fruto de una técnica psicológica sino una gracia especial del Señor para ayudar a un caso particular.

Una niña de trece años despertó un domingo a media noche muy asustada con gritos y sobresaltos porque un hombre se había metido en su cuarto. Al día siguiente amaneció ciega. A pesar de que abría los ojos nada podía ver. Como la familia era pobre buscaron remedios caseros. Luego recurrieron al doctor y no hubo resultados positivos.

Entonces la trajeron a la iglesia. Como yo no sé de medicina lo que hago es comenzar a orar. Lo hice pero sin resultado. Oré en lenguas y en ese momento comprendí con mucha claridad que esta niña no estaba ciega sino que tenía una herida emocional por la impresión recibida a través de sus ojos del hombre que había entrado a su habitación.

Le pedimos al Señor que la sanara de su herida emocional y a los diez minutos comenzó a ver. Cinco minutos más tarde había recuperado completamente la visibilidad. Su herida emocional era la raíz del mal físico. Curada la causa sanó también la consecuencia.

La oración se debe centrar en que el Señor rompa los lazos del pasado que está repercutiendo en el presente. Luego se pide al Señor que llene de amor, comprensión, paz, etcétera, aquel momento o circunstancia dolorosa.

En un retiro en Caracas, Venezuela, una religiosa canadiense nos contó que a pesar de sentirse satisfecha en su vocación y en su apostolado misionero, continuamente cargaba con una tristeza que no sabía explicarnos.

Oramos por su curación interior y durante la oración en lenguas una hermana tuvo una imagen mental de una niña de unos cinco años que lloraba perdida en un bosque, rodeada de pinos y de nieve. Se le preguntó a la religiosa si esa imagen le decía algo, a lo cual ella contestó con lágrimas en los ojos:

— Cuando yo era pequeña, un invierno, salí de casa. Mis huellas se perdieron en la nieve y no podía regresar, ni mis padres sabían dónde buscarme. Duré perdida varias horas, sufriendo mucho, pensando que jamás podría volver a ver a mis padres.

Entonces oramos a Jesús, buen pastor, pidiéndole que sanara la herida emocional, ya que él estaba con ella en aquellos momen-

tos y cómo nunca la ha dejado sola ni ha permitido que se pierda en el camino de la vida. Ella fue curada y volvió la alegría a su vida y a su trabajo. Para nuestro Dios todo es presente y nos cura de nuestros males, aunque ya estén sepultados en el pasado.

La curación de los recuerdos radica en que Jesucristo es el mismo ayer hoy y siempre (Heb 13,8) y los méritos redentores de su muerte y resurrección son siempre presentes y eficaces.

En el ministerio de sanación apropiamos los méritos de la muerte de Cristo para vivir los frutos de la redención en alguna área o momento determinado de nuestra vida. El punto de partida es la certeza de que hace dos mil años, Jesús ya cargó con nuestras dolencias y enfermedades, por la fe nos apoderamos de la victoria de Cristo haciéndola nuestra.

Con la curación interior nace una esperanza para quienes ya se habían resignado a vivir con ciertos hábitos y traumas; se abre una puerta de recuperación para quienes no pueden cambiar por más esfuerzos humanos que hacen y gracias a ellos se rompen las amarras que nos esclavizan al pasado.

Jesús vino a traer vida y vida en abundancia. Nos quiere y nos capacita para ser libres de toda atadura que nos encadene a un triste pasado o una experiencia negativa.

Hay personas que se acercan al sacramento de la Reconciliación para confesar siempre las mismas faltas y pecados. De esta manera el sacramento parece que sólo nos otorga el perdón de Dios, mas no la fuerza para salir victoriosos en la lucha contra el pecado. La sanación interior ha venido a liberarnos de esas dependencias que nos esclavizan y no nos dejan volar a la altura de la unión con Dios y la santificación.

¿Esto significa entonces que la curación interior es más eficaz que el sacramento? De ninguna manera, porque es especialmente en el sacramento de la Reconciliación donde la curación interior puede ir más a fondo.

Si los sacerdotes fueran conscientes del poder sanador del sacramento de la Reconciliación no dejarían de usarlo en cada caso. El sacerdote que reduce el sacramento a dar sólo la absolución y no ora por la sanación interior, está reduciendo lamentablemente el poder del sacramento.

Oración por curación interior

Como todos estamos enfermos por heridas en nuestro pasado, a continuación hacemos una oración de curación interior para que el Señor sane el corazón de los que reconozcan necesitarlo:

Padre de bondad, Padre de amor,
te bendigo, te alabo y te doy gracias
porque por tu amor nos diste a Jesús.

Gracias Padre porque a la luz del Espíritu
comprendemos que él es la luz,
la verdad
y el buen pastor
que ha venido para que tengamos vida
y la tengamos en abundancia.

Hoy, Padre, me quiero presentar
delante de ti, como tu hijo.
Tú me conoces por mi nombre.
Pon tus ojos de Padre amoroso en mi vida.

Tú conoces mi corazón
y conoces las heridas de mi historia.

Tú conoces todo lo que he querido hacer
y no he hecho.

Conoces también lo que hice
o me hicieron lastimándome.
Tú conoces mis limitaciones,
errores y mi pecado.

Conoces los traumas y
complejos de mi vida.

Hoy, Padre,
te pido que por el amor
que le tienes a tu Hijo Jesucristo,
derrames tu Santo Espíritu sobre mí,
para que el calor de tu amor sanador,
penetre en lo más íntimo de mi corazón.

Tú que sanas los corazones destrozados
y vendas las heridas

sáname aquí y ahora de mi alma,
mi mente, mi memoria y todo mi interior.

Entra en mí, Señor Jesús,
como entraste en aquella casa
donde estaban tus discípulos
llenos de miedo.

Tú te apareciste en medio de ellos y les dijiste:
"paz a vosotros".
Entra en mi corazón y dame tu paz.

Lléname de amor.

Sabemos que el amor echa fuera el temor.

Pasa por mi vida y sana mi corazón.
Sabemos, Señor Jesús,
que tú lo haces siempre que te lo pedimos,
y te lo estoy pidiendo con María, mi madre,
la que estaba en las bodas de Caná cuando no había vino
y tú respondiste a su deseo,
transformando el agua en vino.

Cambia mi corazón y dame un corazón generoso,
un corazón afable, un corazón bondadoso,
dame un corazón nuevo.

Haz brotar en mí
los frutos de tu presencia.
Dame el fruto de tu Espíritu que es amor,
paz, alegría.

Haz que venga sobre mí
el Espíritu de las bienaventuranzas,
para que pueda saborear
y buscar a Dios cada día,
viviendo sin complejos ni traumas
junto a los demás,
junto a mi familia,
junto a mis hermanos.

Te doy gracias, Padre,
por lo que estás haciendo hoy en mi vida.

Te doy gracias de todo corazón
porque tú me sanas,
porque tú me liberas,
porque tú rompes las cadenas
y me das la libertad.

Gracias, Señor Jesús,
porque soy templo de tu Espíritu
y ese templo no se puede destruir
porque es la Casa de Dios.

Te doy gracias, Espíritu Santo, por la fe.
Gracias por el amor que has puesto en mi corazón.
¡Qué grande eres, Señor Dios Trino y Uno!
Bendito y alabado seas, Señor.

b.- La Oración

Creo que lo que más ayuda a orar por la sanación interior de otros es antes haber recibido esa misma sanación interior. Todo aquel que trabaje en el ministerio de sanación debe haber tenido la experiencia de su sanación interior otorgada por el Señor.

Lo primero que debemos pedir en el ministerio de la sanación es la compasión por los enfermos. La compasión es una característica esencial del corazón misericordioso de Cristo Jesús. El tenía compasión de la gente y por eso la sanaba o le daba alimento.

Sin compasión (sufir-con) nuestra oración es sólo vocal y exterior, no del corazón.

Para la oración de curación interior no existe un modelo que siempre se deba seguir; más bien se debe seguir a Jesús que enseñó y curó al impulso del Espíritu. No conozco método. Jesús no lo tenía.

Sin afán de presentar sino una experiencia de cómo Dios nos ha enseñado a orar por los enfermos, queremos presentar varias pistas que puedan servir a otros; teniendo claro que Dios les puede enseñar otras cosas más.

- En el Nombre de Jesús

Jesucristo es el único mediador entre Dios y los hombres y por eso no hay otro nombre dado a los hombres para ser salvados (1 Tm

2,5; Hech 4,12). Sólo Jesús sana, libera y salva. Cualquier cosa que pedimos en su nombre, el Padre nos escucha (Jn 16,23).

La oración en el nombre de Jesús no se limita sólo a pronunciar el nombre de Jesús sino ante todo tener la confianza en que orando él en nosotros y nosotros en él, el Padre siempre nos escucha.

Algunos, durante la oración de sanación y especialmente en la de liberación, están repitiendo o cantando el santo nombre de Jesús muchas veces. En verdad que hay salud y poder en ese nombre ya que significa "Dios salva" y ya sabemos que la Palabra de Dios realiza lo que contiene.

En el nombre de Jesús se sanan los enfermos (Mt 7,22; Hech 4,30).

— Por la Sangre del Cordero

Se implora el valor de la sangre preciosa de Jesús, Cordero de Dios que quita el pecado del mundo y todas sus consecuencias para que nos libere del poder de las tinieblas.

San Pablo afirma que por la sangre de Cristo hemos sido redimidos (Ef 1,7).

Invocamos la sangre de Cristo Jesús porque a veces atrás de una herida emocional, una opresión, obsesión y hasta enfermedad física se anida un elemento de pecado. Entonces, oramos:

"Por la sangre preciosa de Cristo Jesús
te declaro libre de toda atadura y mal que te esté
impidiendo vivir en plenitud la vida de Cristo Jesús".

La siguiente carta, llegada de Guatemala, da testimonio:

En la asamblea de oración por los enfermos "me tocó sentarme a su espalda, en un nivel más bajo, por lo que no podía verlo. Unicamente escuchaba. Conforme usted hablaba yo me iba metiendo en ese mundo maravilloso de Dios, sin darme cuenta.

De repente comencé a percatarme de que algo especial estaba pasando. Me sentí como flotar en el aire, me comencé a bañar en sudor y sentí necesidad de glorificar a Dios en voz alta. Mis lágrimas salían copiosamente. Luego vino la oración por los enfermos. Usted nos hizo meditar en la cruz de Nuestro Señor.

Yo me lo imaginaba con toda claridad. En ese mismo momento me sentí sumergida en esa sangre preciosa. Entonces mi llanto era de tristeza por mis pecados. El me dijo entonces: "Te amo. En todos aquellos momentos de falta de comprensión y consuelo allí estaba yo amándote" (hoy que lo escribo vuelvo a llorar).

En ese momento sentí que algo me hacía presión en mi estómago. El Señor curaba entonces mi vejiga y mi uretra que me había quedado cerrada y en mala posición por los partos. Pasé toda la noche alabando al Señor sin poder dormir. De esto hace exactamente un año y no he vuelto a tener molestia alguna. Pero lo más importante es que a partir de haberme sentido inundada por la sangre de Cristo han sucedido cosas maravillosas en mi vida espiritual".

Virginia Díaz de Enríquez.

— Por las Llagas de Jesús

Por las heridas de Jesús fuimos curados de nuestras heridas. Por sus llagas hemos sido sanados. El soportó el castigo que nos trae la paz y por sus azotes hemos sido curados.

El siervo de Dios cargó con todas nuestras dolencias y enfermedades para que, libres del temor, pudiéramos servir en santidad y justicia todos los días de nuestra vida.

Por esta razón acostumbramos orar así:

"Por las cinco llagas de Cristo Jesús
te declaro libre con la libertad de hijo de Dios,
redimido por Cristo Jesús".

"Señor Jesús,
por el poder de tus llagas
sana las heridas de los recuerdos...
Sana la raíz de este problema
que está causando tristeza, odio, miedo, etcétera".

— Orar en Lenguas

De esto ya hablaremos más extensamente en un capítulo posterior. Sin embargo, sólo queremos decir que cuando oramos

en lenguas nuestra mente está completamente rendida al Señor para que El nos use como canales de salud.

La oración en lenguas es un instrumento maravilloso que tiene la capacidad de penetrar hasta donde el hombre y la ciencia no son capaces.

En un retiro sacerdotal en Lyon, Francia, había sacerdotes abiertos al don de lenguas pero había otros que se oponían y hasta se burlaban. El peor de éstos era un sacerdote misionero que trabajaba dando clases de árabe en una universidad de Africa. El segundo día este sacerdote se puso de pie delante de todos y escribió unos signos muy raros en el pizarrón. Luego, muy conmovido, nos explicó:

— Durante la oración en lenguas de ayer ustedes estaban diciendo esto en árabe; lo cual significa: "Dios hace misericordia".

En toda oración en lenguas "Dios hace misericordia" con nosotros ya que no sabemos pedir como conviene, pero el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad e intercede por nosotros con gemidos inefables (Rom 8,26).

— Intercesión de María

También de ella hablaremos después, pero es bueno incluirla aquí para tener una visión de conjunto de estos elementos fundamentales de la oración de curación. Ella es la persona que tiene el carisma de curación de una manera más excelsa porque ella tiene a Jesús, nuestra salud, y ella estaba al pie de la cruz donde el Cordero de Dios fue herido por nuestras rebeldías.

La intercesión de la oración de María se constata por todo el mundo en los santuarios marianos.

C.- ENFERMEDAD DEL ESPIRITU Y RECONCILIACION

Nuestra alma también se puede enfermar, esto es más grave que un cáncer o un trauma psicológico.

Un sábado Jesús llegó a la piscina de Bezatá (que significa "Casa de misericordia"). Vio a un hombre que yacía sobre su lecho y le ordenó:

— *Levántate. Toma tu camilla y anda.*

Aquel hombre que llevaba 38 años paralítico encontró gracia delante de los ojos de Dios, se levantó y comenzó a andar. Luego el Maestro se lo encontró y le advirtió:

Mira que estás curado.

Vete y no peques más para que no te suceda algo peor:

Jn 5,1-14.

Jesús de ninguna manera afirmó que si pecaba se quedaría más de 38 años paralítico; sino que el pecar sería peor que 38 años de parálisis. Es más, el pecado no sólo es una enfermedad sino que necesariamente produce muerte. San Pablo afirma que:

El salario del pecado es la muerte: Rom 6,23.

El pecado produce la muerte en cuanto que nos priva de la vida de Dios; o mejor dicho de Dios que es la vida.

*Me dejaron a mí, manantial de aguas vivas
y se construyeron cisternas agrietadas
que el agua no pueden contener:* Jer 2,13.

El pecado básicamente consiste en una falta de fe en Dios; generalmente provocada por un exceso de confianza en nosotros mismos. Es creer más en nosotros mismos (nuestros valores, pensamientos, seguridades, etc.) que en Dios. El fruto prohibido del paraíso es el hombre que confía más en sus propios medios para lograr la realización de su ser que en el camino propuesto por Dios.

El pecado perjudica más al hombre que a Dios mismo (Prov 8,36; Jer 26,19).

*¿Es acaso a mí a quien hieren sus rebeldías?
¿no es más bien ustedes mismos para su propia
confusión?:* Jer 7,19.

Dios nos ama tanto que sabiendo la atadura que produce el pecado en nosotros, nos prohíbe pecar, nos prohíbe ser esclavos.

La sanación completa consiste en que somos liberados de la ley del pecado que nos lleva a hacer el mal que no queremos y nos impide hacer el bien que nos proponemos. Es decir, Dios no sólo nos perdona el pecado sino que nos fortalece para no volver a pecar.

Aún más, cambia nuestro corazón para “querer y hacer” lo que El manda; no porque está mandando exteriormente, sino como imperativo que brota como exigencia del propio ser que ha sido transformado por su Espíritu Santo. No hay hombre más hombre que aquel que ha sido liberado de la esclavitud del pecado.

Dios es el Dios de los perdones (Neh 9,17), quien siempre perdona y perdona para siempre. Por su parte El ya nos perdonó todos nuestros pecados. La sangre preciosa de Cristo en la cruz es la medicina sanadora de nuestros pecados.

*¿Qué Dios hay como tú
que quite la iniquidad
y pase por alto la rebeldía de su pueblo?
Tú no mantienes tu enojo por siempre
porque eres un Dios que te complaces en el amor.
Tú te vuelves a compadecer siempre de nosotros
y pisoteas nuestras iniquidades.
¡Tú arrojas hasta el fondo del mar
todos nuestros pecados!:* Miq 7,18-19.

A nosotros corresponde tomar, hacer nuestra, esa medicina, mediante la fe y la reconciliación. Por la fe nos apropiamos los méritos de Cristo Jesús en la cruz. Por la conversión ponemos en juego todo el potencial de los frutos de su redención. Basta confesarnos pecadores frente a su misericordia para ser perdonados.

*Si reconocemos nuestros pecados,
fiel y justo es El para perdonarnos
y purificarnos de toda injusticia:* 1Jn 1,9.

En este campo juega un papel imprescindible la Reconciliación que es el sacramento del encuentro de alegría; porque es el regreso del hijo amado a la casa de su Padre misericordioso que le pone zapatos nuevos (dignidad), vestido fino (vida nueva) y anillo (de heredero); organizando además una fiesta porque el hijo que estaba muerto ha vuelto a la vida (Lc 15,11-24).

Jesús envió a los apóstoles a “resucitar muertos” (Mt 10,8); y no hay gente más muerta que aquella que ha perdido la vida de Dios por el pecado.

Sin embargo, muchos no entienden todavía este bello sacramento y aún le tienen miedo y buscan mil excusas para no confesarse.

Había un sacerdote que trabajaba en una pequeña aldea en el Polo Norte. Para ir al pueblo más cercano donde radicaba otro sacerdote para confesarse no había carretera y debía tomar una vieja avioneta. Por esta razón él explicaba:

— Yo ya no me confieso porque, irme a confesar por un pecado venial, me sale demasiado caro el viaje en avioneta. Y si tengo pecado mortal, me da miedo subirme a ese viejo aparato...

En una ocasión yo regresaba a mi pueblo en mi auto. Sin darme cuenta rebasé el límite de velocidad hasta que me alcanzó un policía en su motocicleta. Me detuvo y se me acercó aquel policía con su pistola; enojado porque tenía muchos minutos siguiéndome y yo no me detenía. Cuando le entregué mis papeles y los leyó, me preguntó:

— ¿Es usted el famoso padre Tardif?
— Sí -contesté- ¿desea usted confesarse?

El se asustó tanto que me entregó inmediatamente mis documentos y me dijo que tenía demasiada prisa. ¡Con todo y pistola tenía miedo a confesarse...! ¡no hubo multa ni confesión por el miedo que él tenía! Le tememos a la confesión porque no entendemos que es el sacramento del amor de Dios.

Siempre que le pedimos perdón al Señor, sea lo que sea, El nos perdona. El jamás se escandaliza de nuestros pecados. Sólo espera que los reconozcamos y que le pidamos perdón, sin excusarnos ni minimizar la falta.

Solamente existe un pecado que Dios no puede perdonar: aquel del que no le pedimos perdón, el pecado que no reconocemos como tal, el que autojustificamos.

El sacerdote es el ministro del perdón de Dios. No es juez, no es verdugo, sino el canal a través del cual pasa la misericordia divina. No existe labor más profunda y efectiva que acoger al pecador enlodado por el pecado y ponerle a la puerta del paraíso.

El sacerdote es la única persona en toda la parroquia que tiene el poder de perdonar los pecados y de presidir la Eucaristía. Nadie lo puede reemplazar.

Cada vez que el sacerdote confiesa es un profeta de Dios que en nombre del Señor nos dice: "Yo te absuelvo de tus pecados...". Habla en nombre de Dios.

Además, así como la Eucaristía es el lugar privilegiado para recibir la sanación física, la Reconciliación es el mejor momento para orar por la sanación interior.

Un sacerdote me objetaba muy convencido:

— No puedo orar detenidamente por cada persona porque entonces no me alcanza el tiempo para el trabajo.

Yo le contesté:

— Pero, ¿cuál es tu trabajo sino liberar a los oprimidos y ser ministro de la reconciliación?

El pensaba que pintar el salón parroquial era su trabajo y, sacrificando lo suyo propio, lo que nadie más que él podía hacer, realizaba lo de otros muchos. Hay otros que prefieren contar el dinero de la cooperativa que contar a la gente las maravillas de Dios y liberarlas de sus esclavitudes.

D.- CONVALESCENCIA

Para cualquier caso de enfermedad que hemos visto, la etapa de convalecencia es de capital importancia pues de ella depende la total recuperación.

En el ministerio de curación, física, interior o de liberación, sucede lo mismo. Cuando el Señor ha intervenido de manera asombrosa o milagrosa la persona necesita una etapa de convalecencia para no recaer otra vez. He aquí algunas ideas de lo que entendemos por convalecencia:

a.- La Vida Sacramental

La persona que ha recibido una curación de parte del Señor necesita un alimento especialmente tonificante que Dios nos ofrece a través de los sacramentos. Incluso hablamos de la vida sacramental porque es vida y vida divina la que se comunica a

través de ellos. No es posible prescindir de los sacramentos si se quiere una recuperación total.

b.- La Oración

La oración es el contacto directo con la fuente de la salud. El contacto con el Señor es más importante que el suero o el oxígeno para un enfermo. Si rompemos este conducto nos exponemos a perder algo más valioso que la salud física o interior.

La oración es una comunión de amor.

c.- Lectura de la Palabra

La Palabra de Dios purifica (Jn 15,3) y sana: *Ni los sanó hierba ni emplasto alguno, sino tu Palabra que todo lo sana*: Sab 16,12. La Escritura leída y orada con fe es la más eficaz medicina porque es palabra de Vida eterna (Jn 6,68).

d.- La Comunidad

Algunas veces se pierde el fruto de una sanación integral porque la persona se aísla y no se integra a la comunidad. Es más, podemos afirmar que Dios quiere que esté sano en su totalidad el Cuerpo de su Hijo, y no sólo algunos de sus miembros.

La sanación completa se da en la medida que vivimos el misterio de ser el Cuerpo de Cristo; comunidad de fe y amor con la esperanza de la patria definitiva.

e.- El Servicio

Todos buscamos la felicidad, por eso queremos la sanación. Sin embargo la sanación completa la encontramos en las bienaventuranzas de Cristo Jesús.

Jesús nos ha dado una regla de oro para ser felices: *"hay más alegría en dar que en recibir"*: Hech 20,31. En la medida que salgamos de nosotros mismos para darnos a los demás alcanzaremos la perfecta sanación.

Cuando Jesús liberó a María Magdalena de siete demonios siguió una larga etapa de convalecencia hasta su recuperación total. Si nos damos cuenta, María Magdalena tuvo estos cinco puntos antes enunciados.

LA LIBERACION

Existe un campo tan misterioso y delicado como real que es la acción del Demonio en el mundo y las personas.

Jesús habla a menudo de este tema y frecuentemente lo encontramos enfrascado en una lucha contra Satán y sus poderes que dominan el mundo. Es más, una de las pruebas que Jesús mismo ofrece de su mesianismo es la expulsión de demonios. *"Si por el dedo de Dios yo expulso los demonios es porque el Reino de Dios ha llegado"*: Lc 11,20. Cf Mt 8,16; Lc 7,21. Jesús venció con su muerte al Príncipe de las tinieblas y por su resurrección fuimos trasladados al Reino de su amor.

Pedro (Hech 10,38) resume la obra mesiánica de Jesús en cuatro puntos:

- Ungido con el Espíritu Santo y con poder
- Pasó haciendo el bien
- Curando
- Liberando a todos los oprimidos por el Diablo

En esta síntesis encontramos perfectamente integrado el ministerio de liberación. No es un ministerio aislado, sino que encaja en el contexto de evangelización. Lo realizan personas ungidas por Dios con el Espíritu Santo y en el nombre de Jesús. Además no es cuestión sólo de echar fuera a los demonios sino de hacer el bien, el máximo bien: dejar la salvación actuante en la persona y en la comunidad.

Los apóstoles fueron enviados a evangelizar y también a expulsar demonios (Mt 10,7-8) y volvieron gozosos porque éstos se les sometían (Lc 10,7).

Sin embargo hay personas que piensan que sacar de estos textos la conclusión de la existencia y la acción del Demonio sería fundamentalismo bíblico o retroceder a ideas medievales.

No es que me interese proclamar y dar a conocer a Satanás. Lo que intento es que el mundo conozca y ame a Jesús. Pero, Satanás es el gran enemigo de Dios que obstaculiza nuestro encuentro con el Señor. Si estamos ignorantes y no conocemos la clase de mentiras que él siempre usa, no podremos estar prevenidos para sus ataques.

El Papa Pablo VI en su célebre discurso del 15 de noviembre de 1972, decía:

“Una de las principales necesidades de la Iglesia de hoy es la defensa del maligno que se llama Demonio. El mal no es mera ausencia de algo, sino un agente efectivo; un ser vivo y espiritual, pervertido, perverso (y pervertidor). Está en contra de las enseñanzas de la Biblia y de la Iglesia rehusarse a admitir tal realidad”.

Aquí conviene aclarar que el Padre Nuestro termina pidiendo: “Líbranos del Malo”, no solamente “del mal” como generalmente se traduce Mt 6,13.

“La gran victoria de Satanás -comenta el padre Salvador Carrillo, doctor en Sagradas Escrituras- es que ya no creamos en él porque así le permitimos actuar con toda libertad. La Biblia habla poco del Demonio. En el Antiguo Testamento casi no aparece. Después de la venida de Jesús vuelve a disminuir su influjo no volviendo a aparecer sino en pocos textos. Es en los Evangelios, ante la presencia salvífica de Cristo Jesús, donde reactiva su acción y se revela su presencia. ¿Qué de extraño tiene pues que ahora que estamos viviendo esta manifestación poderosa de Cristo se desencadenen las fuerzas del Mal como sucedió durante el ministerio de Jesús?

Insistimos que la acción diabólica no debe ser nuestro centro de atención. Es simplemente sintomática: signo de que Jesús está actuando poderosamente entre nosotros. Jesús vino a liberarnos

del poder del Príncipe de este mundo y el ganó la batalla en su cruz. Satanás está derrotado, por esto a veces se pone bravo, por estar amarrado. Jesús ya aplastó la cabeza del Enemigo (Cf Gen 3,15).

Hay quienes proclaman y hasta exageran el poder y la acción de Satanás, atribuyéndole todo lo malo, cualquier dificultad y toda enfermedad. Ven diablos por doquier y quieren exorcisar ante cualquier catarro. Este es el otro extremo, olvidando que los enemigos del alma son también el mundo y la carne. A Satanás le gustan dos cosas: o que lo ignoremos o que le demos el papel principal de la obra.

Su acción se manifiesta de tres formas: la opresión y la absesión que son las más generalizadas; y la posesión, la cual es poco frecuente.

A.- LA OPRESION

La opresión es la acción de Satanás sobre los cuerpos o las cosas. Por ejemplo, ruidos en la noche, cosas que se mueven, luces que se apagan, voces, ciertas enfermedades raras que no tienen explicación médica, etc. Se trata de acciones exteriores.

Un Obispo del Caribe me envió a su prima que sufría cierta enfermedad muy extraña. Oramos y el Señor la liberó. Luego me pidió que fuera a su casa porque sucedían cosas raras. Le respondí que no iría; para eso tenía a su primo Obispo; que le pidiera bendecir su casa. Al ir el Obispo y bendecir el hogar cesó el problema. Fue todo muy sencillo porque para Jesús todo es sencillo.

Nosotros dividimos los problemas en fáciles y difíciles, pero para Jesús todos los problemas son fáciles; si no, no sería el Señor.

Recuerdo otro caso muy importante. Era un hombre llamado Julio Núñez que no podía caminar y gateaba como un animalito. El Señor lo curó en una asamblea de oración.

Fue tan impactante su curación que daba testimonio por todas partes. En una ocasión una señora lo reconoció y le preguntó:

- ¿No eres tú el tullido?
- Sí, pero el Señor ya me enderezó...

Incluso lo invitamos varias veces a acompañarnos, testificando en diferentes retiros la maravillosa curación que había recibido.

Un año después, el párroco de San Francisco de Macorís nos pidió hacer un retiro carismático. Invité a Julio Núñez, pensando que su testimonio sería más fuerte, por ser él miembro de esta parroquia.

Al llegar y preguntar por Julio se me acercó una señora muy triste:

- Padre, a Julio le volvió la cosa esa... Sí, padre, no puede caminar y anda otra vez a gatas.
- ¿Desde cuándo anda así?
- Desde hace cinco días...

Mandé que fueran a buscarlo y lo trajeron a caballo. Comenzamos a orar pidiendo su curación. Yo le decía al Señor:

- Señor, no puedes quedar mal aquí que es la parroquia de Julio...

Pero el Señor no lo sanaba. Entonces comenzamos a orar en lenguas y me vino a la mente como un flechazo: "espíritu de enfermedad". Entonces imperé y dije:

- Espíritu de enfermedad, te ordeno en el nombre de Jesús que salgas y dejes libre a este hijo de Dios. Te mando en el nombre de Jesús que te vayas a los pies de Jesús para que disponga de ti y te prohíbo que vuelvas a molestarlo porque es hijo de Dios y nada en él te pertenece.

Julio sintió un escalofrío, luego, con toda sencillez se levantó y comenzó a caminar.

Satanás lo estaba oprimiendo para que no diera el testimonio de su curación. Pero Dios es más inteligente y, restablecido Julio, su testimonio fue doble: su curación y de cómo Dios lo había liberado de esa opresión.

En la oración en lenguas el Señor vino en ayuda de nuestra debilidad y nos dio su discernimiento carismático para señalarnos lo que le pasaba a Julio; sufría de un espíritu de enfermedad.

Esto puede parecer extraño a los que no han leído el Evangelio pero allí encontramos un caso muy parecido: *Había una mujer a la que un espíritu tenía enferma por 18 años; estaba encorvada y no podía en modo alguno enderezarse:* Lc 13,11. Jesús hizo una liberación cuando le dijo: *Mujer, quedas libre de tu enfermedad.*

En los Hechos consta que la gente llevaba a los enfermos y atormentados por los espíritus con los apóstoles.

B.- LA OBSESION

Llamamos obsesión a la influencia y acción del Enemigo sobre la mente de las personas. Si la opresión se manifiesta en lo exterior y material, la obsesión se manifiesta en el interior.

Existen personas atormentadas con tremendas obsesiones. sexuales, ideas de suicidio, espíritu de blasfemia, autodestrucción, desprecio, sentirse indigno del perdón de Dios, etc. En estos casos a veces la causa no sólo es física o psicológica, sino que están atormentadas por una obsesión que las esclaviza, no teniendo fuerza para salir victoriosas.

Podría decir que la obsesión se parece a una tentación; pero en vez de ser pasajera es permanente, además de tener una fuerza e intensidad que va más allá de nuestras capacidades humanas para vencerla.

Un día en México me llevaron a una mujer que tenía muchos años sufriendo cosas muy extrañas. Oramos por ella y le pedimos que nos acompañara en la recitación del Padre Nuestro. Pero, ella no podía decir "perdónanos como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido". Tenía un gran rencor en su corazón porque un enemigo, para vengarse, le echó un maleficio. A raíz de eso comenzó a sufrir mucho y a odiar a ese hombre. No era simple resentimiento sino una verdadera esclavitud que la mantenía atada.

Oramos por su liberación del odio pero no había resultado alguno me acordé de aquel joven al que los discípulos no habían podido liberar de las ataduras de Satanás y lo llevaron donde Jesús. Entonces nos acercamos al Sagrario y le pedimos a Jesús que la liberara por su sangre preciosa. El Señor actuó inmediatamente liberándola del espíritu de brujería y de rencor. Por primera vez en mucho tiempo pudo recitar completo el "Padre Nuestro"

En la República Dominicana había un hombre casado con una mujer joven. Tenían dos hijitos. A pesar de todo, él no podía dejar

de tener relaciones sexuales con prostitutas. Era un deseo superior a sus fuerzas que no podía dominar. El se esforzaba pero no le daba resultado. Entonces hicimos oración de liberación por él y no hubo resultados, hasta que comprendimos que sólo estábamos ocupándonos de expulsar al espíritu impuro. Pero al evangelizarlo el Señor hizo su obra y fue liberado de esa obsesión.

En Quebec había una religiosa que cuando iba a comulgar sucedía como si en su mente comenzara a correr una grabación llena de blasfemias. Ella lloraba y sufría mucho por eso. Habló con su confesor y éste le aconsejó que rezara mucho a la Virgen María. Ni penitencias ni ayunos le daban resultados pues todo aquello continuaba.

Un día un sacerdote carismático de Quebec fue al convento, oró por ella para que fuera liberada de ese espíritu de blasfemia. Ella fue restablecida completamente gracias a esa oración.

En el Nuevo Testamento encontramos diferentes clases de espíritus que vale la pena conocer:

- Espíritu inmundo o impuro, que es el más frecuente (Mt 12,43; Mc 1,23.26.27; 3,11; 5,2.8.13; 7,25; Lc 4,33.36; 6,18; 8,29; 9,42; 11,24).
- Espíritu mudo (Mc 9,17).
- Espíritu sordo y mudo (Mc 9,25b).
- Malos espíritus (Lc 7,21; Hech 19,12).
- Espíritus malignos (Lc 8,2).
- Espíritu adivino (Hech 16,16).
- Espíritu del mal (Ef 6,12).
- Espíritus engañadores (1Tm 4,1).

a.- La Oración de Liberación

El ministerio de liberación se realiza en el nombre y con el poder de Cristo Jesús. En su nombre oramos al Padre y resistimos las asechanzas del Enemigo. Con su poder lo liberamos de toda opresión y obsesión.

La liberación de opresiones y obsesiones tiene dos aspectos:

- *Orar* al Padre en el nombre de Jesús para que libere a la persona de todo lo que está esclavizado. Es tan obvio este aspecto que no necesita aclaración.

— *Imperar* con el poder de Cristo que dijo “*en mi nombre expulsarán demonios*”: Mc 16,17. Aquí debemos subrayar que no se trata de una petición sino de una orden para que deje en paz y libertad a la persona. Esta autoridad se ejerce en el nombre de Cristo Jesús.

La oración más sencilla y eficaz la encontramos en san Pablo: “*En el nombre de Jesucristo te ordeno que salgas de esta mujer*”: Hech 16,18.

Algunos sacan el espíritu pero no le prohíben regresar, olvidando aquella Palabra del Evangelio: El Espíritu anda vagando y puede regresar con otros siete peores (Mt 12,43-45). Es necesario darle la orden: “Te prohíbo regresar” (Mc 9,25).

Para hacer la oración de liberación es necesario primeramente pedir la protección del Señor. Así como en la noche de Pascua los dinteles de los hebreos, protegidos por la sangre del cordero pascual, eran respetados por el ángel exterminador; así también la sangre del Cordero de Dios nos cubre, protege y libera de toda influencia del Malo.

Generalmente hago una oración como ésta:

“Yo reclamo sobre mí y sobre los que aquí estamos la sangre del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo para que nos purifique de todo pecado y nos proteja contra la influencia del Maligno”.

Recuerdo uno de los primeros casos de liberación en que por inexperiencia cometimos errores, pero que mucho nos enseñó:

Sin pedir protección previa nos metimos a hacer una liberación a una persona en un grupo de oración donde había más de treinta personas. Oramos y ordenamos al espíritu que saliera. Aquella persona se levantó liberada pero en ese mismo momento otra comenzó a manifestar los mismos síntomas. Oramos también por ésta y el Señor la liberó, pero el problema se trasladó a una más.

Aparte de que nos había faltado la protección del Señor aprendimos una cosa para toda la vida:

- No basta sacar al espíritu sino que es necesario prohibirle que regrese (Mc 9,25) y enviarlo al pie de la cruz para que Cristo disponga de él.

- Esta oración es conveniente que se haga en comunidad pero no en grupo grande; en un lugar privado, sin curiosos ni niños.
- El equipo debe estar integrado por personas maduras y prudentes, tanto para no estar viendo diablos por todos lados como para saber discernir su presencia y su influjo.
- Por la sangre de Cristo y por sus preciosas llagas tomamos autoridad sobre toda atadura y la desatamos en el nombre de Jesús.

Existe otro aspecto, mucho más importante: no basta sacar las tinieblas. Es necesario encender la luz de Cristo. Si evangelizamos auténticamente, llevando la persona de Cristo Jesús a los demás, nos evitaremos muchos de estos casos de liberación, ya que al entrar Cristo Jesús, que es el más fuerte, expulsa al más débil (Lc 11,22). La luz hecha fuera las tinieblas (Jn 1,5).

La eficaz liberación sólo se puede llevar a cabo en un proceso de evangelización integral. Sacar espíritus por sacarlos no tiene ningún sentido. Jesús envió primeramente a sus apóstoles no a expulsar demonios sino a anunciar el Reino. La expulsión es consecuencia de la evangelización (Cf Mt 10,7-8).

Generalmente me niego a hacer oración de liberación a personas que no están en un comprometido proceso de conversión.

b.- Autoliberación

En los casos de obsesión y opresión podemos hacer una oración de autoliberación, teniendo en cuenta lo antes expuesto.

Por la fe de nuestro bautismo compartimos la victoria de Cristo y tomamos autoridad en su nombre para expulsar a los espíritus que nos inquietan, molestan o perturban. Por el poder de Cristo la persona se declara libre, gracias a la sangre de Jesús.

Dependiendo del caso y el discernimiento carismático se puede hacer la siguiente oración:

“Espíritu de (suicidio, desprecio, impureza, rencor, miedo, etc.), yo te ordeno en el nombre de Jesús que te alejes de mí y te vayas a los pies de Jesús

para que disponga de ti.
Te prohíbo, en el nombre de Jesús,
que me vuelvas a molestar”.

C.- LA POSESION

La posesión es muy rara; es en lo último que debemos pensar, y sólo hasta después de haber agotado las demás posibilidades.

La posesión se da en casos en que la persona ha entregado su voluntad conscientemente a Satanás, vendiendo su alma, firmando pactos satánicos con sangre, o perteneciendo a sectas diabólicas. También se podría dar en personas que fueron consagradas por sus padres al Diablo.

Es tan fuerte esta esclavitud que la persona pierde su voluntad, quedando totalmente imposibilitada para liberarse de sus cadenas. Entonces necesita un poder superior de afuera a través de un exorcismo litúrgico.

El exorcismo formal litúrgico es hecho por el Obispo o un sacerdote delegado por él para el caso; acompañándose de mucha oración y ayuno.

AYUDAS PARA LA SANACION

Hay autores que, señalando ciertos obstáculos que impiden la sanación, hacen una lista de actos o actitudes que bloquean la acción sanadora del Señor.

Esto parece discutible, ya que Jesús es amo de lo imposible y no hay cosa que pueda impedir su acción salvífica. El es libre y poderoso para actuar con nuestra colaboración o prescindir de ella. El actúa a veces de una forma y a veces de otra. Lo cierto es que nos sana gratuitamente.

Por ejemplo, se afirma que la ausencia de fe es una causa por la cual el Señor no nos cura. Soy testigo de sanaciones entre los musulmanes y gente sin fe.

Dios es más grande que nuestra falta de fe. Nosotros no podemos imponerle reglas de conducta. El hace las cosas por caminos diferentes y mejores a los nuestros (Is 55,8).

Por esta razón prefiero hablar de medios y ayudas que favorecen la acción de Dios. La gracia de Dios es eficaz, pero si encuentra un campo preparado puede dar fruto más abundante.

A.- EVANGELIZANDO

Lo que más puede distorsionar el ministerio de curación es, disociarlo del contexto de evangelización. La sanación aislada y separada del anuncio explícito de la salvación en Cristo Jesús carece de fundamento evangélico.

La promesa de Jesús *“en mi nombre expulsarán demonios, hablarán lenguas nuevas, impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán sanos”*, viene inmediatamente después de la orden: *vayan por todo el mundo y proclaman la Buena Nueva a toda la creación* : Mc 16,14.16.

Evangelizar es instaurar la salvación íntegra del hombre en Cristo Jesús, salvación que se extiende al cuerpo, al alma y al espíritu.

Curar sin anunciar la Buena Nueva de salvación es curanderismo. La curación realizada por Dios se presenta siempre en un contexto de evangelización. Jesús envió a sus apóstoles a evangelizar y evangelizando a curar a los enfermos. No sólo a curar ni sólo a proclamar un mensaje. Las dos cosas van siempre juntas.

Un día estaba comiendo cuando alguien me preguntó indiscretamente:

— Padre, ¿usted está seguro de que tiene el don de curación?

Yo no podía contestar inmediatamente, así que todos se me quedaron mirando, esperando mi respuesta. Entonces dije:

— Bueno... estoy seguro que tengo la misión de evangelizar... los signos y curaciones acompañan siempre la predicación del Evangelio. Yo simplemente predico y oro mientras que Jesús sana a los enfermos. Así hemos hecho el equipo de trabajo y nos acoplamos bien...

La última palabra del Evangelio de Marcos es muy elocuente:

*Ellos salieron a predicar por todas partes,
colaborando el Señor con ellos
y confirmando la Palabra
con las señales que la acompañaban: Mc 16,20.*

Por esta razón a mí no me gusta orar por los enfermos si no tengo oportunidad de proclamar que Jesús está vivo y dar algunos testimonios que muestren que el Evangelio es verdad y que se vive hoy.

Yo soy testigo de que los milagros y curaciones se multiplican cuando anunciamos a Jesús. Yo no entiendo cómo todavía hay personas que se sorprenden y no aceptan los milagros. A mí me

sorprendería más que Jesús no cumpliera sus promesas de sanar a los enfermos cuando anunciamos su nombre. Si Dios es maravilloso ¿por qué no habría de hacer maravillas?

Durante el Congreso de Quebec en 1974 me pidieron un taller sobre los signos que acompañan la evangelización. La sala de las conferencias estaba llena con unas 2,000 personas. Como había mucho ruido en el pasillo exterior, dejé mi folder sobre el escritorio y yo mismo salí discretamente a cerrar la puerta para estar más recogidos.

En el pasillo estaba una señora en silla de ruedas que tenía cinco años y medio sin poder caminar. La invité a entrar pero ella me respondió:

— Yo quería entrar pero no me dejan, pues la sala está llena y no puedo caminar.

— Venga -le dije, y empujé la silla. Cerré la puerta y comencé mi conferencia, insistiendo en la importancia de anunciar a Jesús resucitado que sana y salva a todo el hombre y a todos los hombres.

Di el testimonio de mi curación y cómo el Señor nos cura con su amor. Subrayé la importancia de testificar las maravillas del Señor en nuestra vida. Una persona se puso de pie y argumentó:

— Yo soy cristiano y creo en Dios. Pero también soy médico y creo que antes de afirmar que estamos curados deberíamos de tener un examen médico que certificara la curación; como lo hacen en Lourdes por ejemplo.

— Usted, como médico, tiene derecho a hacerlo, pero cuando uno siente la sanación como fue mi caso, no se puede esperar lo que digan los médicos para dar gracias a Dios...

El replicó diciendo que deberíamos ser prudentes y mil cosas más, argumentando con palabras que yo ni entendía. Sus razones eran como hielo que caía sobre la asamblea, pues yo no sabía qué contestarle.

Cuando todo se estaba viniendo abajo por la prudencia y sabiduría de ese médico, la señora de silla de ruedas que yo había introducido en la sala sintió una fuerza, se levantó y comenzó a caminar sola por el pasillo de la sala.

Por un accidente de automóvil cinco años y medio antes, había tenido una delicada operación y le habían quitado las rótulas. Por tanto, médicamente ella no podría volver a caminar. Pero el Señor la levantó ante los aplausos y admiración de todo mundo. Unos lloraban y otros la felicitaban. Su nombre era Elena Lacroix.

Al llegar al micrófono nos dio su testimonio. Cuando terminó de hablar, y la gente aplaudía, me dirigí al médico y le pregunté si creía que deberíamos esperar un examen médico o si ya podíamos dar gracias a Dios.

El médico se tiró de rodillas al suelo. Era el más conmovido de todos. Se sentía apenado y avergonzado de haber hecho el ridículo. Yo le dije:

— No se preocupe. Dios quería hacer un gran milagro hoy y lo usó a usted para manifestar su gloria, diciendo: "Como el padre Emiliano no te puede contestar, Yo sí lo haré".

Esta fue la primera sanación física que vi con mis ojos, precisamente al evangelizar.

B.- FE EXPECTANTE

La fe es un ancho canal que favorece que al agua viva de la salvación se manifieste en nuestra vida. La fe nos hace entrar en comunión con Dios mismo y participar su salvación integral, incluyendo la sanación, sea física, sea interior.

La fe es confiar, depender y entregarse sin condiciones a Dios y su designio sobre nuestra vida, renunciando a nuestros planes y medios de salvación. Es decir, nos hace tener los ojos fijos en el Señor Jesús que murió por nosotros y ya resucitó. Hay personas que tienen los ojos en ellas mismas y no en el Señor. Están pensando más en su sanación que en el Sanador.

Se trata de tener fe en Jesús; no fe en nuestra fe. Esto último no sirve de nada. El mejor acto de fe es cuando creemos que Dios es más grande que nuestra poca fe y que no puede depender de nosotros.

Llamamos fe expectante a aquella que espera con certeza y confianza que Dios actúe de acuerdo a sus promesas, sabiendo que El quiere sanarnos. Cuando creemos de esta manera es como

si en vez de tener unos cables delgados extendemos unos gruesos para que la acción de Dios sea de alto voltaje.

Yo generalmente no acepto orar por los enfermos sin antes edificar su fe con algunos testimonios para que esperen y confíen en que el Señor quiere sanarlos.

Un día concelebraba la Eucaristía con un Obispo. Su homilía fue una joya que mostraba elocuentemente el valor de la cruz y del sufrimiento. Después de la comunión me sorprendió al pedirme que orara por los enfermos. Yo le repliqué:

— Monseñor, su homilía sobre la cruz fue tan bella que nadie quiere ya sanarse... pero si me permite hablar antes sobre el poder de la cruz y cómo la sanación es un signo del amor de Dios...

Jesús nos ha prometido que obtendremos aquello que creemos que ya hemos recibido (Mc 11,24). El Evangelio está lleno de personas que piden y reciben, buscan y encuentran, llaman y se les abre la puerta. Dios nos pide ser sencillos en nuestra fe. Sin embargo, hay gente que ora así:

— Señor, si es tu voluntad, si me conviene, si va a servir para mi santificación y salvación eterna... entonces, cúrame.

Ponen tantas condiciones que más bien parecen excusas a su falta de fe. Debemos ser pobres que dependen totalmente de su Padre. Un niño nunca dice a su mamá:

— Mamá, si me conviene y no me hace daño el colesterol, dame un huevo.

El niño simplemente pide y la mamá sabe si le conviene o no. A nosotros nos corresponde ser pobres y humildes y pedir con la confianza de recibir.

Otros limitan el poder de Dios y dicen así:

— Señor yo estoy enfermo del corazón, la garganta y mi rodilla. Pero con tal que me sanes el corazón, me consuelo.

Estos también están orando mal. Hay que pedir el paquete completo, sin ponerle límites a la acción de Dios. El es magnánimo y da abundantemente. Si tiene y da el Espíritu Santo sin medida, de

igual manera concede sus dones.

Cuando el Papa León XIII cumplía 50 años de Obispo, un cardenal quiso alagarlo diciéndole:

— Le pedimos a Dios que llegue a cumplir otros cincuenta años.

El Papa replicó con sagacidad:

— No le pongamos límites a la providencia de Dios...

El 13 de junio de 1975 fui a un campo para celebrar la fiesta de san Antonio. Confesé, prediqué, celebré la Eucaristía y oré por los enfermos. Salí rápido de la sacristía pues todavía me faltaba hacer unos bautizos y otras muchas cosas. Una joven me salió al paso llevando de la mano a su mamá. Sin introducciones me dijo muy decidida:

— Padre, ore por mi mamá para que se sane.

Yo le contesté un poco enfadado:

— Pero si acabamos de hacer la oración por todos los enfermos...

Ella, con la fe de la mujer sirofenicia del Evangelio, argumentó:

— Es que mi mamá está sorda y no se dio cuenta cuando usted oró.

Sentí compasión de esa gente tan pobre y sencilla. Le hice la seña que se sentara rápido y toda mi oración fue ésta:

— Señor, sánala; pero aprisa, porque tengo mucho trabajo.

Inmediatamente me agaché y pregunté a la señora:

— ¿Hace mucho que usted está sorda?

— Desde hace ocho años.

Me sorprendí que me respondiera, pues se suponía que no debería haber escuchado mi pregunta. Entonces le hablé en voz más baja y le dije:

— Usted parece ser una buena mamá...

Ella se sonrió. ¡Me había escuchado! Pero, más bien, fue el Señor quien nos escuchó en esa oración tan original. Ella sintió como un viento rápido que entro en sus oídos y los destapó.

Yo puedo comprobar que es verdad aquella palabra del Señor:

*Antes de que me llamen yo responderé,
aún estarán hablando y yo les escucharé: Is 65,24.*

Y la convicción del creyente que afirma:

*No está aún en mi lengua la palabra
y ya tú, Yahvéh, la conoces entera: Sal 139,4.*

Que la fe y la curación van íntimamente unidas lo expresa de una manera muy bella María Teresa G. de Báez a quien Dios sanó de artritis rumatoide a raíz de lo cual toda su familia se acercó al Señor:

“Me faltan palabras, pues hoy no sólo le debo agradecer a Dios mi curación física sino algo mucho más grande y maravilloso que es la “FE”, por la cual Dios es la letra de mis canciones, la imagen de mis ilusiones y la luz de mis ojos”.

Asunción, Paraguay 25 de agosto de 1981.

C.- ARREPENTIMIENTO

El arrepentimiento favorece la sanación física e interior. La enfermedad en sí (no ésta o aquella enfermedad) es producto del pecado. Si nos arrepentimos del pecado y nos convertimos a Dios, necesariamente van a cesar las consecuencias del pecado. Para esto conviene leer 1 Cor 11,30.

Confieso que hay personas que viven en pecado y que son sanadas por el Señor, pero también soy testigo que la mayor parte de las que reciben curación son llevadas a un arrepentimiento. Sin embargo el camino más normal es el que encontramos en el Evangelio.

— Primero, la sanación del pecado:

“tus pecados te son perdonados”.

— Después, la sanación física:

“levántate, toma tu camilla y anda”: Mc 2,5.11.

Altagracia Rosario era una joven de 26 años que estaba sorda desde hacía dos años y que tenía varios meses ciega; además una anemia la mantenía en la cama esperando lentamente su muerte.

Su mamá la llevó a la quinta reunión de Pimentel en 1975. Era tanta gente por todas partes que la acostó en el suelo. La pobre

enferma, sorda y ciega, sufría mucho y no se daba cuenta de lo que pasaba.

Al día siguiente estaba completamente sana: veía y oía perfectamente. Pero lo más maravilloso no fue que se le abrieran los ojos y los oídos sino que el Señor entró en su corazón apartándose inmediatamente de una situación de pecado en la que vivía desde hacía tiempo. Luego se hizo catequista y daba su bello testimonio en San Francisco de Marcorís de donde era originaria.

Meses después, viviendo las delicias de la nueva vida que Jesús le había dado, cayó enferma de fiebre. El 18 de noviembre le dijo alegremente a su mamá:

— Mamá, oí la voz del Señor en mi corazón que me decía que dentro de dos días vendría a buscarme para llevarme con Él.

Su mamá le respondió:

— Altagracia, no digas eso. Es tu fiebre la que te hace delirar y pensar que es la voz del Señor. No vuelvas a repetir eso porque se van a burlar de ti.

Sin embargo, ella lo contaba a todas las catequistas que iban a visitarla. Y efectivamente, el 20 de noviembre murió feliz y cantando como un pajarito. Su entierro fue bello; en medio de cantos de alegría y de esperanza. Ella había recibido la sanación total: su muerte no fue luto ni hubo lágrimas sino felicidad y alegría porque se encontraba de manera definitiva y total con Aquel que la amaba.

Annette Giroux de 28 años, sufría de Parkinson y fue llevada por sus parientes a la misa de clausura del Congreso de Montreal en Pentecostés de 1979. A la hora de la comunión un sacerdote subió a las gradas del estadio y le ofreció la comunión, pero ella dijo:

— No, no puedo comulgar porque vivo en pecado...

Tenía dos años que vivía en concubinato. Allí mismo decidió cambiar su conducta. Se arrepintió, se confesó, comulgó y tomó el riesgo de la fe. Al regresar a su casa le dijo al hombre con quien vivía:

— A partir de hoy no me consideres tu mujer, a no ser que te quieras casar conmigo por la Iglesia. En tres días regreso a la casa de mis papás.

Tomó una habitación aparte y dos días después despertó sintiendo un gran calor en todo el cuerpo. Se levantó dándose cuenta que no tenía el dolor relacionado con su enfermedad. Estaba completamente sana.

Así, sana de su alma y de su cuerpo, regresó con sus padres... Dos meses después se celebró el sacramento del matrimonio con asistencia del grupo de oración que había escuchado su testimonio.

Ella primero se arrepintió y después fue sanada físicamente. En el siguiente caso sucedió al revés:

Mariano tenía diez años sin entrar a una Iglesia, pero fue curado de su adicción alcohólica y de úlcera el día que su madre, doña Sara, dio testimonio de su maravillosa curación.

Regresó feliz a su casa. Él quería comulgar pero estaba impedido por su situación matrimonial, pues estaba viviendo en adulterio con una mujer con la cual ya tenía hijos. Como no era posible la separación, ni menos la unión con su primera esposa, pero él tenía verdadera hambre de Dios, tomó aposento aparte de su mujer. Así, viviendo como hermanos por unos meses, pudo comulgar el día de Pentecostés en que el Señor lo llenó de preciosos carismas para evangelizar. Me acompañaba en muchos retiros a lo largo del país hablando a las parejas para que perseveraran fieles al Señor en el matrimonio.

Después de varios años de mantenerse en este difícil camino, el señor Arzobispo estudiando a fondo su primer matrimonio, se encontró una causa suficiente por la que aquel matrimonio no fue válido. De esta forma fue posible casarse por la Iglesia con la mujer con la que vivía. Fue una misa celebrada por el mismo Arzobispo. La Iglesia estaba llena de parejas a las que él les había predicado la fidelidad conyugal.

Lo importante es que el Señor quiere sanarnos completamente: de cuerpo, alma y espíritu. A veces la sanación física ayuda a la conversión, a veces el arrepentimiento ayuda a la curación física.

D.- PERDONANDO

Innumerables veces hemos sido testigos de cómo el perdón a nuestros enemigos desencadena la acción salvífica de Dios. La oración que el Señor nos enseñó dice claramente: “*perdonanos como nosotros perdonamos*”: Mt 6,12. Otros textos también así lo afirman.

Por otro lado, casi todas las veces que Jesús promete la eficacia de la oración y la respuesta a nuestras peticiones la une y la hace depender del perdón (Mt 18,21; Mc 11,25).

Muchos piensan que perdonar es perder y no se dan cuenta que es ganar, porque así, Dios nos libera de nuestros odios y resentimientos; nos asemeja a Jesús que amó y perdonó a sus enemigos y nos abre al perdón y a la gracia de Dios. El siguiente testimonio así lo muestra:

Una vez sentí que el Señor me estaba pidiendo perdonar a una persona que me había hecho mal. Como yo no estaba dispuesto a renunciar a la venganza, me resistía y presenté la siguiente excusa:

— Señor. ¿Para qué quieres que ore por ellas si de todos Tú eres tan bueno que la bendecirás aunque yo no te lo pida?

Y una clara voz interior me contestó:

— Necio, ¿no te das cuenta que al orar por ella el primer sanado eres tú?

Perdonar es resucitar en nosotros la nueva vida traída por Jesús. Perdonar y pedir perdón es como un relámpago que anuncia una lluvia fecunda. El testimonio de Evaristo así lo muestra:

Desde muy pequeño, serios problemas con mi padre me obligaron a dejar la casa. Yo pensaba que el tiempo sanaría todos esos amargos recuerdos de mi infancia, pero no fue así. Viví siempre cargando mi historia dolorosa. Dios me concedió la gracia de conocer la Renovación Carismática por la cual El me liberó de muchas ataduras, dándome un fuerte impulso en mi vida de fe. Sin embargo, había algo que me faltaba: yo no tenía esa alegría espontánea y natural que veía en toda la gente de la Renovación. Vivía amargado y aburrido.

Así pasaron algunos años hasta febrero de 1977 cuando mi padre cayó gravemente enfermo. Yo sabía que estaba ante la última oportunidad de reconciliarme con él, pero no tenía fuerza ni valor para hacerlo. El día 13, mientras él agonizaba, yo luchaba en mi interior pues sentía que no tenía fuerza para perdonarlo. Me puse en oración y le dije al Señor.

— Yo solo no puedo, Señor.

Una voz interior me respondió muy claramente y me dijo:

— Tú solo no puedes, pero en mi nombre sí puedes. Todo es posible para el que cree.

Con la fortaleza del Señor me acerqué a mi padre y lo abracé, perdonándolo de todo corazón. Y no sólo eso, sino que también le pedí perdón con lágrimas en los ojos.

El rostro agonizante de mi padre se transfiguró; o tal vez lo que pasó es que yo lo veía con ojos diferentes porque el Señor me había transformado a mí. Lo amaba con el corazón de Cristo Jesús y lo abrazaba con sus brazos.

Desde ese día comencé a entonar un canto nuevo a nuestro Dios, una alabanza de alegría que no se ha agotado en siete años. El Señor me ha hecho ver su gloria gracias a esta sanación interior a través del perdón. Ahora sí soy feliz y proclamo alegremente que el Señor hizo en mí maravillas y doy testimonio de que todo lo puedo en Aquel que me conforta.

Otro testimonio muy bello es contado por Olga G. de Cabrera, de Guatemala.

Por diez años estuve sufriendo unos intensos dolores de mis piernas y brazos que se fueron deformando. Visité quince médicos en busca de mi sanación y uno de ellos me dijo que era necesario amputarme la pierna izquierda. El primero de mayo de 1976 quedé completamente inválida. Debía pasar el resto de mi vida en la cama y en mi silla de ruedas que yo tanto odiaba.

Sabiendo que había un misa por los enfermos en el gimnasio tomé la determinación de asistir en mi silla de ruedas. Me colocaron hasta adelante. Cuando entró el Cardenal Casariego se detuvo frente a mí, tomo mis manos entre las suyas, y me dijo: “El Señor te ama y hoy te va a sanar”.

Cuando comenzó la oración de curación interior lloré mucho y perdoné de corazón a los que tanto daño me habían hecho. Luego cuando el padre Tardif oró por la sanación corporal yo sentía que algo me empujaba y me decía: "levántate y camina". Sentí primero un fuerte calor y luego un escalofrío. Con los ojos llenos de lágrimas me levanté y comencé a caminar frente al altar.

El Señor es tan maravilloso que me sanó físicamente, moral e interiormente. Bendito y alabado sea por siempre su Santo nombre. Gloria a ti, Señor, Rey del Universo.

E.- ORACION EN COMUNIDAD

Jesús prometió:

Yo les aseguro que si dos de ustedes se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos: Mt 18,19-20.

La oración comunitaria tiene un poder especial concedido por el mismo Dios. Esto lo hemos experimentado ampliamente en nuestro ministerio. Por esta razón siempre nos gusta orar en comunidad. En comunidad el discernimiento se enriquece ya que uno puede tener una visión, otro un mensaje, aquel una palabra de conocimiento y todos oramos en lenguas.

Sobra decir que el momento comunitario por excelencia es durante la celebración Eucarística. Allí las sanaciones se multiplican.

Desgraciadamente hay gente mal acostumbrada que después de una oración comunitaria le gusta que se ore en privado por ella. Nosotros generalmente nos negamos ya que eso significaría que la oración que acabamos de hacer no tuvo valor.

Haciendo un resumen de mi ministerio puedo afirmar que existe una tremenda diferencia entre la oración comunitaria y la oración personal por cada enfermo. En cada uno de los retiros que he tenido en estos diez años ha habido sanaciones físicas en todos y cada uno. Mientras que orando individualmente por sanación no

he visto el mismo fruto. En cambio, en la oración de curación interior existen más frutos orando por cada caso en particular; pero siempre es una comunidad la que ora por esa persona.

En conclusión, pienso que hay pocas personas con don de curación, pero existen muchas comunidades con ese carisma.

De un campo vecino vinieron quince personas a una de las dos reuniones de oración de Pimentel. Venían cantando, alabando a Dios y rezando el rosario. Realmente era una peregrinación y su oración se prolongó todo el camino.

Al regresar otra vez a su campo comenzaron a compartir lo que el Señor había hecho y se dieron cuenta que los quince habían sido curados de algo. Entonces daban testimonio juntos.

Yo anhelo el día en que en una oración por los enfermos se pueda afirmar como en el Evangelio: *todos fueron curados.*

F.- ORACION DEL ENFERMO

Conviene que el enfermo también ore. Es muy cómodo solamente pedir oración a otros como quien manda lavar su ropa sucia a otra parte y él no se ocupa de nada. Estas personas están buscando un alivio rápido y cómodo que no les exija ningún esfuerzo de su parte. La sanación profunda sólo se da en la medida que entramos en comunión permanente con el Dios que purifica y santifica.

¡Qué maravillas vemos en las personas que oran! Si creyéramos en el poder de la oración estaríamos más dispuestos para hacerla y le daríamos prioridad sobre otras actividades. Muchos dicen que se pierde el tiempo orando porque no se hace nada, y no se dan cuenta que lo más importante no es lo que nosotros hacemos sino lo que Dios hace en nosotros durante la oración.

Había una persona en nuestro país que siempre, en todo tiempo y lugar, nos asaltaba para que oráramos por ella. Cuando yo me la encontraba ya hasta le sacaba la vuelta, pues era muy insistente. Un día vino una persona de Estados Unidos a impartir un retiro. Al terminar la charla, como de costumbre, la señora se le acercó y le pidió que orara por ella. Esta persona primero se puso en la

presencia de Dios y sintió una voz interior que le decía: "no ores por ella, pues sólo esta cansando a mis servidores".

Qué diferente es este caso al que sucedió en el Congo: en la misa de clausura de Brazzaville el Señor realizó muchas curaciones maravillosas. Mientras el sol se ocultaba la gente salía feliz como si bajara del Monte Sinaí después de haber experimentado la gloria del Señor.

Después de que todo mundo abandonó el estadio alabando a Dios, el guardián cerraba las puertas y apagaba las luces. Entre las gradas vacías se había quedado una mujer en oración; junto a ella su hijito de seis años sentado en medio de dos muletas. El guardián le dijo:

— Señora ya váyase. Ya todo terminó y voy a cerrar las puertas.

— No, no puedo irme porque mi hijo todavía no se cura, voy a seguir orando...

El cuadro era tan conmovedor que el guardia le permitió permanecer allí más tiempo. Ella perseveró en oración más de dos horas. A las 8.15 p.m. el pequeño se levantó por su propio pie y comenzó a caminar sin muletas ante la luz de la luna que con su palidez plateada hacía más bella y tierna la escena.

Era la perseverancia en la oración de la que nos habla el Evangelio (Lc 11,5-8).

G.- INTERCESION DE MARIA

En el ministerio de curación no podemos olvidar el poder de intercesión de María. Sabemos que ella no cura a nadie pero sí puede interceder para que tengamos el vino que está haciendo falta en nuestra vida, como en Caná. El siguiente testimonio fue narrado personalmente por un miembro de nuestra comunidad:

Un día fui a ver al ginecólogo pues me sentía con ciertas molestias. El me dijo que necesitaba operarme. Como yo me resistía él me contestó:

— Tu enfermedad es progresiva. Yo sé que tu tienes mucha fe; así que te voy a dar un año para que ores al Señor y le pidas que te sane como tú dices que sana. Si no te curas, entonces tendré que operarte.

Yo acepté el reto pues sé que mi Señor hace maravillas. Pocos días después el padre Emiliano nos invitó a mi esposo y a mí para dar un retiro en Chicago. Aunque yo me sentía mal no dije nada pues estaba segura que el poder de Dios me ayudaría para proclamar su Palabra

Estando en Chicago me sentí mal. Mi esposo y el padre Emiliano oraron por mí pero la hemorragia continuaba. Entonces me llevaron con un reconocido ginecólogo de esa ciudad para que me atendiera. El confirmó la necesidad de la operación. Ante la imposibilidad de hacerla por estar lejos de casa, sólo me recetó una medicina, que gracias a Dios no tomé, pues a sentir del siguiente doctor que visitamos, más me hubieran perjudicado que ayudado.

Continuamos el viaje de evangelización por Canadá donde me agravé. Vi un segundo doctor y él no se explicaba cómo yo estando tan delicada estuviera tan contenta. Ese doctor recomendó que me internaran en el hospital pero yo tenía fe en mi Señor y nos fuimos al Congreso que ese día comenzaba.

Terminamos el Congreso, la hemorragia se había complicado. Ese día fuimos al Santuario mariano de Nuestra Señora del Cabo y mientras mi esposo y el padre Emiliano oraban por mí, yo le dije a la Virgen María:

— Madre Santísima, yo te amo y me abandono a tus cuidados maternos. Me siento avergonzada ante tu Hijo Jesús porque me ha faltado fe para darle las gracias porque ya me está sanando. Tu ruega por mí para que pueda crecer en la fe de que tu Hijo me está sanando

Abandoné completamente mi problema en las manos de María para que ella se encargara de él ante Jesús. Ya de regreso a República Dominicana el padre Emiliano me preguntó si me estaba tomando la medicina que me recetó el doctor canadiense. Yo le respondí que la había olvidado pero que le daba gracias a Dios porque así se manifestaría más claramente su gloria.

Como me sentí admirablemente bien no vi a mi ginecólogo en mi país sino hasta seis meses después. El me recibió un poco agresivo diciendo:

— Si tú crees que te vas a sanar predicando, estás muy equivocada. El predicar no sana.

Yo me quedé en paz porque estaba segura a que el Señor ya había hecho su maravilla en mi vida. Luego me examinó y me dijo lleno de sorpresa:

— Yolanda, es verdad. El Señor sana. Tú estás perfectamente. El Señor ha hecho la operación que yo te iba a hacer. Cuánto te ama el Señor...

— Doctor, también te ama a ti. El también quiere hacer una operación en tu corazón para sanarte y que seas un hombre nuevo y puedas gritar y proclamar que Jesús está vivo y sana, para gloria del Padre.

Así como aquella mujer hemorroísa tocó el mando de Jesús y quedó inmediatamente sanada de su hemorragia, Yolanda se acercó al vestido de Jesús que se llama María, la tocó y sanó. Jesús se revistió de la carne de María. Ella es como el manto de Jesús que todo aquel que lo toca con fe queda curado de su enfermedad (Mc 6,56). Ella es quien tiene de manera más excelsa el carisma de curación.

Sobre todo en la oración de liberación hemos comprobado el poder de la oración de María para que Jesús rompa las cadenas que esclavizan a los oprimidos por el pecado o alguna opresión u obsesión del Enemigo. En muchos casos hemos ratificado cómo el rezo del Santo Rosario ha sido muy eficaz. El siguiente testimonio es también narrado por Yolanda:

Un día llegaron a nuestro negocio llevando un pobre hombre que sufría opresión. Producía ruidos extraños, se había quedado sordo y mudo; además no comía desde hacía ocho días. Al darme cuenta de la gravedad del caso respondí que mi esposo no estaba y que regresaran después. De esa manera me escapaba de hacer esa oración tan difícil para la cual no me sentía capacitada. Sin embargo, en ese momento oí una voz interior que me preguntó:

— Yolanda, ¿eres tú quien sana o soy Yo?

Inmediatamente le pedí perdón al Señor y reconocí que El sólo era quien sanaba. Así, comenzamos la oración. Aquel hombre se arrodilló y en cuanto puse mis manos sobre él comenzó a

gritar y agarró mis dos manos con las suyas con mucha fuerza. Yo estaba profundamente impresionada y no sabía ni qué hacer ni cómo orar. Lo único que brotó de mi corazón fue el rezo del Ave María. En cuanto comencé, perdió toda su fuerza y cuando llegué a "bendita eres entre todas las mujeres" él ya estaba orando junto conmigo. Al terminar estaba en paz y simplemente dijo: "denme comida".

Que la virgen María puede interceder eficazmente ante su Hijo con la fuerza del amor lo hemos aprendido y comprobado más con la experiencia que con la teología.

H.- ABANDONO

Nosotros oramos pero no podemos forzar la mano de Dios. El puede tener un plan mucho más hermoso que el nuestro (Ef 3,20). El puede curarnos o concedernos la sanación completa: el encuentro definitivo en la vida eterna donde no hay lágrimas, luto ni muerte.

Por tanto es fundamental la actitud de abandono confiado en las manos amorosas del Padre. Este abandono en sí ya es una gracia inmensa. Quien se abandona a Dios recobra la paz profunda que el mundo no puede dar. Recomendando mucho la oración del padre Carlos de Foucauld:

"Padre,
me pongo en tus manos.
Haz de mí lo que quieras,
sea lo que sea,
te doy gracias.
Estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo,
con tal que tu voluntad se cumpla en mí
y en todas tus criaturas.
No deseo más, Padre.

Te confío mi alma,
te la doy
con todo el amor de que soy capaz,
porque te amo
y necesito darme a ti,

ponerme en tus manos,
sin limitación,
sin medida,
con una confianza infinita,
porque tú eres mi Padre”

Este abandono, acompañado de la oración de alabanza, alcanza curaciones físicas e interiores que ni nos imaginamos. La oración que más muestra el abandono y la fe no es la de petición sino la de alabanza. Alabar al Señor siempre y por todo. Hay miles de personas que dan testimonio en sus vidas de este poder de la alabanza. Lo que no se consigue cuando pedimos, siempre se obtiene cuando alabamos.

Muchas personas que han pedido, orado y rogado por su sanación la obtienen cuando se abandonan incondicionalmente en las manos del Padre misericordioso. Una persona nos cuenta su testimonio:

Tenía yo unos cuatro años sufriendo de úlcera péptica, pero a fines de junio de 1981 tuve que ir de emergencia al hospital pues tenía una hemorragia severa. Tres días después salí de allí. El médico gastroenterólogo me dio un tratamiento que incluía medicinas, una dieta rigurosa y un horario fijo para tomar alimentos. Tomaba la medicina regularmente, pero como tenía que viajar muy a menudo a diferentes lugares predicando la Palabra de Dios no pude seguir la dieta. A causa de este descuido, un año después, se volvió a presentar el mismo problema. Fui internado y me hicieron una endoscopia el 26 de mayo de 1982. El resultado fue: cuatro úlceras prepilóricas y una duodenal, gastritis severa, hernia hiatal y duodenitis nodular.

El doctor me dijo que necesitaba operación y que apartara una semana para la intervención quirúrgica ya que prefería hacerlo en calma y no de emergencia. Salí dado de alta, pero a media noche volvió la hemorragia. Al darme cuenta me sentí preocupado pensando que debía regresar al hospital y temí que tal vez había llegado urgente la hora de la operación. Sin embargo, mi problema era más profundo: de fe. Yo estaba muy triste y hasta un poco decepcionado del Señor.

Confieso que me sentí un tanto defraudado por El. Más que orar, comencé a reclamar, diciéndole:

— Señor, verdaderamente no te entiendo. Tú sabes que por viajar por diferentes ciudades y países predicando tu Palabra no pude llevar la dieta adecuada. Tú sabes que en los retiros y cursos no hay siempre la misma hora para comer, tú sabes que no puedo cuidarme como el doctor lo ha indicado, y tú, que puedes sanarme para que siga predicando tu Palabra, mira cómo me tienes...

En ese momento oí claramente la voz del Señor que me dijo:

— ¿Por qué temes a la noche que te lleva al nuevo día?

Esa palabra fue espíritu y vida para mí. Creí en el Señor y me entregué sin condiciones a su plan sobre mi vida y hasta sobre mi muerte. Ya ni siquiera me importaba estar sano, sino que su voluntad se cumpliera en mí. Fuera lo que fuera yo estaba en sus manos y dependía de El. Le firmé el cheque en blanco para que El hiciera de mí lo que quisiera. Su camino era infinitamente mejor que el mío. Era de noche, pero sabía, con la certeza de la fe, que me aguardaba el amanecer que anuncia la nueva creación. Entonces me volví a acostar y dormí en completa paz. Yo sabía que en ese momento Dios había hecho algo para mi vida entera. Pocas semanas después me sentía tan bien que dejé la medicina y no me volví a preocupar de la dieta. Seis meses más tarde fui a dar un retiro a Houston. Recuerdo que en esa ocasión el Señor me pidió el paso en fe de viajar sin un solo centavo, dependiendo totalmente de El. Yo me resistía porque quería aprovechar la ocasión para que me hicieran un reconocimiento profundo de mi estómago. Sin embargo, El Señor fue más fuerte que yo y me abandoné confiadamente a sus promesas.

De la forma más increíble, El proveyó para todos los gastos de mi estancia y análisis en el Centro de Gastroenterología. Al final, el médico me dijo lo que yo ya sabía:

— Usted no necesita operación. Las úlceras han cicatrizado.

Yo regresé feliz a México comprobando una vez más que quien se abandona en las manos del Padre amoroso no le hace falta nada. Hace dos años de todo esto. Me siento perfectamente.

No necesito de medicamentos y ningún alimento me hace daño

I.- ORACION EN LENGUAS

La oración en lenguas es maravillosa. Como nosotros no sabemos orar como conviene, *El Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra debilidad para interceder por nosotros con gemidos inefables*: Rom. 8,26

No es el lugar, y ya pasó el tiempo de querer justificar el don de lenguas. Es una realidad en la Iglesia de hoy. Simplemente quiero confesar mi experiencia: he visto muchas más curaciones mientras oro en lenguas que con la oración normal.

Un día me invitaron a un programa de televisión en la ciudad de Bogotá, Colombia, pidiéndome que orara por los enfermos. Lo curioso es que el programa sólo duraba un minuto, por eso se llamaba "el minuto de Dios". A mí me parecía demasiado poco tiempo y reclamé diciéndoles:

— Ustedes duran tres minutos anunciando las cervezas y al Señor le dan sólo un minuto...

Comencé la oración tan apremiado por el tiempo que oré muy rápido. Al terminar abrí los ojos y vi el reloj: ¡me quedaban todavía treinta segundos! Mi problema entonces era que no sabía que hacer con tanto tiempo. Oré en lenguas frente a las cámaras de televisión.

Según testimonio reciente del padre Diego Jaramillo, gran predicador carismático, hubo varias personas que fueron curadas en esa ocasión.

La oración en lenguas facilita que se den palabras de conocimiento o discernimiento carismático. Es cuando estamos más disponibles para que el Señor nos use porque estamos completamente rendidos a El

En el Segundo Encuentro Carismático de Montreal me pidieron hacer la oración por los enfermos. Había unas 65 mil personas en la Eucaristía, la cual era transmitida por televisión. Oré mucho en lenguas y vinieron algunas palabras de conocimiento que transmití tal y como me llegaban. Una de ellas era así:

— Hay una buena mamá de 74 años que está sentada frente al televisor de su casa. En estos momentos el Señor la está sanando de sus ojos que no pueden ver.

Al terminar la misa se me acercó un sacerdote que me tenía cierta confianza y me dijo:

— ¿Pero es que tú estás loco? ¿Cómo anunciar ante 65 mil personas que una mujer ciega está delante del televisor?

Era tan lógica su objeción que no le pude responder. Pero al día siguiente salí a visitar a mi familia a 200 kilómetros de Montreal. Cuando llegué, alguien me dijo:

— Padre, cerca de aquí vive la señora que se sanó de los ojos delante de la televisión.

A mí me dio tanto gusto que fui a visitarla. Se llamaba Joseph Edmond Poulin y efectivamente tenía 74 años. Había enfermado de la retina. Después de un tratamiento especializado, los médicos afirmaron que su enfermedad era progresiva e incurable.

Una amiga le sugirió estar delante del televisor siguiendo la misa de sanación del Congreso de Montreal. Cuando hice el anuncio, ella sintió mucho ardor en los ojos.

Yo le pregunté si podía leer a lo cual contestó negativamente. Entonces añadí:

— El Señor no hace las cosas a medias. Vamos a orar para que usted pueda leer la Palabra de Dios.

Tres días después me llamó por teléfono para comunicarme la alegre noticia de que estaba leyendo la Biblia.

El don de lenguas me dispuso para que el Señor comunicara lo que El estaba haciendo.

J.- RENUNCIA A SATANAS

Cuando se depende del poder de las tinieblas sí se está bloqueando la acción salvífica de Dios. Por tanto es necesario renunciar explícitamente a todo ocultismo y esoterismo, curanderismo y magia, horóscopo, cualquier tipo de adivinación y supersticiones.

No se puede servir a dos señores ni tampoco ser propiedad de mbos. O con Cristo o contra él, o con él se junta o contra él se desparrama.

Este es el único punto que sí considero esencial ya que por el poder de las tinieblas también se producen curaciones. Para evitar esta confusión es absolutamente necesario renunciar a todo contacto con ciencias ocultas, amuletos, espiritismo, hechicería y todo aquello que usurpe el lugar de Dios.

CINCO CARTAS

En este último capítulo entresacamos párrafos de nuestras cartas circulares a familiares y amigos donde ofrecemos una idea general de nuestro ministerio en estos tres últimos años.

Sánchez, 30 de diciembre de 1980.

Muy queridos familiares y amigos:

Quiero contarles algo de mi viaje por Africa, tanto en Camerún, como en Senegal.

El día 14 salí de Santo Domingo. Después de 18 horas de vuelo llegué muy cansado a Camerún a las siete de la noche. Lo único que deseaba era descansar en la cama, pero me esperaba una "agradable" sorpresa en el aeropuerto. Sucede que al presentar mi pasaporte me dijeron que faltaba la visa. Yo les contesté que en Santo Domingo me informaron que un canadiense no necesitaba visa para entrar a Camerún. Yo insistía, pero mis argumentos no contaban, ya que las leyes habían cambiado recientemente. Sólo me respondieron:

— Usted no puede ni siquiera salir hoy del aeropuerto. Aquí pasará la noche y mañana temprano deberá regresar a Suiza para conseguir su visa y entonces podrá regresar al país.

Pero, Suiza estaba a siete horas en un avión... Una pareja de franceses estaba en similar situación. Ellos se sentían tranquilos y estaban seguros de entrar al país, pues, según dijeron, "pusimos ya nuestro asunto en manos de la Embajada Francesa". Yo por mi

parte oré al Señor y le dije:

— Yo no tengo nadie a quién recurrir sino a ti. Si tú has planeado estos retiros en Camerún, tú me vas a abrir las puertas. Pero si no fuera plan tuyo, no tiene caso que yo entre al país. Dejo todo en tus manos...

Por un momento oré en lenguas. Luego me pusieron un policía alto y fuerte junto a mí. Como si yo tuviera a dónde escaparme. Pensé: si no puedo evangelizar en Camerún por lo menos voy a evangelizar a este policía musulmán, y comencé a hablarle de Jesús y sus maravillas.

Después de la media noche el policía tenía más sueño que yo. En eso llegó un telefonema con la orden de dejarme entrar al país. Un hermano Lasallista se había movido por todos los medios y consiguió una visa por quince días. Me fui a descansar a mi cama. Al día siguiente regresé otra vez al aeropuerto para tomar otro avión. Allí estaban todavía los franceses, con cara triste y muy fatigados por no haber dormido. No habían conseguido entrar al país y debían regresar a París. Entonces aproveché para decirles:

— Yo no puse mi asunto en manos de hombres sino de Dios y conseguí entrar. Nuestro Dios es más poderoso que la Embajada Francesa...

Esta primera experiencia de evangelización en Africa ha sido muy hermosa. Simplemente tenía la impresión de estar en los campos de Samaná, en la República Dominicana al ver los rostros alegres y sencillos de la gente; personas simpáticas y abiertas. Era el mismo clima, el mismo paisaje y el mismo Dios actuando sus maravillas.

El sábado por la tarde celebramos la misa por los enfermos y Dios comenzó a repetir los signos y milagros de Pimentel en 1975. Durante la oración por los enfermos vimos muchas curaciones sorprendentes.

Entre otras la de una niña de cinco años que no caminaba y, gracias a Dios, lo pudo hacer a partir de ese momento. Al día siguiente, en la misa de la Catedral, invité a la mamá de esta niña a que diera testimonio delante de la gran asamblea. Luego le pedimos que hiciera caminar a la niña delante de todos, frente al

altar. La pequeña lo hizo a la vista de todos que lloraban y alababan a nuestro Dios. Hubo una tempestad de aplausos en la Catedral.

¡Jesús estaba vivo también en Africa!

Durante el retiro de sacerdotes la bendición más grande que vi fue la de un misionero que había decidido dejar su ministerio para casarse. Algunos amigos lo invitaron al retiro antes de tomar su decisión final. El aceptó y el Señor lo pescó otra vez. Entregó de nuevo su corazón al Señor y reafirmó su voluntad de seguir sirviendo en el ministerio sacerdotal.

El retiro terminó con la misa al aire libre donde asistieron más de tres mil personas. Había 38 sacerdotes celebrando la Eucaristía y el Señor acompañó otra vez la proclamación de la Palabra con signos y prodigios. A través de la palabra de conocimiento el Señor nos dijo:

— Aquí hay un joven de 16 años, sordo del oído izquierdo que el Señor está sanando.

Naturalmente él no escuchó este mensaje, pues estaba sordo, pero eso no impidió que el Señor actuará con poder.

Al terminar la misa se acercó un joven al altar contando a toda la asamblea que estaba sordo y que tenía 16 años. El Señor lo acababa de sanar. ¡Todos alababan al Señor!

Al día siguiente continuaron los prodigios en la Catedral de Yaunde. Una empleada del Banco de Yaunde que padecía miopía desde hacía trece años fue sanada por el Señor. Al día siguiente ella contaba a todos sus compañeros de trabajo el milagro del Señor. Como la conocían con sus gruesos lentes y ahora ya no los usaba, todos fueron a la misa de ese día. En esta ocasión había más de tres mil personas. Entonces tuvimos que sacar el altar fuera de la iglesia, pues la gente no cabía en la Catedral. Durante la Celebración de la Cena del Señor, una niñita fue sanada de su brazo izquierdo que tenía paralizado. Un policía cayó bajo el poder del Espíritu y fue sanado de la columna. La madre superiora de una comunidad africana también experimentó el descanso en el Espíritu y fue sanada de úlcera. Fueron tantas las curaciones que sería imposible enumerarlas todas.

En unos cuantos días habíamos vuelto a ver todos los signos que identifican a Jesús como Mesías: los ciegos veían, los cojos caminaban, los sordos oían y los pobres eran evangelizados.

Luego salí para Senegal donde cientos de curaciones vinieron a recordar a este pueblo que Jesús está vivo. Un Misionero del Sagrado Corazón, al ver tantas maravillas y la respuesta tan entusiasta de la gente, nos dijo:

— Esto es lo que precisamente estábamos necesitando aquí. Yo sabía que el Señor llegaría de esta manera a nosotros, pues cuando los musulmanes ven que Jesús realiza milagros llegan a creer que está vivo y que es más que un simple profeta. Esto es lo que estábamos necesitando hoy entre nosotros...

Y no dejaba de repetir: “Esto es lo que estábamos necesitando aquí”, refiriéndose a las curaciones que habían hecho germinar y crecer la fe de aquella gente. Pero, ¿en que parte del mundo no serían necesarios estos milagros? Todavía no encuentro un país en este planeta donde salgan sobrando.

El Prefecto de Sangmelina, que era protestante, vino personalmente a despedirse y a agradecer la curación de su esposa que había padecido del hígado, y de su hermana que fue curada de mala circulación. Estaba muy emocionado y me traía un “regalito” para que lo guardara como recuerdo de mi paso por Sangmelina: se trataba de un auténtico colmillo de elefante.

Quise guardarlo en mi maleta pero no cabía. Entonces lo envolví y continué mi viaje. Sin embargo, tuve que pagar exceso de equipaje por culpa del dichoso colmillo que pesaba mucho. Al bajar del avión, por poco olvido el colmillo en la banda de equipajes. En una mano cargaba mi pequeña maleta y en la otra aquel envoltorio. El “regalito” empezaba a serme estorboso y costoso.

Al llegar a mi nuevo destino, una persona conocedora en la materia, se quedó admirada de la pieza tan fina. Con los ojos bien abiertos me dijo:

— Padre, este colmillo de elefante es muy valioso. Espero que no tenga problemas en el aeropuerto, pues son muy estrictos con el tráfico de marfil.

A partir del momento que supe el precio del colmillo y los riesgos que corría con él, cambió mi vida. Inmediatamente le compré una maleta especial que cuidaba con más esmero que la mía. En los aeropuertos crecían los problemas: al salir pagaba exceso de equipaje y al llegar tenía que orar así:

— Señor, yo soy testigo de que tú abres los ojos a los ciegos. Ahora ciérraselos a estos señores para que no vean el colmillo... tú sabes que es un “regalito”.

Cuando me hospedaba en una casa, lo primero que guardaba y escondía era el costoso colmillo. A veces hasta lo ponía debajo de la cama, y al regresar de predicar por la noche, lo primero que hacía era hincarme para buscar mi colmillo. A veces lo sacaba y lo contemplaba por algunos segundos. Después de acariciarlo lo volvía a guardar cuidadosamente.

Un día estaba en oración cuando de pronto comencé a pensar en el valioso colmillo y las preocupaciones y ansiedades que me habían venido desde que viajaba conmigo. Además ¡todo lo que me faltaba del viaje! Entonces exclamé en voz alta:

— Señor, qué razón tenías cuando dijiste “bienaventurados los pobres” porque cuando yo no cargaba este colmillo no tenía problemas como ahora.

Me levanté de la oración y regalé el colmillo, regresando inmediatamente la paz a mi corazón. Desaparecieron las preocupaciones, los excesos de equipaje y hasta las distracciones en la oración.

Con esto he aprendido que los colmillos de elefante: llámense poder, dinero, gloria, cosas materiales, son siempre fuente de esclavitud. Lo peor es que ante ellos nos postramos y nos distraen del verdadero Dios. ¡Qué incómodos son estos colmillos! ¡Cuánto exceso de equipaje pagamos por ellos! ¡Qué pesados son, sobre todo cuando atrás del colmillo cargamos el elefante completo!

Que no necesitamos de los bienes materiales los que confiamos en el Señor, me lo demostró hermosamente el Dueño de todas las cosas. El boleto a Camerún y Senegal costó 1,680.00 dólares. Como era demasiado dinero para esos países tan pobres les pedí que no me dieran nada por mi trabajo; sino que

simplemente pagaran el costo del boleto. Así, entre los dos países me dieron 1,700.00 dólares. Un sacerdote que se enteró del asunto me dijo:

— No es justo eso. Tú has trabajado intensamente por tres semanas y sólo te dan 20 dólares. ¡Menos de un dólar por día!

— No te preocupes -le contesté- El Señor nos da el ciento por uno.

Al regresar a mi parroquia me esperaba un montón de cartas. Una de ellas decía así: "Hemos pensado enviarte un "regalito" para la evangelización". Al leer la palabra "regalito" me acordé del colmillo de elefante y solté la carta asustado. En eso cayó de la misma un cheque por 2,000.00 dólares. ¡Exactamente cien veces más que los 20.00 dólares que me habían dado en África: Yo me reí y le dije a Jesús:

— Se ve que eres un buen judío pues has hecho perfectamente las cuentas al darme el ciento por uno...

La Romana, 1º de diciembre de 1981

El domingo pasado, fiesta de Cristo Rey, celebramos en Santo Domingo nuestro Segundo Congreso Carismático Nacional... 42 000 personas representando 1 500 grupos de oración de la República Dominicana llenaron el Estadio Olímpico de la capital el 22 de noviembre en una gran manifestación de fe en honor de Cristo Rey.

El tema del Congreso era "JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO". Fue extraordinario. De las 9 de la mañana a las 6 de la tarde, bajo un cielo azul, en una atmósfera de fiesta, cantamos, oramos, escuchamos las conferencias y saboreamos el amor de Dios nuestro Padre.

A las once de la mañana me tocó el tema "JESUS ESTA VIVO" y enseguida, con el equipo, dirigí una oración de curación para todos los enfermos que habían venido en gran número de todo el país. El Señor nos bendijo de una manera muy particular. A las dos y media de la tarde, hora de los testimonios, hubo muchos.

Entre otros, el de un hombre que había venido al Congreso con gran dificultad y recibió una curación completa durante la oración

por los enfermos. Debido a un problema del corazón, estaba paralizado del lado izquierdo del cuerpo y no podía caminar sin muletas. A las dos y media de la tarde subió a la tribuna caminando solo, sin muletas y con la voz sollozante agradecía al Señor que acababa de sanarlo.

El día de nuestro Congreso Carismático Nacional, nuestro nuevo Arzobispo, Monseñor Nicolás de Jesús López, dio una soberbia conferencia sobre la Renovación Carismática en el mundo de hoy. Los pocos sacerdotes que luchaban todavía ferozmente contra la Renovación en la arquidiócesis parecen incomodarse con esta posición tan firme y tan franca de nuestro nuevo Arzobispo. ¡Gloria al Señor!

Tengo ahora la gran alegría de anunciarles que ya no soy párroco de Sánchez. En verdad no alcanzaba a ser párroco y dar retiros por todas partes. Fui liberado del curato de Sánchez en abril pasado y ahora soy predicador de tiempo completo con residencia en nuestra parroquia de La Romana, donde el padre Andrés Dumas es el párroco.

El padre Andrés estaba solo en esta gran parroquia de 30 000 habitantes. Al regresar de mis viajes le ayudo un poco y esto me beneficia, pues es conveniente mezclar el trabajo parroquial con los retiros.

En este año he sido testigo de Cristo resucitado en los cinco continentes. Omitiendo mil cosas importantes sólo quiero contarles lo siguiente:

Después de las conferencias ecuménicas en Suiza fui a Lisieux, Marsella y Paray-le-Monial. Luego regresé otra vez a la República Dominicana para ir al retiro sacerdotal en La Ceja, Colombia. Finalmente, al retiro en Monterrey, México, donde me sucedió un curioso incidente.

Vencido mi pasaporte, lo envié a la embajada Canadiense en Caracas, Venezuela, para refrendarlo. Se acercaba el día de mi salida a México y el pasaporte no regresaba. La víspera llamé telefónicamente a Caracas y me respondieron que ellos ya me lo habían enviado. Nada podíamos hacer, sino esperar pacientemente la cuenta regresiva.

Por la tarde me llamaron por teléfono de Monterrey, preguntándome vuelo y hora de nuestra llegada. Yo les contesté que iría el equipo pero que yo me quedaría, por la simple razón de no tener pasaporte.

Ellos se quedaron consternados pues ya tenían todo listo para recibir 14 000 personas. Me prometieron pasar la noche en oración, confiando en el Señor.

Al día siguiente salí del aeropuerto dominicano sin pasaporte. Hablé con el jefe de migración afirmándole que un canadiense podía entrar a Estados Unidos con la licencia de automovilista (el avión hacía escala en Miami antes de llegar a México). El me contestó:

— Si la compañía Eastern corre el riesgo de transportarlo, yo lo dejo salir.

Hablé con el empleado de Eastern Airlines y me dijo:

— Si migración corre con los riesgos, nosotros lo transportamos. Yo entonces oré de esta forma:

— Señor, Tú tendrás que correr con todos los riesgos.. y tomé el avión a Miami.

Al llegar a Miami todo mundo mostraba su pasaporte, visa y carta de turista. Yo, simplemente presenté mi licencia de manejar. El vista, extrañado, me preguntó:

— ¿Y qué es eso?

— Mi licencia... es todo lo que tengo. Un canadiense puede entrar a Estados Unidos con su licencia de manejar...

El se apiadó de mí y me dejó pasar.

Al conectar para México el oficial de migración sí sabía de leyes y me aclaró enojado:

— Usted no puede ir a México ni a ninguna parte con eso... ni siquiera puede estar en Miami sin papeles. Eso no sirve para nada... Cualquier persona puede conseguir licencia en Canadá y eso no significa que es canadiense. Es con la "tarjeta de nacionalidad" con la que se entra a Estados Unidos, no con una simple licencia. En México jamás lo dejarán entrar... lo van a devolver.

Yo me había equivocado: había confundido "tarjeta de nacionalidad" con licencia para manejar. Gracias a Dios pude salir, pero al llegar a México se presentaba otro problema no menos grave. Mi oración fue:

— Señor tápale los ojos a este señor para que no vea lo que me falta.

El vista estaba tomando café, distraído y hablando con su compañero... ni se fijó lo que le entregué. Solamente me selló y entré al país.

El Señor que le tapó los ojos al empleado de migración, en el retiro le abrió los ojos a una señora ciega desde hacía cinco años. Jesús es el amo de lo imposible.

Después del retiro en Monterrey, celebramos una misa por los enfermos en un santuario al aire libre, con el altar al centro y seis mil personas mojándose por una lluvia continua. Después de la comunión el Señor curó a un hombre que había perdido el uso de la palabra desde hacía algunos años a consecuencia de una congestión cerebral. El Señor soltó su lengua y él gritaba: "Gloria a Dios, Gloria a Dios". Hubo gran admiración entre quienes lo conocían y lo llevaron al micrófono para testimoniar. En ese momento, dos cojos se levantaron y comenzaron a caminar. Uno de ellos vino a dar su testimonio ante toda la asamblea mientras su párroco lloraba. Muchos sacerdotes que concelebraban con nosotros se dejaron llevar por la emoción y lloraban... Yo reía y gritaba "¡Jesús está vivo, ustedes lo están viendo!

Este es un resumen de algunas de mis actividades del año. Van ustedes a decirme que sólo les hablo de retiros. Es que allí está mi corazón y mi vocación: predicar por doquier el amor y la misericordia del corazón de Jesús.

La Romana, 10 de diciembre de 1982

Muy queridos familiares y amigos:

Espero encontrarlos bien a todos, con buena salud y plenos de la alegría del Señor. Personalmente les diré que nunca había tenido tan buena salud y estoy feliz de poder ponerla al servicio de la evangelización, salud que el Señor me regresó hace diez años.

Incluso he pensado escribir un pequeño libro de testimonios para contar lo que he visto durante estos diez años de apostolado en la Renovación. No sé si tendré tiempo para hacerlo, pero la idea me viene frecuentemente. Intentaré escribirlo y podría tener como título "El Espíritu Santo ha Hecho de Mí un Testigo"

A fines de noviembre regrese de la Polinesia Francesa. Este último viaje ha sido uno de los más bellos de mi vida. Nunca había encontrado un pueblo tan simpático y acogedor a la Palabra de Dios. Allá viví un período de evangelización lleno de alegría y bendiciones de todo tipo.

Para darles una pequeña idea del recibimiento de esta gente, bastará decirles que llegué al aeropuerto de Tahití a las dos de la mañana, después de un viaje de 16 horas desde Santo Domingo - es decir, el doble de distancia entre Santo Domingo y París. Para mi sorpresa, había por lo menos 500 carismáticos reunidos en el aeropuerto a esa hora para recibirme y lo hicieron con collares de flores, mientras cantaban "Alabaré" con todo el corazón. Me pusieron tantos collares de flores que casi me tapaban los ojos. Necesitaba un cuello de jirafa.

Después de dos días comenzamos el primer retiro para los líderes de la Renovación, que habían venido de diferentes islas de la Polinesia Francesa. En el primer retiro en francés eran 220. Los que llegaron de las islas más lejanas tuvieron que hacer un trayecto de tres días en barco para venir a este retiro de cinco días. Allí pude comprobar su gran espíritu de sacrificio. No es de admirar que hayamos sido bendecidos tan abundantemente. De algún modo volví a vivir en Tahití los acontecimientos de 1975 en Pimentel.

Los primeros misioneros católicos que llegaron a Polinesia Francesa, en Tahití, comenzaron su trabajo en 1834. Este año, con motivo del 150 aniversario de la misión, se preparan con retiros de evangelización por toda la diócesis. Nuestros retiros carismáticos formaban parte de este programa de conjunto.

La generosidad de esta gente se manifiesta en mil formas: nunca había tenido tantos regalos con motivo de un viaje de evangelización. Me regalaron 18 camisas, dos pares de zapatos, un elegante hábito azul, etcétera. Cuando quise salir, todas estas

cosas no cabían en mi maleta. Así que la comunidad de católicos chinos me regaló una bonita maleta grande, la más bella que he tenido, para meter mis regalos. Tenía sobrepeso de equipaje de 50 libras y en el avión no me hicieron pagar ni un centavo de más. No olvidaré fácilmente esta gente de Tahití y de las islas donde pase cerca de un mes de evangelización entre corazones muy abiertos a la Palabra de Dios.

Después de haber predicado en dos islas diferentes y visitado varias comunidades de religiosas, hice una visita a los leprosos con quienes celebré la misa; luego un encuentro con los padres misioneros. La última semana di una conferencia cada noche, más tarde celebraba la misa y oraba por los enfermos en una gran iglesia, donde la asistencia era entre 3000 y 5000 personas. En lugar de homilía había testimonios de las personas que habían sido sanadas los días precedentes.

El testimonio que más me impresionó fue el de un hombre que estaba completamente ciego de un ojo, con el otro veía muy poco y dentro de poco tiempo tendría que operarse. Durante la misa por los enfermos, precisamente en el momento de la elevación de la Hostia, vio una gran luz en la iglesia y sus ojos se abrieron. ¡Había sanado!

Si al llegar me coronaron de flores, al despedirme me llenaron de collares de conchitas. Cuando caminaba en el avión con tanta conchita hacía tal ruido que la gente se reía. He compartido estos regalos con mi gente de la parroquia y es curioso encontrar en esta isla del Caribe a gente con collares o camisas de la Polinesia.

25 de octubre de 1983

Queridos familiares y amigos:

Acabo de llegar de Yugoslavia y tengo un gran deseo de saludarlos a todos, esperando que tengan la paz y la alegría del Señor.

Creo que no tengo el derecho de callar después de haber visto lo que vi en este largo viaje de evangelización que comenzó el 18 de agosto y terminó el 15 de octubre, día de Santa Teresa de Ávila.

El 18 de agosto salí a Francia, para participar en el encuentro de comunidades carismáticas francesas en Ars, donde se reunieron

más de 4,000 personas durante una semana de oración, de reflexión y de estudio en la alegría del Señor. Un precioso encuentro, de gran belleza y lleno de bendiciones de todo tipo.

De allí, salí para Yugoslavia. Mis compañeros de viaje eran Abad Pierre Rancourt de Quebec y el doctor Philippe Madre, diácono, que es el pastor de la comunidad carismática León de Judá, en Francia.

Según testimonios y frutos que tienen todos los visos de autenticidad, la Virgen se está apareciendo en Medugorje, Yugoslavia, dejando un mensaje de paz, oración y penitencia. Lo cierto es que la parroquia del Padre Tomislav Vlasik se ha convertido en centro de fe y de peregrinación donde existen muchas conversiones.

Nosotros llegamos a Medugorje justo antes de la misa de siete del martes. El padre Tomislav nos invitó a concelebrarla con él.

Más de tres mil personas estaban reunidas para la Eucaristía. Unos doce sacerdotes, sentados en sillas afuera, confesaban largas filas de penitentes. Era una noche ordinaria. Se dice que los sábados y domingos por la noche la asistencia llega hasta siete y ocho mil personas, y así es desde hace dos años.

Al finalizar la misa el padre Tomislav me dijo:

— Aunque el retiro no comienza hoy, hay aquí numerosos peregrinos enfermos. ¿Quisieras dirigir una oración por ellos después de la misa?

Acepté gustoso y un sacerdote traducía mi oración al croata. El Señor comenzó desde esa primera noche a curar enfermos que dieron su testimonio al final.

Al día siguiente había por lo menos unas 8,000 personas. La noticia de los curados la noche anterior corrió rápidamente. Esto comenzaba a intrigar a los guardias de Seguridad Nacional. Nosotros oramos, el Señor sanó y la gente daba su testimonio. La noche del jueves había ya 14,000 personas, mientras nosotros estábamos en la cárcel...

He aquí lo que sucedió. Por la mañana, habíamos dado enseñanza al grupo de jóvenes y orado por la efusión del Espíritu antes de ir a comer. Todos fueron bendecidos por el Señor.

Algunos recibieron el don de lenguas y había mucha paz y alegría en la asamblea. Nosotros regresamos para comer

Al final de la comida llegaron tres agentes de la Seguridad Nacional, dándonos la orden de seguirlos con nuestros pasaportes para un interrogatorio. Estábamos detenidos.

Fuimos conducidos a Citluk, ciudad localizada a siete kilómetros de distancia. Nos llevaron ante un tribunal que nos acusaba de haber turbado la paz de Yugoslavia y de haber predicado sin autorización del gobierno. Nos encerraron a los tres en un pequeño salón, hasta nueva orden. Me sentí contento de no haber ido solo a Yugoslavia. La prisión se soporta mejor entre tres. Fue una tarde de expectativa. Las horas pasaban sin saber lo que nos esperaba. A eso de las cinco, como hacía mucho calor, pedimos un vaso de agua. Nos respondieron que no había vasos. La víspera habíamos ayunado a pan y agua por la paz del mundo, tal y como lo hacen los padres, las religiosas y el grupo de oración todos los miércoles. Yo tenía prisa porque llegara el jueves, y llegó, pero nos trajo la prisión donde no había ni pan ni agua.

A eso de las 6:15, hora del rosario en la iglesia, nos unimos a ellos rezando nuestro rosario en prisión y terminamos cantando el Salve Regina. Un policía entró furioso dándonos la orden de callar. Yo no sabía que estaba prohibido cantar a los presos. Creo que les impresionó nuestra alegría y paz.

En la pared había una fotografía del mariscal Tito. Entonces le dije a Pierre Rancourt: "Tómame una foto porque quiero tener un recuerdo de mi prisión en Yugoslavia". Yo sonreía y con la mano señalaba a Tito diciendo: "él es el culpable". Al accionarse el flash vinieron inmediatamente los policías y se enojaron. Me pidieron la cámara y yo temblaba como un niño travieso. Abrí la tapa de tal modo que se veló el rollo, salvándome de una situación comprometedora.

Luego de inspeccionar nuestras maletas nos dieron 24 horas para abandonar el país o nos volvían a poner presos.

Al día siguiente por la mañana, después de haber saludado a los padres y religiosas que fueron muy amables con nosotros y estaban muy contritos por vernos expulsados de esa manera, salimos en un taxi a Zadar distante 350 kilómetros de Medugorje.

Dos americanos que estaban allí como peregrinos, nos dieron 150 dólares para ayudarnos a pagar el taxi. En Zadar, ciudad turística al borde del mar Adriático, nos embarcamos a las nueve de la noche para llegar a Remini, Italia, a las seis de la mañana. Allí tomamos el tren a Milán y por la tarde el avión nos llevó a París a donde llegamos para comer. Dos días duramos para regresar a Yugoslavia, porque no había manera de ese mismo día tomar avión. El Evangelio tiene razón cuando nos promete el ciento por uno y además persecuciones por el nombre de Cristo Jesús.

En una próxima carta les contaré mis aventuras en el Congo, donde celebramos el Centenario de la Evangelización.

¡Los bendigo a todos!

15 de noviembre de 1983

Querida familia y amigos:

Continuando mi carta anterior les comento ahora mi viaje al Africa y algunos de los prodigios que allí vieron mis ojos.

El 19 de septiembre en la noche, salí de París al Africa, donde primeramente predicaría durante 15 días en el Congo y luego 5 días en Zaire (ex Congo Belga).

El día 20 por la mañana llegué a Kinshasa, capital de Zaire. Fui muy bien recibido por los padres jesuitas, en particular por el padre Guy Verhaegen S.J., quien es el asesor de la Renovación en Kinshasa y me había invitado a dar el retiro a los líderes de la Renovación. Descansé un poco del viaje de 8 horas en avión y en seguida me dirigí a la embajada del Congo en Kinshasa para solicitar mi visa para el Congo. Al día siguiente, con mi visa en la mano, crucé en barco de Kinshasa a Brazzaville, capital del Congo. Un viaje de apenas 10 minutos en barco.

Llegué pues, al Congo, y de inmediato fui a Linzolo, lugar de peregrinación a la Virgen, a unos 20 kilómetros de Brazzaville. Allí se iba a celebrar el primer retiro. Una multitud de más de 3,000 personas esperaban al aire libre el retiro de cuatro días. Después de saludar al padre Ernesto Kombo, S.J., organizador del retiro, comenzamos de inmediato la primera conferencia sobre "La Fe en la Palabra de Dios".

¡Qué espectáculo ver esos miles de retirantes sentados en el piso, sobre esteras o banquitos, atentos a la Palabra de Dios! Era en verdad una gran misión popular en este Centenario de la Evangelización y al mismo tiempo el Décimo Aniversario de la Renovación Carismática en el Congo.

Yo daba dos conferencias por la mañana, una por la tarde y en seguida celebraba la Eucaristía, con homilía y oración por los enfermos después de cada Eucaristía. Por la noche hacíamos una gran reunión de oración carismática con todas las manifestaciones del Espíritu que el Señor quería darnos. Un día tuvimos adoración del Santísimo Sacramento expuesto en el altar, al aire libre, frente a la gruta. Desde las nueve de la noche hasta media noche, oración espontánea, cantos y predicación. En el Congo encontré una fe intensa y profunda, una fe como raramente he encontrado en mis viajes de evangelización por el mundo.

Imagínense la fe que se necesita para ser capaz de permanecer durante cuatro días de retiro, a mediados de semana, sin hotel para dormir; donde cada quien se organizaba como podía, durmiendo al aire libre, extendiéndose sobre esteras y comiendo lo que llevaban en su pequeño morral. Dios, que no se deja vencer en generosidad, hizo brillar su gloria en esta ocasión tan especial.

El gobierno del Congo está en manos de marxistas desde hace años. Después de la independencia del país intentó instalarse una democracia, pero rápidamente cayó el gobierno y el comunismo tomó el poder. En 1977, el presidente Ngouabi, comunista, fue asesinado y sustituido por otro presidente comunista. Cuatro días más tarde unos policías se presentaron en la residencia del Cardenal Emile Blayenda de Brazzaville, ordenándole los siguiera para una entrevista con la autoridad. Nunca más el pueblo pudo volver a ver a su Cardenal que era un pastor de almas con cualidades extraordinarias, según decir del clero entero.

Hace un par de años el Papa Juan Pablo II visitó el Zaire y en Brazzaville celebró la Eucaristía al aire libre, con la alegría delirante del pueblo. Se dice que desde entonces el gobierno, dirigido por el coronel Denis Sassou, parece haber mejorado las relaciones con la Iglesia, sobre todo en este año del Centenario de la Evangelización.

Fue pues en estas circunstancias a donde llegué a predicar quince días de retiros populares, invitado por el actual Arzobispo de Brazzaville.

En ningún país en el mundo he visto tantas curaciones como en el Congo durante estos retiros del Centenario. El único país con que podría comparar el Congo, desde el punto de vista de las señales que acompañaron la evangelización, sería la Polinesia Francesa donde prediqué tres semanas de retiro el año pasado. También era su aniversario de evangelización. Pero las señales fueron todavía más fuertes y más sorprendentes en el Congo.

Leemos en Isaías:

*Los sordos escucharán las palabras del libro
liberados a la sombra de la tiniebla,
los ojos de los ciegos verán,
los pobres se alegrarán en Yahvéh
y los hombres más pobres
se regocijarán a causa del Santo de Israel: Is 29,18-29.*

Más adelante afirma:

*Que el desierto y el sequedal se alegren
regocíjese la estepa y florezca como flor.
Se verá la gloria de Yahvéh,
el esplendor de nuestro Dios.
Fortálezcanse las manos débiles
afiáncense las rodillas vacilantes.
Digan a los de corazón decaído:
¡Animo, no teman!
Se despegarán los ojos de los ciegos
y las orejas de los sordos se abrirán.
Entonces saltará el cojo como ciervo
y la lengua del mudo lanzará gritos de júbilo: Is 35,1-6.*

En pocos días fuimos testigos de estas señales entre “los más pobres de los hombres”. El Señor acompañó con toda clase de señales y prodigios su Palabra de salvación. El Evangelio es verdadero y eficaz el día de hoy, si le creemos al Señor.

Desde la primera noche del retiro en Linzolo, después de la oración por los enfermos, una palabra del Señor me llegaba

fuertemente al corazón: “Hay aquí un hombre que sufre mucho en su pierna derecha. El es cojo y tiene dificultad para mantenerse sobre su pierna. En este momento siente un fuerte temblor y un gran calor en esa pierna. El Señor lo está sanando. Tú que sientes esta curación, ten confianza. En el nombre de Jesús, levántate y anda”.

Hubo un largo momento de silencio en la asamblea. Nadie se movía. Como no todo mundo entendía el francés, había que traducir en el dialecto de la región lo que hizo inmediatamente el Padre Ernesto Kombo, que me acompañaba a todas partes. En ese momento un hombre de 28 años se levantó y *salto como un ciervo*. El tenía el pie envuelto, era cojo, sufría desde hacía mucho tiempo un dolor en la pierna derecha que no le permitía trabajar. Para confirmar todo, apareció entre el público con el pie derecho envuelto en una venda. Y ya no cojeó jamás.

La multitud aplaudía y todos alababan al Señor.. Todos “veían la gloria de Yahvéh” estallar ante sus ojos por la lluvia de bendiciones y curaciones que el Señor dejaba caer en esas tierras tan azotadas por la sequía.

El día siguiente tuvimos numerosos testimonios. Un ciego recuperó la vista y daba testimonio público agradeciendo al Señor. Pero nuestra mayor admiración fue el segundo día, cuando una niña de diez años, sordomuda de nacimiento, fue sanada. “*Las orejas de los sordos se abrirán... La lengua de los mudos gritará su alegría*”. Esta niña, sorda de nacimiento, se espantó de tal manera que al escuchar los cantos al final de la misa que se puso a gritar de pánico, tapándose las orejas con los dedos y se retiró lejos. Poco a poco se calmó y al día siguiente en la mañana, radiante de alegría, fue al presbiterio con su mamá y nos probaba que estaba de verdad curada. Le decíamos una palabra en francés y la repetía con claridad. Ella se fascinaba por poder repetir lo que decíamos, como un niño que aprende a decir papá y mamá. Esta curación causó gran admiración y la noticia se corrió hasta la capital.

Muchos otros testimonios nos llegaron después de la Eucaristía de cada tarde. La multitud crecía de tal manera que al finalizar el retiro había por lo menos cinco mil personas, en el piso, ante la gruta de la Inmaculada, escuchando la Palabra de Dios. Recuerdo imborrable me ha dejado este primer retiro de Linzolo.

Pero esto era sólo el principio. El domingo, era la misa por los enfermos en la Catedral. Tuvimos que celebrar al aire libre porque la asistencia rebasaba las dos mil personas. En esta misa el Señor quiso dar una señal muy clara de que su Palabra es verdad, como lo hizo cuando dijo al paralítico del Evangelio: *Para que los hombres sepan que el Hijo del hombre tiene el poder de perdonar los pecados, levántate, toma tu camilla y anda* : Lc 5,24.

Después de la oración por los enfermos, un hombre que padecía hemiplejía desde hacía ocho años y no podía desplazarse solo, sintió que el Señor lo curaba. Una palabra de ciencia lo invitaba a levantarse. Con la admiración de la muchedumbre, se levantó y caminó solo hasta el altar. Allí, al micrófono, agradecía al Señor con sollozos y algunas palabras. ¡Estaba curado!

Los dos días siguientes sería el retiro para sacerdotes y religiosas en Brazzaville. Se habían programado dos Eucaristías en dos iglesias diferentes a las que estaban invitados todos los enfermos. La primera, se celebró afuera de la iglesia de san Pedro, con algunos miles de personas que llenaban el terreno. Yo prediqué sobre "La Eucaristía Sacramento de Curación" y el Señor vino a confirmar su presencia real en la Hostia consagrada curando a dos paralíticos: una mujer de unos 35 años que había sido llevada en una camilla. Ella yacía paralítica en la cama desde hacía dos años y medio. El Señor la levantó después de la comunión. Le ayudé dándole la mano y pudo llegar hasta el altar, subiendo con dificultad los tres escalones del podium. Allí, loca de alegría, se puso a bailar ante la multitud. Era el delirio de la asamblea. En ese momento, un hombre paralítico que había sido llevado en brazos por su familia, también se levantó y caminó solo, tranquilamente, avanzando hasta el altar. Las curaciones de todo tipo se multiplicaban, Jesús volvía a decir a su pueblo: *Fortalézcanse las manos débiles y afiáncense las rodillas vacilantes. Digan a los de corazón decaído: "No teman. He aquí a su Dios"*.

El martes ya no podíamos celebrar la misa dentro de una iglesia. Tuvimos que ir al estadio de la parroquia santa Ana donde cabían quince mil personas. A las tres de la tarde el estadio estaba lleno a reventar, y había más gente afuera que adentro. Fue necesario cerrar las puertas. La Eucaristía fue concelebrada por el

Arzobispo y varios sacerdotes. Prediqué sobre las señales que Jesús anunció a los discípulos de Juan Bautista cuando le preguntaron:

¿Eres tú el Mesías o debemos esperar otro? Jesús les respondió: Vayan y digan a Juan lo que han visto y oído: Los ciegos ven, los cojos caminan, los leprosos son curados y los sordos oyen... y la Buena Nueva es anunciada a los pobres...: Lc 7,18-23.

Después de la oración por los enfermos, muchas personas fueron tocadas por el poder del Espíritu... Al día siguiente fueron numerosos los testimonios. El que más nos sorprendió fue el de un niño sordomudo de nacimiento que fue curado en el estadio. Su padre, profesor en el colegio de Brazzaville, organizó una fiesta con sus amigos esa noche para agradecer a Dios el milagro. Al día siguiente, él, inscrito en el partido comunista, fue a la Oficina Central a entregar su carnet del partido diciendo: "Ya no necesito esto. Dios existe. El curó a mi hijo"

Fue en ese momento en que las reacciones comenzaron a manifestarse en las filas del Gobierno. Los agentes de la Seguridad nacional estaban en verdad intrigados por lo que pasaba. Una noche vino un miembro del gobierno, como Nicodemo, a advertirnos en secreto que había un gran malestar en el Gobierno comunista; los agentes de la Seguridad Nacional comenzaban a rezongar. Nos dijo: "Prepárense porque Lenin está en peligro" Nosotros reímos de buena gana. Al día siguiente regresó otra vez a decirnos: "Cada vez hay más murmuraciones entre los miembros del partido comunista... Marx se está muriendo..."

En todas nuestras predicaciones teníamos espías del gobierno que nos pisaban los talones.

Al día siguiente por la mañana, salimos en un pequeño avión a predicar a Punta Negra, a 700 kilómetros de Brazzaville y Louteté, que nos quedaba de camino.

En los diez años que tengo trabajando en este ministerio de curación nunca había visto tantas bendiciones derramadas sobre una multitud durante la celebración de una Eucaristía, como en la primera misa de Punta Negra por los enfermos: los cojos

caminaban, los sordos comenzaban a oír, los mudos gritaban y los ciegos recuperaban la vista.

Quisimos consignar por escrito los testimonios para escuchar los mejores durante el retiro. ¡Las curaciones de la primera misa eran más de cien! ¡Era ralmente el gran regalo del Centenario por parte de Dios rico en misericordia! *Los pobres se regocijaban a causa del Santo de Israel*

El testimonio que causó mayor impacto fue el de un pastor protestante que tenía parálisis desde hacía algunos años, después de haber sufrido hemiplejía. Precisamente antes de la misa lo habían sacado de un taxi y lo habían trasladado en un sillón. Dios, que es un Padre de verdad y quiere unir a sus hijos en el amor, sanó a este pastor protestante durante la celebración de la Eucaristía. ¡Eso es verdadero ecumenismo a la manera de Dios!

Al día siguiente, a la hora de los testimonios, este hombre se levantó solo de su silla, se dirigió tranquilamente al micrófono sin ayuda de nadie y allí, con sollozos en la garganta y las manos levantadas al cielo, agradecía al Señor. ¡Ustedes comprenderán la alegría que teníamos en el corazón! *“Fortalézcanse las manos débiles”*.

El trabajo había sido extenuante pero lleno de alegría. Los signos y prodigios de Jesús habían echado por tierra la teoría marxista sobre la muerte de Dios. Ya sólo nos quedaba la misa de clausura en el estadio donde había cupo para 40,000 personas.

Yo estaba cansado y dije al padre Kombo:

— Mañana me levantaré tarde.

Todavía no me acostaba cuando recibí la poca grata visita de tres agentes de Seguridad Nacional que venían a buscarme, pero no precisamente para que orara por ellos.

Me ordenaron seguirlos para un interrogatorio. Yo me dije: “No me digan que voy a tener otra vez la misma historia que en Yugoslavia”. Los padres jesuitas no permitieron que saliera solo con los policías esa noche, recordando que en 1977 el Cardenal había salido solo con ellos y había sido eliminado. Así me acompañaron a la oficina de policía. Allí con los padres Martin y Kombo, supe que estaba prisionero. Me acusaban de haber

entrado ilegalmente al país. En mi visa, supuestamente, faltaba un sello. Como no lo tenía, concluyeron con su lógica comunista que había entrado al Congo de noche, en chalupa o nadando.

Hubo largos interrogatorios donde intentaron que me contradijera. Yo vi claramente que el motivo de mi detención era el mismo que en Yugoslavia: lo que yo predicaba y las señales que el Señor nos daba para acompañar su Palabra, contradecían las enseñanzas del gobierno marxista, aunque yo nunca hablara de política en mis conferencias. Yo me reía pensando cómo Jesús al que ellos consideraban que estaba muerto, les causaba tanto miedo y desasosiego. Tomaban tantas precauciones que daban la idea de que creían en su resurrección.

En el interrogatorio que me hicieron durante las dos horas y media, llegaron incluso a preguntarme si acostumbraba decir mentiras. También me preguntaron si el Vaticano estaba de acuerdo con mi ministerio. ¡Un gobierno marxista velando la integridad de nuestro ministerio!

Luego vino el interrogatorio al padre Kombo y al padre Martin. Mientras interrogaban a los otros jesuitas yo estaba con el padre Kombo contándole ciertos chistes y aventuras de mi ministerio. El padre reía de buena gana y yo estaba feliz. Nuestros vigilantes se enojaron de vernos tan contentos y entonces nos separaron a cada uno en un rincón. Parecíamos niños de escuela castigados. Esto nos hacía reír aún más pues no sabíamos que estaba prohibido estar alegres en la cárcel.

Pasada la media noche, siendo devorados por los mosquitos, hice algo que nunca había tenido la oportunidad de realizar con tanta sinceridad. El Evangelio nos pide orar por aquellos que nos persiguen y nos calumnian. Así, en prisión, recé cinco rosarios por los agentes de seguridad. A las cinco de la mañana volví a casa de los jesuitas, con residencia vigilada y sin pasaporte. Toda aparición pública me estaba prohibida. Me advirtieron que el lunes por la tarde me harían otro interrogatorio.

Ya de regreso, en casa de los jesuitas, me acosté e intenté dormir. A eso de las tres de la tarde me levanté bien descansado. En ese preciso momento el Señor puso un mensaje en mi corazón que me iluminó. Esta palabra resonaba claramente en mí como una profecía:

—¿Después de haber saboreado la embriaguez del Domingo de Ramos, no crees que es normal probar un poco de la Semana Santa...?

Yo respondí:

—Muy bien, Señor... con tal que no hayamos llegado al Viernes Santo...

Todo era sencillamente una treta para detener las manifestaciones de fe previstas para el lunes en la tarde y el martes en el estadio. Estaban cansados de las señales que volvían a probar al pueblo del Congo que el Evangelio es verdad, que Jesús es el Mesías y que no hay que esperar ningún otro salvador. Sólo Jesús salva.

Durante esa noche de interrogatorios, ante un tribunal de cinco agentes de Seguridad, comprendí mucho mejor la malicia de Satanás y la estupidez de los hombres que se dejan engañar por falsas ideologías.

Esa noche regresaron a buscarme para otro interrogatorio de tres horas. El martes en la tarde, el pueblo que creía poder celebrar la misa de acción de gracias y de curación en el estadio de la revolución, llegó por miles. Había incluso gente de Camerún y del Zaire. Cuando supieron que estaba prisionero, hubo muchas murmuraciones en el pueblo.

Por fin, el martes por la tarde, fue el último interrogatorio que duró desde las siete y media hasta las once de la noche. Me dijeron que recibiría mi pasaporte al día siguiente por la mañana. El Arzobispo fue a visitarme varias veces. Se sentía muy humillado con esta historia. El miércoles 12 de octubre, a las diez, me daban mi libertad. Tomamos juntos la última comida y a la una de la tarde me embarqué para cruzar de nuevo al Zaire y llegar a país libre. ¡Viva la libertad!

En el Zaire tenía un retiro de tres días con líderes de la Renovación. Antes del retiro, fui a saludar al Cardenal Malula de Kinshasa, en compañía del padre Guy. El Cardenal se mostró muy amable y atento. Brevemente le conté lo que el Señor había hecho en el Congo. Cuando le hablé de la curación de dos sordomudos,

cinco paralíticos, dos ciegos y muchos otros enfermos, él me escuchaba con los ojos cuadrados. Admiradísimo, me pregunto:

— Pero, padre, ¿cómo explica usted todo esto?

Yo le contesté:

—Es que el Evangelio es verdad.

El me respondió inmediatamente:

—Usted va a celebrar una Eucaristía pública por nuestros enfermos de Kinshasa. Voy a solicitar el Palacio del Pueblo para que haya espacio para todos. El domingo por la tarde, terminando el retiro para los líderes, celebraremos la Eucaristía para nuestros enfermos. Voy a hacer que se invite a todas las iglesias de la ciudad.

Tal como se programó, el domingo por la tarde, en la explanada del Palacio del Pueblo —la misma donde el Papa había celebrado la Eucaristía— el Cardenal y otros sacerdotes celebramos la misa para el pueblo del Zaire ante diez mil personas. Este inmenso Palacio del Pueblo, de gran elegancia, con un estacionamiento para mil autos, fue construido por Mao Tse Tung para atraer al pueblo el marxismo. La gran explanada exterior, hasta la fecha, ha servido sólo en dos ocasiones: para la misa del Papa y la nuestra. Hasta los enemigos del Evangelio doblan la rodilla delante del Señor Jesús.

En la homilía conté lo que he visto desde hace diez años en la Renovación por los cinco Continentes y sobre todo lo que acabo de vivir en el Congo. El Señor los bendijo mucho. De tal modo que nos pidieron otra Eucaristía para los enfermos el lunes por la tarde, en el mismo lugar. Esta vez la multitud rebasaba en mucho las treinta mil personas. Yo recordé la profecía que el Señor nos había dado en Pimentel, cuando le preguntábamos por qué nos enviaba tanta gente: “Evangelicen a mi pueblo. Quiero un pueblo de alabanza.”

En esta segunda misa hubo bellos testimonios de personas que habían sido curadas el domingo por la tarde y la gloria de Dios seguía brillando. Justamente al final, a eso de las siete de la noche, el Cardenal dio su bendición y la lluvia comenzó a caer. Desde

hacía largos meses no llovía en el Zaire y las gentes fueron cantando, viendo en esta lluvia otra bendición. *“El desierto y el sequedal se alegren; regocijese la estepa y florezca como flor”*

Esta carta, un poco larga, les da una idea del librito que estoy preparando para contarles lo que he visto y oído desde el día de mi curación, hace diez años. Con mi curación recibí la gracia de descubrir como nunca el poder de la oración y la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia de hoy. ¡Doy gracias al Señor por poder vivir con todos ustedes este nuevo Pentecostés!

Los bendigo de todo corazón. ¡Unión de oración, siempre!

EL ULTIMO VIAJE

Quieron terminar este libro con un curioso incidente: después de una serie de retiros en la Polinesia por quince días, me tiré en el asiento del avión para descansar. Mientras el avión se elevaba por encima de las nubes y tenía la impresión de casi tocar el cielo, comencé a escuchar un cassette de John Littleton que cantaba: “no se han terminado; tus viajes no se han terminado”

Estas palabras me llegaron al corazón como una profecía y dije en voz alta: “AMEN”. La persona que estaba sentada junto de mí leyendo un periódico me miró por arriba de sus lentes pensando que yo era un loco que hablaba solo...

Ciertamente mi viaje ha comenzado hace cincuenta y cinco años cuando vine a este mundo por un acto del infinito amor eterno de Dios. Ahora ya he emprendido el retorno a la Patria definitiva, la Jerusalén celestial, donde no hay luto ni llanto, enfermedad ni muerte. Cada día estoy más cerca de la Casa siempre abierta donde el buen Jesús fue a prepararme un lugar entre todos los santos.

Sueño con el amanecer en que llegaré de las puertas de cuarzo y las murallas asentadas en jaspe. Ya me veo caminando por las calles de oro a la ribera del mar de cristal de la Nueva Jerusalén; adornada con rojos rubíes, verdes esmeraldas y topacios amarillos. Me bañaré en el agua de vida, brillante como la plata, que brota del trono de el Cordero, al lado de los árboles que

retoñan y dan frutos medicinales doce veces por año.

El viaje se ha iniciado y no tiene regreso. Como la cierva anhela las corrientes de agua viva, así mi carne languidece y mi corazón grita de alegría a causa de Dios vivo. Un remolino centrípeto me atrae más aceleradamente a la Jerusalén de arriba. Sólo por una razón quisiera que se alargara mi viaje: por el embriagante vértigo que me hace esperar lo que espero.

En un abrir y cerrar de ojos, al toque de la trompeta, le conoceré cara a cara; me poseerá y lo poseeré junto a las murallas de la Santa Sión.

Grabada con la sangre de Cristo, me ha llegado una invitación personal para participar en las Bodas del Cordero. La novia ha sido engalanada con dones y carismas, embellecida con una diadema de estrellas y sol. Su vestido está esmaltado de virtud y sus ojos brillan con el fulgor de su Amado.

En estos últimos años he sido testigo de las obras, del amor y la misericordia de nuestro Dios. Si El es tan grande en sus obras ¿cómo será El mismo? Si tan luminoso son los rayos de su misericordia ¿cómo será en la visión que no engaña?

Por eso, mientras vuelo en avión o monto en burro, siempre voy cantando:

Que alegría cuando me dijeron:

“Vamos a la Casa del Señor.”

Ya se posan mis pies en tus umbrales, Jerusalén.

Mi Señor y mi Dios, quiero dirigirte a ti mis últimas palabras:

*Dios mío, tú que me escrutas y me conoces;
sabes cuándo me siento y cuándo me levanto;
mis pensamientos calas desde lejos;
observas si voy de viaje o si me acuesto,
familiares te son todas mis sendas.*

*No está aún en mi lengua la palabra,
y ya tú, Dios mío, la conoces entera.
Me aprietas por detrás y por delante,
y tienes puesta sobre mí tu mano.*

*¿A dónde iré lejos de tu Espíritu,
a dónde de tu rostro podré huir?
Si hasta los cielos subo, allí estás tú,
si en el sheol me acuesto, allí te encuentro.*

*Si tomo las alas de la aurora,
si voy a parar a lo último del mar,
también allí tu mano me conduce,
tu diestra me aprehende.*

*Aunque diga: “me cubra al menos la tiniebla,
y noche sea la luz en torno a mí”
la misma tiniebla no es tenebrosa para ti,
y la noche es luminosa como el día.*

*Porque tú mis riñones has formado,
me has tejido en el vientre de mi madre;
te doy gracias por tan grandes maravillas;
prodigio soy, prodigios son tus obras..*

*Mi alma conocías cabalmente,
y mis huesos no se te ocultaban,
cuando yo era hecho en lo secreto,
tejido en las honduras de la tierra.*

*Mis acciones tus ojos las veían,
todas ellas estaban en tu libro;
escritos mis días, señalados,
sin que ninguno de ellos existiera.*

*¡Cuán insondables, oh Dios, tus pensamientos,
que incontable su suma!
¡Son más, si los recuento, que la arena!
y al terminar ¡todavía me quedas tú!*